
La heredera
SECRETA DEL
Príncipe
MÍDDIAN MEIRELES

La heredera SECRETA DEL Príncipe

MÍDDIAN MEIRELES

Todos los derechos reservados. © Míddian Meireles, 2025.

Este libro no puede ser reproducido, en todo o en parte, ni registrado en, ni transmitido por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electró-nico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

El contenido de este libro es una obra de ficción.

Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene responsabilidad sobre el uso que pueda hacerse de la información contenida en este libro. Las opiniones expresadas en el mismo son del autor y no reflejan necesariamente las del editor.

ÍNDICE

ÍNDICE
Sinopsis
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
22
22
23
24
26
26
27
Epílogo

Sobre la Autora
Mensaje de la Autora

Sinopsis

Maria Flor nunca creyó en cuentos de hadas ni esperó al Príncipe Azul.
Crecer viendo la realidad de su madre, que crió sola a sus hijas, le enseñó a tener los pies en la tierra y a buscar ser su propia heroína. Hasta que un día, el destino literalmente trajo un Príncipe a su vida.

Al principio, pensó que Leon era solo un hombre rico de paso, como tantos otros en la Isla del Sol, aunque él era obscenamente más guapo que cualquiera que hubiera visto. Solo que después supo la verdad...

Detrás de ese encanto enigmático, había un hombre fingiendo ser otra persona. Y eso porque él era Leon Casanova, Su Alteza Real, el príncipe de Lancelloti.
Y cuando lo descubrió… ya era demasiado tarde.

No esperaba involucrarse, mucho menos enamorarse. Jamás pensó que toda su vida daría un giro tan radical y tan rápido por alguien que apenas conocía.
Y por más que Flor también pasara a tener un secreto tras su partida —pues llevaba en el vientre una hija suya—, aparentemente no hay nadie en el mundo capaz de decirle que no, ni de ocultarle algo, al futuro Rey de Lancelloti.

Prólogo



— Me gustaría hacer que esta noche sea inolvidable para los dos. — Él posó la mano sobre la mía, mientras sus ojos azules me miraban con intensidad.

Mi corazón dio un vuelco. Supe exactamente lo que eso implicaba.

— No quiero presionarte; entenderé si dices que no. — añadió con rapidez, recogiendo la mano y luciendo repentinamente avergonzado. Era algo nuevo en él.

Tragué saliva sin dejar de mirarlo, perdida en esas piscinas azuladas que me fascinaban desde el primer instante en que nos vimos.

Siempre fui una persona racional; nunca pensé con quién perdería la virginidad ni soñé con que ese momento fuera sacado de un cliché. Al contrario, me resistía con vehemencia a soñar con cuentos de hadas. Pero al verlo, a ese hombre tan hermoso que apenas conocía —más allá de su nombre y los breves momentos compartidos en la isla—, supe que, pasara lo que pasara, querría que fuera con él.

— Yo también quiero lo mismo. — Deslicé mi mano sobre la suya y la apreté, dejando clara mi intención.

Ese fue el empujón que Leon necesitó. Me tomó de la mano y me llevó escaleras arriba, desde la playa hasta el deck que conducía a la casa.

La mansión de tres plantas tenía enormes ventanales que ofrecían una vista completa del océano. Como había trabajado allí antes, conocía bien el diseño, y al ascender al último piso supe que íbamos hacia la suite principal.

Mi pulso se aceleró al llegar a la puerta. Leon giró el pomo y la abrió. La habitación, en penumbra, apenas iluminada por la luz de la luna que penetraba por los cristales, me hizo entrecerrar los ojos al acostumbrarme a la claridad.

Sin decir palabra, Leon se acercó. Me preparé para lo que vendría. De pie frente a mí, llevó una mano a mi rostro y sostuvo mi mentón mientras me miraba.

— No tienes que estar nerviosa.

— Lo sé… — murmuré, tragando saliva. — Es solo... nuevo para mí.

— Para mí también. — Sus labios esbozaron una sonrisa al verme a punto de retractarme. — Esto... es nuevo para mí... Vamos despacio.

— De acuerdo. — susurré, sin permitirme pensar demasiado en lo que esas palabras insinuaban.

— En cualquier momento puedes pedirme que pare. ¿Entendido?

— Sí. — Escapó un suspiro tembloroso. — Entendido.

Su sonrisa se amplió. Aunque no lo veía del todo bien, pude apreciar su belleza casi nórdica. Era hermoso. Mucho más atractivo que cualquier persona que hubiera visto en mi vida. Seguramente modelo o actor. Un hombre digno de suspiros y corazones rotos.

— De verdad me gustaría hacer que esta noche fuera eterna.

Fruncí el ceño mientras mi corazón latía desbocado.

— Pero te vas mañana… — me obligué a recordarlo, aunque las palabras supieran amargas en mi boca.

— Ojalá pudiera quedarme. — Esa confesión me sorprendió. Incliné la cabeza para mirarlo. — Eres hermosa. — Sus dedos rozaron mi piel y acariciaron mi mejilla antes de besar mis labios.

— Hm... No hace falta que me digas que me vas a llevar a la cama… — dije en tono de broma, intentando disimular mi nerviosismo.

— No hace falta, pero aún así quiero decirte lo hermosa y especial que eres.

Mi respiración se atascó cuando sus labios me besaron. Puse las manos en su rostro y respondí con pasión, abriendo los labios para que su lengua danzara con la mía. Todo mi cuerpo cobró vida.

El beso fue eléctrico, envolvente, un despertar intenso mientras sus manos deslizaban por mi cuerpo. El cierre de mi vestido fue abierto y la prenda cayó a nuestros pies.

Sin separarse, Leon tocó mis pechos desnudos, exploró mis caderas hasta detenerse en el borde de mi panties. Instintivamente desabotoné su camisa blanca, mis dedos torpes con los botones. Al llegar al cinturón, lo desabroché y me detuve, respirando con fuerza cuando él rompió el beso.

— ¿Estás segura? — jadeó Leon, con la punta de su nariz rozando mi mejilla.

— Nunca he estado más segura en mi vida.

— Podemos detenernos cuando quieras.

— No quiero detenerme...

Seguí desprendiéndolo de su ropa, como antes, hasta dejarla caer sobre el suelo junto a la mía. Quedamos frente a frente, en el cuarto oscuro, solo con nuestra ropa interior.

— ¿Estás segura de que no quieres parar?

— Nunca.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, esta vez con más ardor. Mis manos deslizaron su bóxer, explorando su gran y firme miembro, haciéndolo gruñir.

Mientras yo me volvía más audaz, casi desesperada, él fue más lento, metódico. Gemí cuando profundizó el beso y deslizó una mano dentro de mi panties, encontrando mi clítoris palpitante.

Grité junto a su boca—un sonido escapó poco después cuando me llevó rápidamente al orgasmo con sus dedos hábiles.

Leon gruñó, como si hubiera perdido completamente el control, y me cargó hacia la cama. Sus labios se volvieron urgentes mientras besaba mi cuerpo, mordisqueando mis pezones antes de bajar aún más.

Mi panties fue rasgado; sustituyó su mano por la boca. Gemí sin control. Cada lamida, cada movimiento experto de su lengua, me hizo sentir que moría y ascendía al cielo. Mi corazón amenazaba con ceder. Fue mucho… pero aún no suficiente.

Grité pidiendo más, y él sonrió sin apartarse; mis gemidos alimentaban su impulso. No tardé en convertirme en un temblor de palabras incoherentes al alcanzar un segundo clímax.

Intentaba volver a la Tierra, recuperar el aliento, cuando el sonido del preservativo abriéndose cortó el silencio. Y entonces él entró en mí, muy lentamente.

Me mordí el labio para no gritar; cerré los ojos para evitar soltar mis primeras lágrimas. Leon se sobresaltó al llenarme por completo y apoyó sus manos a los lados de mi cabeza.

— ¡Tan apretada! — jadeó, alejándose y volviendo lentamente a entrar. — ¡Tan apretada, joder!

Apreté más mis labios. Era demasiado para mí. Sabía que la primera vez no es mágica, por más lindo o delicioso que fuera el

hombre o lo increíble del momento.

Mis uñas se clavaron en su cintura, subiendo por su espalda, cuando Leon encontró un ritmo constante, casi doloroso de placer. Cerró los ojos con fuerza y su frente tocó la mía.

— No quería irme… — jadeó, tomándome por sorpresa de nuevo.

— Yo... yo... No digas eso. No hagas promesas...

— No estoy prometiendo nada, porque ni puedo hacer promesas. Solo estoy diciendo lo que siento, Maria Flor.

Elevé mis caderas para encontrarnos, marcando mi propio ritmo, intentando distraernos.

No respondí. No podía...

Sin embargo, Leon parecía querer que no olvidara. Con cada embestida repetía sus palabras como un mantra, como si necesitara asegurarse de ese detalle.

Un detalle que quizá yo tendría que olvidar.

Llevó sus manos a mis senos y apretó mis pezones; mi espalda se arqueó por sí sola. El orgasmo me sorprendió, recorriendo mi cuerpo de una vez hasta que supe que iba a explotar por dentro.

Sentí el momento exacto en que alcanzó su propio éxtasis; siguió moviéndose dentro de mí, profiriendo mi nombre con frenesí. No mentía; nunca hizo promesas.

Y era mejor así...

Como alguien orgullosa de ser racional, supe que, aunque Leon no prometiera nada, no olvidaría esa noche —ni a él—, aunque quisiera.

Horas más tarde, lo observé por última vez dormir en la cama. La sábana solo cubría lo justo, como si lo hubiera colocado deliberadamente para una fotografía.

Suspiré al abrir la puerta y cerrarla en silencio tras de mí, empujando la bola que se formaba en mi garganta.

Una parte de mí sintió la pérdida en ese instante: no fue un cuento de hadas, pero fue perfecta.

La realidad golpeó tan pronto salí: acababa de perder la virginidad con un extranjero que nunca volvería a ver.

Casi dos meses después, sentada en la sala de espera del consultorio, tomé una revista para distraerme. Al pasar las páginas, vi un rostro muy familiar.

Mi corazón se detuvo. Mi respiración se desvaneció.

Leon Casanova, Su Alteza Real, el príncipe Leon.

Era él... no podía ser...

Pero era. Y fue entonces cuando descubrí que no solo había perdido la virginidad y me había enamorado del futuro rey de Lancelloti —pronto prometido al trono—, sino que también esperaba un bebé de él.

Antes...

1



Ilha do Sol – Brasil – días antes

Vivir en un lugar como Isla del Sol, a veces, era una mierda. No porque odiara vivir allí ni nada por el estilo, sino porque la mayor parte del tiempo deseaba tener la oportunidad de estar en un sitio donde no todo el mundo me conociera, o donde la mayoría no viera la isla como un refugio vacacional en el que los ricos y famosos hacían lo que les daba la gana.

No es que pudiera quejarme del todo: mi madre había elegido Isla del Sol como hogar, donde se estableció y crió con dignidad a sus tres hijas, prácticamente sola.

Aunque no tuvo suerte en el amor, las afortunadas fuimos nosotras por haber sido criadas con un ejemplo de determinación, en un lugar que nos dio la mejor infancia que alguien pudiera tener.

Viuda del primer marido, que la dejó con una bebé en brazos y heridas profundas de una relación abusiva. Engañada por el

segundo, mi padre, que ocultó estar casado. Y en cuanto a la pequeña, ni siquiera sabía quién era el padre: una aventura de una noche con un extranjero que partió sin saber que había dejado una hija.

Nunca fui una gran soñadora, probablemente la más realista entre las Marias hijas de María do Rosário, pero siempre quise viajar por el mundo, conocer nuevos lugares y ser libre para tomar mis propias decisiones sin tener que pensar en los demás primero. La vida, sin embargo, no me lo permitió, sobre todo después de abrir mi propio negocio junto con mis hermanas.

Nadie me impidió dejar la isla, claro, pero a veces deseaba estar muy lejos y hacer lo que me viniera en gana. Como en ese momento, en medio de una llamada tensa con mi padre. Y no una cualquiera: acababa de darme la noticia de que vendría con su "familia oficial" a pasar las vacaciones en su casa de verano.

Lo que significaba que insistiría en que yo conviviera con esas personas con las que no compartía más que un lazo de sangre.

— Es el compromiso de tu hermana, hija. Tienes que estar presente con la familia. — Puse los ojos en blanco mientras lo escuchaba hablar.

— Papá, seamos sinceros: a Etienne no le va a importar si no estoy. Más bien lo preferirá. Y lo mismo digo de tu esposa, que cada vez que tengo que presentarme ante un desconocido, se genera ese inevitable momento incómodo para todos, porque no es precisamente agradable decir que soy el fruto de una infidelidad. — solté a propósito, y él suspiró.

— Maria Flor Almeida Prado — empezó, con un tono incómodo que por poco me hizo arrepentirme. Casi. — Sé que no es algo de lo que me enorgullezca decir a los demás, pero sigues siendo mi hija. Además, Glória nunca te ha tratado mal.

— Lo sé. — Suspiré, porque era verdad. Aunque mi madrastra tampoco se desvivía por ser simpática. — Pero quizá deberías recordar que tengo mi propia vida, y tú, una esposa, antes de seguir

rondando a mi madre como siempre.— No me contuve, esta vez el tono fue casi colérico.

— ¡Maria Flor! — respondió él con la misma exasperación que yo.

— ¡Yo misma, Maria Flor Almeida Prado! No vengas con tonterías, que ambos sabemos que tengo razón, papá. Menos mal que mi madre tiene dignidad y no fomenta nada de eso. Si fuera yo en su lugar, no sería tan amable...

— Hija — intentó suavizarme, como siempre, quizás esperando que hiciera la vista gorda. Bufé, molesta.

— Papá, tengo que colgar. Tengo trabajo y este es el último tema del que quiero hablar contigo a estas horas de la mañana.

— Sabes que no necesitas limpiar casas... Yo tengo dinero y...

— Y yo puedo ganarme el mío. Ya hemos tenido esta conversación mil veces y no voy a repetirla. — lo interrumpí sin dudar, era siempre la misma cantaleta.

— Y yo también te he dicho que si dejaras Isla del Sol podrías conseguir algo mejor. Estás formada, hablas idiomas, podrías hacer lo que quisieras. Tengo contactos donde quieras...

— Papá, creo que estás confundiendo de hija. Yo no soy Etienne. No nací para cumplir tus expectativas. Tengo mi vida y estoy justo donde quiero estar. Me tengo que ir. Avísame cuando llegues. Buen viaje. Adiós.

No esperé que respondiera ni que intentara hacerme cambiar de opinión antes de colgar rápidamente. Estaba harta de esa conversación repetitiva cada vez que hablábamos. Harta de que despreciara lo que mi madre construyó y lo que yo había elegido. Harta de que creyera que debía encajar en su "vida perfecta", cuando nunca se esforzó por ser parte activa de la mía. Era más bien una pensión mensual que una figura paterna real.

Tenía mis propias frustraciones, sí, pero él no necesitaba saberlo. Eran mías. No quería que nadie añadiera más a esa lista. Ni

que opinara sobre lo que no le incumbía.

Aunque estaba presente a su manera, no fue quien me crió ni quien me hizo quien soy. Quizá un poco, porque fue viendo a mi madre que decidí lo que no quería para mí. Ya era bastante con tener que soportar a su otra familia durante las vacaciones.

— ¿Todo bien por ahí? — La voz de mi madre me sorprendió en plena introspección.

— Sí, está todo bien. — Forcé una sonrisa, pero su mirada aguda me dejó claro que no me creyó.

— No, no está.

— Tienes razón, no está. — Me corregí de inmediato al ver sus cejas rubias alzarse.

Además de ese sexto sentido afilado de madre, María do Rosário era extremadamente intuitiva. Y aunque mis hermanas y yo no éramos tan crédulas ni espirituales como ella, no podíamos negar lo certera que era con sus presentimientos.

Lástima que toda esa espiritualidad no funcionara consigo misma, porque podría haberse ahorrado mucho sufrimiento.

— Mi padre llamó. Viene con la familia para el verano.

Se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa, acercándose.

— Normal. Los Prado siempre vienen a la Isla después de sus viajecitos familiares.

— ¿Y no te molesta? — pregunté, no por primera vez.

— No. Pero a ti sí.

Se sentó a mi lado en el sofá de la casa donde crecí.

— No exactamente por lo que todos creen... Te juro. Por increíble que parezca, nunca sentí el deseo de viajar con ellos como familia. Ni de formar parte de ese mundo. Siempre me sentí como una extraña entre ellos. Lo que me molesta es tenerlos cerca y

sentirme obligada a convivir con ellos cuando están aquí. Me molesta que finjan que no soy el fruto de una infidelidad, de un error, de una canallada de mi padre. Y más aún, que use cualquier excusa para intentar algo contigo otra vez...

Mamá suspiró, asintiendo, como si entendiera perfectamente. Se tomó unos segundos antes de hablar de nuevo.

— No estás obligada a convivir con nadie. Pero, aunque no quieras aceptarlo, también son tu familia.

— ¡Tú, mis hermanas y Maria Vitória son mi familia! — respondí con rapidez. Ella sonrió con ternura.

— Sí, lo somos. Y siempre lo seremos. Pero ellos también lo son, cariño. Aunque sea de otra forma. Aunque no tengan el mismo vínculo contigo. Quizás solo debas darles una oportunidad. No nos traicionas si en algún momento sientes que también son parte de ti.

Tragué saliva y desvié la mirada, porque había tocado justo el punto que yo no quería admitir.

— En cuanto a tu padre, no te preocupes. No hay remember que valga como para querer repetir ese error. Además... ya he tenido mejores... mucho mejores, cabe decir. — Hice una mueca, haciéndola reír.

— ¡Ay, mamá! ¡No quiero saber! ¡Las madres no tienen sexo! ¡Las madres no tienen sexo! — canturreé, cerrando los ojos.

— ¡Claro que sí! Si no, no habríamos poblado el mundo. Y a diferencia de ti, mi misión ahora es disfrutar todo lo que pueda. Deberías intentarlo también.

2



Lancelloti – Uno país ao Sul de Londres – días antes

— ¿Su Alteza Real?

El saludo formal me obligó a girar los ojos hacia la puerta, aunque lo último que quería en ese momento era compañía.

— ¿Sí? — respondí, con la voz más dura de lo que hubiera deseado... y de lo que la etiqueta permitía.

Era George, mi tío por cariño y también el mejor amigo de mi padre. Su consejero. De alguna forma, había sido más figura paterna para mí que mi propio padre, así que escucharlo dirigirse a mí de forma tan formal me molestó más de lo que lo haría cualquier otra persona.

— Necesitas despejar la cabeza — señaló con calma, y bufé, irónico ante lo absurdo de su comentario, dadas las circunstancias.

— Más fácil decirlo que hacerlo.

— Vale, tal vez tengas razón — admitió, aclarándose la garganta de ese modo que indicaba que lo que venía a continuación no me iba a gustar.

Lo consideraba una figura paterna porque me comprendía tanto como me aconsejaba. Siempre estuvo ahí. Cosa que, evidentemente, el Rey de Lancelloti no tenía tiempo de hacer con su propio hijo. No con un país que gobernar. Y otras cosas… que el pueblo jamás podría saber.

— Sabes que puedes venir a mí cuando necesites. Esperaba que fueras tú quien me buscara, no tu padre.

Solté una risa amarga, acomodándome en el sofá para encararlo mejor.

— Hace un mes murió mi madre. Hace un mes perdí no solo a mi Reina, a mi mundo entero, sino que también descubrí que tengo que convertirme en el heredero antes de lo previsto, porque el Consejo quiere que asuma cuanto antes. Solo para evitar que el pueblo descubra las indiscreciones de su Rey. Tengo que cargar con un título que, seamos honestos, nunca pedí. Es demasiado. Y todo permanente. ¿De verdad esperas que me "despeje"? ¿O quieres que te escriba los agónicos detalles de cómo mi vida se ha convertido en una pesadilla dentro de un tren descarrilado?

Durante unos segundos, me observó en silencio. Conocía la intimidad de la Familia Real tan bien como cualquiera, pero nunca me había visto así. Yo tampoco. Últimamente no era yo mismo. Y no sabía si volvería a serlo algún día.

George suspiró y se sentó a mi lado sin pedir permiso, algo que cualquier otro se habría visto obligado a hacer.

— Sé que es difícil, y que es una gran transición para ti. Estás de luto. No solo por tu madre, sino por la vida que tenías. Y durante mucho tiempo vas a sentirte así. Solo no puedes dejar que tus emociones te arrastren. Ya sé que suena injusto, pero como Heredero al trono, tu vida privada no puede afectar tu imagen pública.

Gruñí con frustración al oírlo, aunque sabía que decía la verdad. Una verdad con la que la realeza tenía que cargar. Pero no por eso dolía menos no tener siquiera el derecho a vivir el duelo como cualquier persona.

— Pero — continuó con cierta incomodidad — por difícil que sea, no puedes perder el control. No puedes dejarte hundir... no solo por tus nuevas responsabilidades, sino por la pérdida. Si no aprendes a manejar tus emociones, Leon, podrías no solo destruir todo lo que tu familia ha construido con esta dinastía, sino que nunca serás capaz de seguir adelante.

— ¿Y quién dijo que me importa una mierda eso? ¿Quién dijo que quiero seguir adelante? — le lancé de vuelta, con rabia contenida, la sangre latiéndome en las sienes. — ¡No quiero nada más! ¡No después de haber perdido a la persona más importante de mi vida!

El silencio llenó la habitación. Sabía que lo decía en serio. No había nada que pudiera decir que cambiara cómo me sentía. Nadie podía hacer nada.

Hacía un mes que mi madre se había ido. Solo tenía cincuenta y dos años. Joven, hermosa, sana. Nadie sabía cómo murió realmente. Al público se le sirvió una mentira lo bastante convincente como para calmar los ánimos. Pero yo conocía la verdad. Otra carga más que llevar.

Y aún así, no fue suficiente para salvarla.

Como Su Alteza Real, Leon Casanova, príncipe de Lancelloti, ni siquiera tuve el derecho al luto. Si ya antes mi vida privada era limitada, siendo el sucesor al trono, todo empeoró tras la pérdida de la Reina.

Dondequiera que fuera, siempre estaba rodeado. Las personas me observaban. La prensa me acosaba. Eran como buitres, ansiosos por presenciar mi dolor. Espectadores a la espera del primer tropiezo… o la caída del futuro rey.

Y lo que no sabían era que apenas podía mantenerme en pie.

El Consejo, por el contrario, esperaba que prosperara bajo el dolor y la presión. Aunque mis apariciones y compromisos estuvieran restringidos por el "luto real", aún así mantenían mi agenda llena.

Una agenda que, si no estuviera obligado, jamás cumpliría.

Mis días no acababan nunca. Ni el anterior. Ni el siguiente.

Ni el resto de mi vida.

Solo quería escapar de allí...

Si cerraba los ojos, aún podía ver a mi madre tirada en el suelo. Aunque ya estaba inconsciente cuando ocurrió, nadie fuera de ese castillo la conocía como yo. Para la nación, era Su Majestad Real, la Reina Leia de Lancelloti. Para mí, era una madre. Una madre en el sentido más completo.

Una mujer que perdió la vida tras años manteniendo la imagen que se esperaba de ella por culpa de la Corona. Tragándose por décadas los secretos que la realeza insistía en esconder. Y a diferencia de ella, yo ni siquiera intentaba disimular después de su partida. Ni por el bien del país.

— Estuve pensando que quizás necesitas un respiro. — George prosiguió, forzándome a mirarlo con desconfianza.

— ¿La realeza puede hacer eso? — pregunté, sin preocuparme por sonar sarcástico.

— Hablé con el Rey. Está de acuerdo en que podría ser lo mejor.

Fruncí el ceño, preguntándome qué significaba eso. Después de todo, dudaba mucho que a mi padre le preocupara realmente la salud mental de su heredero.

Y como prueba irrefutable: ni siquiera fue capaz de tener esa conversación conmigo en persona.

— ¿Qué significa eso?

— Sabemos que no estás manejando bien todo esto. Tal vez necesites un descanso.

Mientras hablaba, sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó. Al abrirlo, vi mi carné de conducir, tarjetas de crédito y pasaporte. No cualquiera. *Los míos.*

Alcé una ceja, mirándolo con más confusión que al inicio de la conversación.

— Has vivido toda tu vida sabiendo que un día serías rey. La prensa jamás te dejó en paz. Aun así, serviste en el ejército, estudiaste, trabajaste para la Familia Real. Nunca tuviste tiempo para ser quien querías ser. Ni siquiera para vivir lo mínimo que hubieras deseado, si hubieras podido elegir.

Suspiró, también cansado, antes de clavar en mí una mirada pesada.

— Creemos que la mejor manera de afrontar tu futuro es hacer una pausa. Considéralo una especie de vacaciones.

Me quedé con la boca entreabierta, sin saber cómo procesar lo que acababa de escuchar.

— Conozco el lugar perfecto para que te tomes ese respiro... Un sitio donde puedas tener paz. Dudo que alguien te reconozca. Y si lo hacen, no creo que importe.

— ¿Por cuánto tiempo? — pregunté apenas en un hilo de voz.

— El tiempo suficiente para que vuelvas a estar en tu eje. — Fue mi padre quien respondió desde la puerta. No se atrevió a acercarse, pero estaba allí.

Aunque jamás lo admitiría en voz alta, algo nuevo se encendió dentro de mí al escuchar que, por un tiempo, podía ser solo Leon. Sin corona. Sin peso en los hombros.

Casi como esperanza.

No sabía cuándo fue la última vez que sentí algo parecido. Tal vez nunca. Pero estaba decidido a aprovechar cada momento, cada

segundo de esta oportunidad antes de tener que volver...

...a la vida real.

La vida real en todo el sentido de la palabra.

3



— ¿Cómo que crees que está muerto? — solté de golpe mientras me ponía de pie, alarmada por la noticia que recibí nada más atender el teléfono.

— No lo sé... Llegué esta mañana para hacer el servicio como me indicaron y lo encontré así, completamente inconsciente. No estoy segura de que esté respirando. Y lo siento, pero no tengo el valor de tocarlo para comprobarlo.

— Tereza, voy para allá ahora mismo. También voy a pedir ayuda. Pero necesito de verdad que me confirmes si el tipo sigue vivo — dije mientras salía del despacho de la empresa.

Con la temporada alta en marcha, estaba sola y tendría que resolver la situación por mi cuenta. Aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

— Está bien. Voy a intentar acercarme... Maria Flor... El hombre es tan guapo y está tan bueno, debo decir. Sería una pena si estuviera realmente muerto. — soltó como si nada, y puse los ojos en blanco por su calentura en un momento como ese.

— ¡Concéntrate, Tereza! ¡Avísame de cualquier cosa! ¡Ya voy para allá! ¡No te muevas de su lado!

Monté en el cuatriciclo en cuanto colgué, y después de enviar un mensaje a una amiga enfermera pidiendo ayuda, me lancé a toda velocidad hacia la mansión.

El cliente al que se refería Tereza había alquilado una de las propiedades más lujosas de toda Isla del Sol y nos contrató para encargarnos de la limpieza y la cocina durante su estancia. Yo había gestionado el contrato directamente como responsable administrativa del negocio que tenía con mis hermanas, aunque traté todo con su secretario, no con él personalmente.

No sabía mucho sobre el tipo, más allá de que venía de alguna parte de Europa y exigía excelencia absoluta y, por supuesto, privacidad total. Incluso nos hizo firmar un acuerdo de confidencialidad.

En la Isla del Sol estábamos acostumbradas a lidiar con ricos y famosos buscando anonimato, así que no era nada fuera de lo normal. Con las redes sociales, los clientes cada vez valoraban más su privacidad: una sola filtración podía convertirse en un escándalo mayúsculo.

Y ese parecía ser el caso. Su asistente incluso pagó extra para asegurarse de que el cliente estuviera siempre atendido durante su estadía.

¿Cómo se suponía que le iba a decir que su jefe *quizás* estaba muerto?

No tenía idea de cómo dar la noticia, ni cómo íbamos a manejar las consecuencias de una tragedia así para nuestra empresa. Frío, lo sé, pero inevitable pensarlo en una situación como esa.

A medio camino, recibí un mensaje de Tereza actualizándome: él estaba vivo, aunque con la respiración débil. Solté un suspiro —ni me había dado cuenta de que lo estaba

conteniendo— y tomé un atajo por la arena para evitar el tráfico y llegar más rápido.

La propiedad estaba ubicada en la parte más exclusiva de la isla, con su propia playa privada, ya que quedaba en la punta, sin vecinos ni turistas cerca. Una mansión de película, propiedad de un magnate europeo, usada por celebridades de Hollywood y escenario de varios rodajes.

Aunque normalmente el lugar tenía su propio personal, el cliente los había despedido por querer total privacidad, contratando su propio equipo: limpieza dos veces por semana o según necesidad, y Tereza como especie de ama de llaves para mantener el orden y preparar las comidas diarias.

Aparqué el cuatriciclo como pude y corrí por las escaleras exteriores hasta el deck que conectaba con la casa. Subí al tercer piso de dos en dos peldaños, y al entrar en la suite principal, mis ojos se posaron en un hombre tumbado en la cama, aparentemente dormido o inconsciente.

A pesar de lo delicado del momento, hubo *algo* en ese hombre que me impactó de forma inexplicable. Hombros anchos, piernas largas bajo las sábanas, solo su nuca bronceada a la vista, el cabello dorado y brillante, el rostro enterrado entre los brazos.

Era alto, enorme... Y, Dios mío, ¡estaba desnudo!

Me quedé paralizada, con la boca entreabierta.

— Sí... Aparentemente tiene una polla mágica — soltó Tereza a mis espaldas, sacándome bruscamente de los pensamientos impuros que ya comenzaban a formarse sin permiso.

— ¡Tereza! — la reprendí, aunque mentalmente tenía que admitir que no estaba equivocada.

Mi cara ardía. Probablemente ya me había delatado sola.

— ¿Qué? Te dije que sería una pena si estaba muerto. — Resoplé, sabiendo que tenía razón.

Sí... una pena. *Enorme*.

— Vale, vale... Ahora baja y espera a Bea. Ella viene a revisarlo.

— ¿Revisarlo? Bueno... Puedo hacerlo yo si prefieres. — dijo con un tono más que sugerente, y bufé de nuevo, empezando a irritarme... sin saber por qué.

La empujé hacia la salida del cuarto. No quería arriesgar una denuncia por acoso contra la empresa.

— Vamos a mantener las manos lejos del cliente, ¿sí? Solo haz lo que te pedí.

Ella refunfuñó, pero obedeció, lo que me tranquilizó un poco. La conocía lo suficiente como para saber que no perdería la oportunidad de meter mano si podía.

Probablemente debería haberme quedado al margen. Pero algo me impulsaba a acercarme. Porque era mi trabajo, claro. El cliente estaba visiblemente vulnerable. No que pareciera débil, ni mucho menos. Al contrario.

Sentía que era responsable de ese... trasero.
Un trasero firme y perfecto, por cierto.

— Solo voy a comprobar si realmente sigue respirando — susurré para nadie, acercándome.

Cuanto más cerca, más fuerte era la sensación. Como si todos mis nervios despertaran y bailaran bajo mi piel.

Absorbí cada detalle. El brillo de su cabello. La nuca bronceada. El cuerpo musculoso, como alguien que pasaba tiempo en el gimnasio. Pero había *algo más*. Algo refinado, elegante. Casi aristocrático. Como un empresario billonario.

Con ese pene, podría ser millonario solo haciendo porno.
Y si no lo era... ¡estaba perdiendo dinero!

— Hey. — me escuché llamarlo, al tiempo que extendía el dedo para tocarle suavemente el brazo.

No se movió, pero soltó un gruñido bajo y ronco. Un sonido gutural que me provocó una vibración directa entre las piernas.

— Er... Hola... Soy la dueña de la empresa que contrató — empecé a explicar en inglés, haciendo una pausa al sentirme un poco tonta, consciente de que probablemente no me oía. — Estoy aquí porque Tereza, la persona que asigné para encargarse de la casa, me llamó preocupada al pensar que algo le había ocurrido.

Seguí mirándolo, algo aliviada al notar cómo su pecho subía y bajaba suavemente. Otro sonido escapó de sus labios cuando se giró, quedando de espaldas... y su cara perfecta quedó expuesta. Aunque sus ojos seguían cerrados con fuerza.

Tragué saliva. Me quedé sin palabras. Era hermoso. Pero me costaba concentrarme en su rostro... por razones obvias.

Otra parte de su cuerpo estaba completamente expuesta... y apuntando hacia mí.

Sí... Tereza tenía toda la razón.
Hola, polla mágica.

Sabía que estaba mal. Pero no podía dejar de mirar.

Debería poder hacerlo. De verdad. Era lo correcto. Lo profesional.
El hombre era mi cliente. Y estaba vulnerable.

¿Tal vez era una prueba divina?

Mi vida amorosa y sexual era nula. Seguir siendo virgen a los veinticinco no solo era deprimente, sino que ya empezaba a pesar.
Aparentemente, un hombre desnudo y desconocido era suficiente para hacerme perder la compostura.

En mi defensa, ese hombre no era común. Era, de lejos, el más guapo que había visto jamás.
Y eso sin contar con su... majestuosa virilidad.

Cerré los ojos, reprendiendo mi mente por acosar a alguien en ese estado. Luego lo cubrí rápidamente con la sábana y me

obligué a apartar cualquier pensamiento impuro. Hice una especie de oración silenciosa.

Una que esperaba que me ayudara a resistir la tentación.

Pero, por supuesto...

No podía estar más equivocada.

4



Aunque su mandíbula era marcada y tenía barba de varios días, había algo casi inocente en el modo en que aquel dios ridículamente atractivo lucía dormido. Con unas pestañas de envidia y unos labios carnosos curvados en una suave sonrisa, contrastaba con los pómulos afilados y ese aire de "amo del mundo".

Incluso en ese estado, seguía siendo el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Y más bueno que el pan, también hay que decirlo.

— Bueno... diría que alguien se lo pasó muy bien anoche — comentó Beatriz al acercarse en silencio, rompiendo el hechizo que me tenía embobada mirando al gigante dormido.

— ¿Tú crees? — pregunté débilmente.

— Sin duda. Definitivamente aquí hay alguna sustancia de por medio. — respondió mientras se acercaba a él para examinarlo.

— Eso espero.

— ¿Tienes idea de qué pudo pasar?

Encogí los hombros mientras la observaba tomarle la presión.

— No lo sé. Llegó ayer a la isla, despidió a Tereza diciendo que no quería ser molestado.

— Eso mismo me dijo ella.

— Pero hay algo que no encaja. — Me mordí el labio. — No hay botellas ni drogas a la vista en la habitación.

Se giró para mirarme, arqueando una ceja perfectamente delineada.

— ¿Medicamentos?

Volví a encogerme de hombros, un poco más preocupada ahora.

— No lo sé. Pero hoy en día no es difícil conseguir algo fuerte.

Frunció los labios y me miró fijamente.

— ¿Qué? — pregunté, sintiéndome un poco intimidada por su expresión.

— Como no sabemos nada y el paciente parece estar casi en estado comatoso, lo mejor sería iniciar el protocolo de emergencia para intoxicación por alcohol o drogas.

Me mordí los labios.

— ¿Y qué hacemos con el Pene Mágico?

— ¿Pene Mágico? — Repitió, y tras reírse un poco, recuperó la seriedad. — ¿Recuerdas lo que hacíamos en los fuegos en la playa?

Asentí. No era ninguna novata. En la isla, en nuestra adolescência, más de una vez tuvimos que asistir a algún colega que se pasó con la bebida.

— Su nivel de glucosa está bien. Tal vez deberíamos meterlo en la bañera. A ver si así despierta y nos cuenta qué pasó.

Asentí, no muy convencida... Porque sí, mi mente volvió a imaginarlo desnudo.

Otra vez.

Y otra.

Tragué saliva mientras me acercaba para ayudar a Bea a levantarlo. El hombre murmuró algo en inglés, y por primera vez se movió: se sentó por sí solo, apartando el brazo de mi amiga, aunque seguía con los ojos fuertemente cerrados.

Beatriz retrocedió y se unió a mí, observándolo sorprendidas.

— ¿Está bien? Soy enfermera. Estoy aquí para ayudarlo a sentirse mejor. — Bea se acercó con su tono más profesional.

El tipo apenas logró entreabrir los ojos antes de volver a cerrarlos, pero parecía haberla oído. Murmuró unas palabras ininteligibles mientras intentaba ponerse de pie.

Y cuando lo hizo, el edredón cayó por completo, dejándolo totalmente desnudo. Se tambaleó. Sin pensar, me lancé hacia él y le sostuve el torso con ambas manos para mantenerlo erguido, mientras volvía a cubrirlo como pude, envolviéndolo con la sábana.

El esfuerzo fue inútil: era demasiado grande y pesado. Se dejó caer otra vez en la cama, lo suficientemente lúcido como para no insistir en levantarse.

— Ella es enfermera, vino a mi pedido para ayudarle a sentirse mejor. — expliqué en inglés, el corazón latiéndome en la garganta por la cercanía.

Él seguía con los ojos cerrados, el mentón pegado al pecho.
Un pecho musculoso. Firme. De piedra.

— Ahora entiendo por qué tanto revuelo. En tu lugar, también estaría hipnotizada por su Pene Mágico. — soltó Bea, con picardía.

— ¡Shhhh! — la callé de inmediato, mirando al chico para asegurarme de que no la había oído.

No parecía muerto. Pero tampoco completamente vivo.
Eso sí, seguía estando muy bueno.

— Vale, vamos. Tú por un lado, yo por el otro. — improvisé.

— Juro que no miraré demasiado... solo un poquito.

Ignoré la broma mientras lo tomábamos por ambos lados. Le pasé el brazo por mis hombros y, entre gemidos, logramos levantarlo. Era por lo menos treinta centímetros más alto que nosotras, y probablemente nos duplicaba en peso.

Por suerte, el baño no estaba lejos. Y aunque estuvo a punto de caerse un par de veces, conseguimos llevarlo hasta la bañera.

Lo metimos dentro con mucho esfuerzo y, en cuanto su cuerpo tocó el fondo, se desmayó otra vez. Solo entonces abrí los grifos.

— No me lo puedo creer... La primera vez que ves a un hombre desnudo y ni siquiera está consciente. — dijo Bea, negando con la cabeza mientras lo observábamos.

— ¡No es el primer hombre desnudo que veo! — me defendí demasiado rápido, con los ojos aún fijos en él.

No mentía. Obviamente había visto hombres desnudos.
Tal vez no en persona...
Pero eso no hacía falta confirmarlo. Ya era suficientemente vergonzoso.

Y mientras lo observaba, intentaba disimular el calor que me subía. Bea tenía razón.

— Sí, claro. — murmuró con una sonrisa burlona, disfrutando cada segundo de mi incomodidad.

Suspiré, mordiéndome el labio, esperando lo inevitable.

Era casi cómico... si no fuera tan difícil resistirse.
Podría ser hasta sexy, en otras circunstancias.
Porque el hombre estaba desnudo en la bañera.

— Estás roja como un tomate. Ni quiero imaginar lo que pasa por esa cabecita tuya, tan virgen y pervertida. ¿Quieres que los deje a solas? — provocó con la ceja arqueada.

— ¡Shhh! — intenté callarla otra vez. — ¡Habla más bajo!

— No has respondido a mi pregunta.

La ignoré. Cerré el grifo de la bañera, y ella suspiró antes de volver a tomarle la presión. El hombre soltó otro gemido suave, aún inconsciente, la cabeza cayendo hacia atrás.

Bea suspiró también, arremangándose.

— Está bien, Flor. Y sí... es un bombón. — susurró, y le devolví la mirada, asintiendo.
Era imposible negarlo.

Aunque fuera ciega, lo sabría.

— ¿Qué diablos está pasando aquí? — una voz nos sobresaltó, rompiendo el silencio.

Contuve la respiración, esperando que el hombre despertara, pero solo se agitó un poco.

Me giré hacia la puerta. Mi madre nos observaba con cara de escándalo.

Casi me sentí como una adolescente atrapada en pleno pecado.

— ¿Pero qué...? — Dio un paso hacia nosotras, sus ojos se posaron en la figura dentro de la bañera. — ¿Quién es este pedazo de hombre?

— Es una larga historia, mamá. — respondí en voz baja. — Ven afuera, te lo explico.

— ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué estáis las dos en el baño con ese tío? ¿Un trío a estas horas? — soltó mientras salíamos. — ¡No me digas que lo has matado!

— ¡No, mamá! ¡Por supuesto que no lo maté! ¡Y obviamente no es un trío, María do Rosário! — casi me ofendí. — Probablemente estaba muy borracho. Llamé a Bea para asegurarme de que estuviera bien.

— ¿Pero qué ha pasado? ¿Por qué no nos llamaste?

— No tengo ni idea de lo que le pasó. Tereza me llamó por su estado, y no quería preocuparlas sin necesidad.

Mi madre me miró con una expresión extraña.

— ¿Está bien?

— Sí. Bea dice que aparentemente está estable. Estoy segura de que en cuanto despierte, podrá contarnos qué ocurrió... y seguir con sus vacaciones. Y con su vida.

No parecía convencida. Y no la culpaba. Yo misma me sentía un poco loca por estar diciendo todo eso. Pero solo estaba haciendo mi trabajo. Asegurándome de que el cliente estuviera bien.

Nada más que eso.

Lo triste era que hacía mucho que algo no me sacudía así.

Tal vez nunca.

— Si piensas eso, estás tristemente equivocada. — dijo al final, como una advertencia velada.

— ¿Qué quieres decir?

Fruncí el ceño, sin dejar de mirarla. Odiaba cuando hablaba así, especialmente porque casi siempre tenía razón con sus intuiciones premonitorias.

— Nada, Maria Flor. Nada.

— Bueno, si está todo bajo control, me voy al hospital. — Bea puso una mano en mi hombro y la apretó suavemente. — Probablemente sea mejor que te quedes con él. Por si se despierta... o se ahoga.

— ¿Estás segura de que está bien? — pregunté en un susurro.

Ya con el maletín en la mano, camino a la salida, me respondió:

— Segurísima. Llámame si pasa algo. — Lanzó besos al aire y se fue.

Me volví hacia mi madre.

— Te ha afectado más de lo que quieres admitir.

No era una pregunta. Era una afirmación.
Y una muy certera.

— Tal vez. — admití con un suspiro.

No dije más. Volví al baño y me detuve otra vez frente a él.

No sabía por qué, pero cerré los ojos e hice una oración silenciosa.

Esperaba que estuviera bien.

Fuera quien fuera.

5



Por primera vez desde que podía recordar, sentí que podía respirar.
Vale, era un aire falso y también temporal, pero aun así, era como inhalar oxígeno puro y natural después de pasar toda una vida respirando con ayuda artificial.

Estaba sintiendo por primera vez la libertad que aquella isla remota me ofrecía. Una experiencia increíble para alguien que había crecido bajo los focos, siempre con una sombra detrás de cada paso.

Desde el momento en que subí al jet privado que me sacó del aeropuerto de Lancelloti —dejando atrás a mi guardaespaldas e iniciando mis vacaciones— tuve un pequeño sabor de esa vida que siempre había soñado y que nunca creí poder experimentar.

Ya no tenía guardias siguiéndome ni una legión de empleados a mi alrededor. Tampoco paparazzi. Ya no era reconocido.
No era un príncipe. No era nadie.
Era simplemente un ser humano anónimo, libre de ser y hacer lo que me diera la gana.

Y eso se sentía jodidamente bien.

El primer día dormí todo el vuelo hasta Brasil. Y cuando desperté, lo hice porque quería, no porque alguien viniera a recordarme mis obligaciones. No había mayordomos llamando a la puerta. Al pisar suelo brasileño, simplemente me quedé observando el mundo pasar, igual que a las personas a mi alrededor.

Parecía una tontería, pero jamás había podido hacer eso con libertad. Nunca tuve la oportunidad de mirar a extraños sin ser observado. Nadie se fijó en mí. Nadie se molestó.

No recordaba haber sonreído de verdad alguna vez. Ni siquiera lo había hecho desde que mi madre murió. Pero ahora lo hacía.
Y cada vez que me daba cuenta, la culpa me asaltaba, recordándome lo que perdí, que no tenía derecho a sonreír.

Así que, egoístamente, intentaba enterrar ese sentimiento y fingir que no existían reglas, que nunca había perdido a nadie. Que solo necesitaba aprovechar lo que probablemente sería mi única oportunidad de ser libre.

Pero cuando cayó la noche, el olor a soledad impregnó el aire. Tan denso como el veneno.
Y en cuestión de segundos, sentí cómo el pecho se me cerraba y creí que iba a desmayarme.

Era como si pudiera oler la muerte, las mentiras, la vida infeliz y solitaria a la que estaba condenado.

Esa máscara de libertad se rompió y, una vez más, yo era Leon, el príncipe enlutado, el heredero perdido, no solo en tierras extranjeras... sino en las suyas propias.

Fui directo a la cama, tratando de escapar de mis pensamientos, de mi realidad, de mis recuerdos... y del dolor.

O eso creí.

Como no conseguía dormir, tomé una pastilla para el insomnio que el médico me recetó tras la pérdida. Pero mezclar un

medicamento de receta con una copa de alcohol —aunque pequeña — quizás no fue la decisión más sensata. Y yo lo sabía.

Pero, ¿a quién le importaba?

Al parecer, a alguien sí.
Alguien que no conocía, ni siquiera había visto.
Eso fue lo que descubrí al despertar completamente desnudo, en la bañera del cuarto que alquilé.

Abrí los ojos y me encontré con una mujer mirándome con los ojos abiertos como platos y la boca entreabierta de sorpresa.

Solo que no era la única sorprendida.

Ella era hermosa. Demasiado hermosa.

Del tipo de mujer que aparece en tus fantasías apenas la ves. Cabello dorado recogido en un moño suelto, rostro perfecto que te desarma, labios carnosos y sensuales; ojos claros, profundos, hipnóticos.

Gritó asustada, lo cual, obviamente, también me sobresaltó. Estaba acostumbrado a amenazas. Por un momento pensé que me habían secuestrado, que habían descubierto quién era. Pero entonces entendí que probablemente era la encargada del mantenimiento de la casa durante mi estancia.

Esa mujer me había cuidado mientras yo estaba inconsciente. Se aseguró de que estuviera a salvo. Algo que no tenía por qué hacer por un completo desconocido.

— ¡Ah! Lo siento, señor Montaleone. No quería alarmarle — explicó finalmente en un inglés perfecto. — Yo… me puse nerviosa al verle despertar tan de repente. Llamé a una enfermera que lo examinó. Solo quería que supiera que está sano y salvo.

— Hm... Er... hum... okay... — fue lo único que conseguí murmurar mientras intentaba taparme con las manos, ya que había quedado completamente expuesto al ponerme de pie en la bañera.

No fue una maniobra exitosa. Aunque mis manos eran grandes... otras partes de mí lo eran aún más.

Dios, qué idiota. ¡Y encima desnudo!

— Er... ¿Podría darme una toalla, por favor?

Sus ojos se abrieron aún más, su rostro se tiñó de rojo y apartó la mirada.

— Sí... sí, claro. Disculpe. Voy a buscar una y dejarle algo de privacidad.

No tuve tiempo de decir nada más. Me entregó la toalla con rapidez y salió corriendo del baño. No podía culparla. La situación era absurda.
Y ella era pequeña. Con mi estatura y tamaño, mi polla debía haberle parecido una maldita criatura mitológica.

No entendí del todo lo que dijo detrás de la puerta, estaba claramente nerviosa. A pesar de su inglés perfecto. Me di una ducha rápida, pero necesaria, y mientras me secaba, solo podía pensar en todo lo que ella debía estar imaginando de mí.

Gran primera impresión, Leon.

Ni siquiera habíamos cruzado dos frases y ya tenía que admitir que, además de guapísima, había logrado cautivarme... incluso en mi estado lamentable.

Algo completamente inédito para mí.
Y si llegábamos a tener cualquier tipo de relación —aunque solo fuera profesional— me obligaría a enfrentar un dilema:
Tendría que mentirle. Aunque no quisiera.

— Lo siento. — solté al volver al cuarto, ya vestido, encontrándola de pie frente a la puerta del balcón, con la vista increíble del mar rodeando el archipiélago.

Una vista que palidecía ante la belleza de la mujer que vino en mi auxilio.

— No... el que debe disculparse soy yo. — Se volvió hacia mí, roja, claramente avergonzada, probablemente por haberme visto desnudo. — ¿Está bien? — preguntó con una voz preocupada, evitando mirarme a los ojos.

— Sí. Solo un poco adormecido. — Me pasé la mano por el pelo aún húmedo. — Gracias por la ayuda. Voy a pedir a mi asistente que le dé un extra por el susto. Se lo merece, estoy seguro de que no es parte de sus funciones.

— No hace falta. Estoy bien. — Evitaba a toda costa el contacto visual, pero lo decía con firmeza.

— No, no está bien. Te aseguro que no suelo hacer cosas así. — sentí que tenía que aclararlo.

— No se preocupe... no tiene que darme explicaciones.

Dudé. No sabía cómo expresarlo sin asustarla o incomodarla.
Y también me sentía avergonzado.

— Tengo que decirlo. Esto no es lo mío. Solo fue una mezcla que salió mal. Estaba agotado, tomé un medicamento y lo mezclé con una copa de vino. Bueno… no tan inofensiva, ya que me dejó inconsciente y te obligó a preocuparte.

Se mordió el labio y asintió tímidamente.

Mierda. Sin hacer nada, me tenía loco.
Bastaba que respirara para afectarme.
Era abrumadora. Magnética.

— Por eso insisto en darte una compensación por lo que hiciste.

— Como dije, no se preocupe. Fuimos contratadas para cuidar su estancia. — respondió con voz profesional, intentando no parecer nerviosa, aunque yo podía ver detrás de la máscara. Lo que la hacía aún más irresistible.

— Okay. — me limité a decir, aunque ya había decidido que le añadiría un buen bono sin que lo supiera.

— ¿Se siente mejor? ¿Puedo ayudarlo en algo más?

— Sí. Y sí, puedes ayudarme con algo más. — dije, y ella parpadeó, esperando que continuara. — ¿Quieres cenar conmigo?

— ¿Qué?

— Cenar... ¿Te gustaría cenar conmigo?

Se le abrió la boca por la sorpresa. Ojos enormes, mejillas coloradas.
No lo esperaba.

Se mordió los labios, dudó... y negó con la cabeza.

— ¿Por qué no?

Sabía que estaba siendo insistente, quizás hasta pesado. Pero no quería aceptar un no. Solo quería seguir esa chispa que sentí desde el primer instante. Sabía que pronto me iría, pero necesitaba conocerla.

— No puedo... Trabajo para usted... ni siquiera sabemos nuestros nombres. — respondió, y solté una risa antes de extenderle la mano.

Se sorprendió un momento, pero me la dio. Tan pequeña en la mía.
Cuando la envolví con mis dedos, prácticamente desapareció.

Amé la sensación. La suavidad de su piel. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Me faltó el aire.

— Me llamo Leon.

— Maria Flor.

Sonreí, estudiando su rostro perfecto, el rubor suave que cubría sus mejillas, la forma algo nerviosa de decir su nombre.

— Es un placer conocerte, Maria Flor.

— El placer es mío, Leon.

— ¿Y sobre la cena? — insistí, aún sin soltar su mano. Ella tragó saliva y desvió la mirada.

— No lo sé... Está mal.

— Define "mal".

Volvió a mirarme, frunciendo el ceño, buscando un argumento convincente.

— Quiero decir... Usted contrató nuestros servicios...

— ¿Quieres decir que está mal que un cliente invite a cenar a la encargada de la casa? ¿O que está mal involucrarnos de alguna forma?

Sus pupilas se dilataron. Sus ojos brillaban.
Sus mejillas se sonrojaron aún más.

No dijo nada. Y ese silencio fue absolutamente encantador.

— Tal vez las dos cosas... — susurró finalmente, la voz tan baja y entrecortada que me hizo morderme el labio.

No era el mejor momento para tener una erección.
No cuando intentaba convencerla de que saliera conmigo.

Pero si seguía comportándose así, tan tímida, tan dulce...

Tal vez ser noble iba a ser un verdadero problema.

Y sí, era noble...

Pero no tanto.

6



— ¿Soñando con el *Pene Mágico*, hermana? — inquirió María Alice al entrar en mi despacho, horas después. Estaba tan distraída que no noté su llegada, lo que fue un error, porque podría haber evitado ese momento.
— No, ya sabes que los sueños son para quienes no tienen los pies en la tierra. — le respondí en broma, antes de añadir rápidamente — *¿Pene Mágico? ¿En serio? ¡Vaya! ¿Ya sabes ese apodo del pobre tipo?* — bufé, sintiéndome molesta, mientras ella se sentaba frente a mí, riendo.

— Sabemos muy bien que ese tipo no es ni pobre ni desafortunado. — se rió, arqueando una ceja pícara, y yo puse los ojos en blanco.

Era imposible mentirle a María Alice: conocía mis emociones mejor que nadie. — ¿Qué pasa? — preguntó, observándome como si pudiera ver a través de mí. Siempre fui franca, pero allí, en mi oficina, mientras me debatía entre confusión y emoción, no logré falsear mi rostro con éxito.

— Nada... — respondí tímidamente. Crecí con una madre honesta y valiente; mis hermanas y yo fuimos criadas así. Y aunque María Alice y María Clara eran mis mejores amigas, por algún motivo, mentir parecía lo más fácil esa tarde. No admití que estaba alterada por haber conocido a ese hombre. Por haber visto su cuerpo magnífico. Y sentir algo que aún no sabía nombrar.

— ¿Nada? ¿En serio? ¿O fue algo que hizo o dijo el Sr. *Pene Mágico*? — me desafió.
Casi le dije que no era buena idea perseguir a un desconocido, pero al fin abrí el corazón:

— Le envié un mensaje después de pensarlo muy bien. — conté lo de mi dilema.

— Puede ser un error. — dije con voz temblorosa.
— Puede ser la mejor idea de tu vida. — me interrumpió, firme.

Desde el primer botón del teléfono dudé del mensaje que estaba por enviar. Tenía dos horas pensando si hacerlo o no. Dos palabras mandadas después de tanta incertidumbre. Elena.

— ¿Sabes que este tipo de historias patrón-empleada no suelen terminar bien? — balbucí, con el estómago en ángulo.

— Primero: no es tu patrón. Él contrató a la agencia, tú eres su cliente, no su empleada. Y segundo: no te compares con mi historia. — me llamó la atención. — Si quieres hacerlo, hazlo. No por mí ni por nadie.

— No sé... — murmuré.

— Ahora dime una cosa: ¿cuándo te sentiste así por alguien? — me interpeló, suave y firme. — Nunca. Nunca te vi así, hermanita.

El velo se rompió por completo. Sus palabras me dieron coraje.

— No sé de qué hablas, María Alice. — mentí, con fuerzas de niña pequeña.

— Está bien — exhaló como si hubiera ganado algo. — Vístete sexy. Depílate. Maquíllate y sal con *Pene Mágico*. Olvídate de todo salvo lo que quieres.

Tragué saliva.

— No es tan fácil. — suspiré. — Apenas lo conozco...

— Pero ya lo viste desnudo. — me recordó con una sonrisa traviesa.

— Sí, pero no fue planeado... o intencional...

— Un detalle. — agitando la mano como si fuera algo menor. — Lo viste desnudo y lo ayudaste, ¿sabes? Estás en tu derecho de disfrutar. Ve y conquista, hermana.

Nos reímos. Oí la fortaleza de su fe en mí. Supe que tendría mi respaldo si decidía dar ese paso.

Eran casi las cinco cuando finalmente tocó ese botón. Mi pecho latía tan fuerte que podía sentirlo en el oído. No pensé. Envié. Hasta el sonidito de notificación me pareció eterno.

Inevitablemente, sonó su llamada.

— Leon? — respondí con voz ahogada.

— Creí que dirías que no. — su tono profundo me estremeció.

— Quizá debería — confesé.

— Quizá deberías, porque sabías que tenías que dar una oportunidad para ver a dónde nos lleva esto. — su voz tembló apenas. Mi estómago dio un vuelco.

— Envíame tu dirección. Paso por ti a las ocho. — dijo.

— ¿E-Eh? Pero ni conoces la isla... — titubeé.

— Estás en una cita, Maria Flor. Así es como actúa un caballero, en mi país. Y tengo GPS. Y muchas ganas de cortejarte. — agregó con tono seguro.

Una risita mía cortó el silencio. Algo cambió dentro de mí. Ya no había vuelta atrás.

— Vale. Te envío el lugar. — logré responder.

— Ten lista tu sonrisa. No veo el momento de verte. Hasta luego, princesa.

Colgó. Y aun sin cliché en el fondo, mi pecho latía exasperado de emoción.
No había vuelta atrás.

Ya crucé esa línea. Y sabía, con cada fibra, que jamás olvidaría a Leon.

7



Estaba nerviosa.

Y nunca antes me había sentido así.

Cambié cientos de veces de ropa. Cambié también los zapatos, el labial, las joyas… hasta el peinado. Aun así, ni la excitación ante la expectativa de mi apariencia lograba disipar la energía nerviosa que bullía dentro de mí a niveles peligrosos.

Faltaban cinco minutos para la hora acordada. Leon podría llegar en cualquier momento, y yo intuía —de alguna manera— que cumplía con puntualidad real.

Yo, por otra parte, sentía que estaba a punto de enfermarme.

— ¡Tía Flor, tienes visita! — gritó María Vitória desde abajo, haciéndome tragar saliva.

¡Dios mío! ¡Ya había llegado!

Necesité un segundo para respirar hondo y cerrar los ojos. Me sentía al borde de un ataque de nervios, lo cual, obviamente, no era

bueno.
No podía creer que me sintiera así solo por un encuentro con un tipo cualquiera…
Pero él no era un tipo cualquiera, ¿cierto?
El corazón casi alojado en mi garganta mientras bajaba por las escaleras lo decía todo. Mis manos sudorosas mientras caminaba hacia la puerta de entrada lo confirmaban. Él no era cualquier hombre.

— Respiré hondo una última vez y salí al porche.
Un convertible con capota baja me esperaba. Lo vi bajar del coche con seguridad, totalmente dueño de sí mismo. Cruzó al lado del pasajero y me abrió la puerta como un verdadero caballero.

No perdió la sonrisa ni por un segundo. Esa sonrisa de estrella de cine, los dientes blancos perfectos, la mirada arrogante… Todo él era irresistiblemente magnético.

Y supe, en lo más profundo, que no podría resistirme aunque lo intentara.

— Hola — me saludó cuando me acerqué, tan nerviosa que casi tropecé. — Tu carruaje te espera, princesa.

Sonreí ante sus palabras, un tic nervioso y estúpido porque no podía creer lo que estaba pasando. Ni siquiera babeaba de emoción… ¡ya era un triunfo! Tampoco entendía cómo un hombre que apenas conocía lograba hacerme sentir de esa forma.

Vestía un look casual pero refinado: blazer azul, camiseta blanca de escote en V, jeans oscuros y mocasines marrones. Simple y perfecto.
— Estás increíble. — dije al detenerme frente a él, con vestido negro y tacones.
Sentía que me estaba mirando como si me pudiera desnudar solo con la mirada. Engullí saliva.

Sabía que vecinos me observaban desde las ventanas y solo quería desaparecer.
No, mejor: quería desaparecer sola…

— Gracias. — dije, antes de tomar su mano para deslizarme cuidadosamente en el asiento del coche.
Noté que mi vestido se subía un poco y sentí su mirada fija en mis muslos. Pero él fue lo bastante caballeroso para no comentar nada.

Subió al volante y arrancó.

— ¿A dónde vamos?

— Al restaurante del Country Club. Tiene excelentes reseñas y, por lo que vi, la comida es fantástica. Seguro lo conoces.

Asentí con una sonrisa forzada mientras reprimía el nudo en mi garganta. El lugar era una pesadilla para mí: guardaba recuerdos incómodos de fiestas familiares. Traté de relajarme.

Él pareció percibir mi nerviosismo y colocó su mano sobre la mía. Dedos largos, fuertes, cálidos. Me paralizaron. En un segundo olvidé nuestro destino.
¿Cómo podría pensar en algo que no fuera él cuando me tocaba así?
El gesto fue cálido… dulce. Todo en él, cada movimiento, era perfecto.
Yo estaba en verdaderos problemas.

Minutos después, estacionamos frente al Country Club. Entregó la llave al valet y regresó para abrir mi puerta.
Su mano seguía firme en la mía, sin pedir permiso. Un suspiro escapó de mis labios. Había algo íntimo y reconfortante en ese acto.

Entramos al restaurante. A pesar de ser un día de semana, el local estaba animado: verano, cenas temprano.
Leon, como el caballero que era, confirmó la reserva y me condujo a nuestra mesa. Al caminar, puso una mano en mi espalda. Quedó claro para todos que íbamos juntos.
El calor empezó a quemarme el estómago. Las miradas sobre nosotros se intensificaron.
No era la atención lo que me incomodaba… era cómo lo veían las demás mujeres. Él no parecía preocupado. Seguramente estaba acostumbrado.

— El camarero los atenderá en un momento. Tomen asiento. — nos indicó la anfitriona, mientras nos sentábamos en una esquina de la terraza. Una velita encendida entre nosotros, luces tenues y cálidas.

— ¿Qué te gustaría beber? — preguntó él.

— Agua con gas, por favor.

— Perfecto. Dos aguas con gas. — respondió, cerrando el menú. — Necesito un momento para decidir qué pedir.

— No tenías que cambiar por mí. Pide lo que quieras.

— Gracias, pero estoy bien con agua. Después de cómo me desperté esta mañana, prefiero evitar el alcohol por un rato.

Sonreí al recordar cómo lo encontré esa mañana: vulnerable, intenso... nada de qué avergonzarse, al contrario.

— ¿En serio no bebes? ¿O solo esta noche hay una razón especial?

Negué.

— No hay una razón. No bebo mucho. Antes, de adolescente algo rebelde, sí bebía. Pero mañana trabajo y prefiero asegurarme de estar bien.

— ¿Trabajas en limpieza? — preguntó, curioso.

— No. Soy socia de una empresa de servicios domésticos con mis hermanas. Me encargo de la administración.

Me sonrojé levemente.

— ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Encogió los hombros, con leve incomodidad.

— Trabajo... para el gobierno. — susurró, justo cuando llegó el camarero con un aperitivo.

No insistí más. Sabía que estaba en una posición económica más alta. Pero él no dejaba de ser discreto y cálido.

A pesar de ser un desconocido, había algo en él que me daba la sensación de no serlo del todo. Y mientras seguíamos conversando poco a poco, fue como si nos entendiéramos. Una conexión que jamás había sentido con nadie.

8



¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? — preguntó un poco más tarde, después de que nuestras conversaciones hubieran navegando por diversos temas.
Leon estaba realmente interesado en conocerme… o era extraordinariamente bueno fingiendo.

— Sí. Nací y crecí aquí.

— ¿Cómo fue crecer en un lugar como este?

— Fue… interesante.

Esa fue mi respuesta corta, porque una parte de mí apreciaba haber crecido allí, pero otra parte sentía que siempre fui marcada como el producto de una traición... o incluso como la "hija de la empleada". No es que me avergonzara de mis orígenes —al contrario, estoy orgullosa de ser hija de María do Rosário—, pero crecí absorbida por el estigma del error de mi madre. El único error que tuvo fue creer en las mentiras de mi padre… y enamorarse de alguien casado sin saberlo.

— ¿Alguna vez pensaste en irte? ¿Mudarte? ¿Conocer el mundo? — me sacó del ensimismamiento.

Reí con sequedad.

— Siempre lo pensé… pero no puedo.

— ¿Por qué?

Le devolví una sonrisa triste.

— Porque mi familia y mi vida están aquí.

Leon asintió sin decir nada. Sentí que me entendía. Quizás compartíamos más de lo que imaginé.

— ¿Vives con tu familia y realmente eres socia de tus hermanas? — volvió a preguntarme, mirándome.

— Sí, con dos hermanas. Soy la del medio. La mayor tiene una hija. Vivimos con nuestra mamá, quien nos crió prácticamente sola. ¿Y tú?

Un destello cruzó su mirada… como un golpe de dolor invisible. Me culpé instantáneamente por haber fisgado en su intimidad.

Se detuvo unos segundos antes de responder, con voz tensa:

— Soy de un país pequeño europeo, dijo apenas. — Estudié grande parte de mi vida en Suiza. Sí, vivo con mi familia también. Perdí a mi madre hace poco.

Tragué incómodamente y desvié la mirada. Sus ojos se habían teñido de una oscuridad conmovedora.

— Murió hace poco más de un mes, completó luego.
— Lo siento mucho. — murmuré. Siempre me parece insuficiente consolar el luto de alguien.

— Gracias. Y por eso estoy aquí… para escapar un poco de mi realidad.

— ¿Escapar?

Asintió mientras sus dedos daban vueltas lentamente alrededor del vaso.

— Sí. Una especie de vacaciones. Una pausa antes de asumir mis responsabilidades.

— Es completamente comprensible… acabas de perder a tu madre.

— Sí… pero en este negocio, no hay tiempo para lamentarse. No estaba preparado para asumir el negocio tan pronto… pero debido a presiones políticas, me temo que tendré que hacerlo más pronto de lo previsto.

Asentí con tristeza. Su sufrimiento era real. La pérdida no se va de vacaciones; siempre vuelve. A veces duele tanto que me rompe por dentro.

— ¿Y cuándo vuelves a casa? — cambié el tema, consciente del contrato que firmamos hace poco.

— En unos días. Pero quisiera poder verte más antes de irme.

¿Sabía lo que me estaba diciendo? Yo quería quedarme a su lado.

— Quizá… aunque tengo trabajo…

— ¿A qué hora trabajas?

— De siete a cinco.

— Entonces tal vez debería invitarte a relajarte… O tal vez… — sus ojos descendieron lentamente hacia mis labios, cuello y pecho. Mi piel vibró ante su mirada cargada de deseo. — Te ponga un poco de trabajo extra. Aunque no puedo prometer que estarás disponible por la mañana.

Maldición, qué talento tenía para el flirteo… No, era más que talento.

— Disculpe. Aquí tiene el aperitivo que ordenaron.

El camarero interrumpió con un plato entre nosotros. Leon lo miró desde sus ojos azules como si lo despidiera con la mirada.

— Si necesitan algo más, aquí estoy. Con permiso. — y se marchó con un movimiento sutil.

Estaba a punto de decirle que quería eso… que quería todo de él… cuando una voz altisonante de la mesa vecina me congeló:

— Sí, es la hija de esa mujer que intentó robarle el apellido de los Prado. No puedo creer que tenga el valor de pisar aquí. Seguro está tramando lo mismo de su madre.

El comentario me heló. No era la primera vez que escuchaba semejante crueldad. Pero nunca me sucedió estando en una cita… menos con alguien por quien me estaba interesando de verdad.

Sentí el guardanapo apretarse en mis manos. Todo mi ánimo se fue.
— ¿Qué dijo? — me preguntó Leon, las cejas fruncidas. Su mirada pasó de mí a esa mujer prepotente.

Vi en sus ojos un temor profundo. Me ruboricé.

— Dime qué dijo, María Flor.

— Nada... — contesté apenas audible. No era suficiente, pero era lo único que me salía.

Su mirada ardía intensa.

— Estás mintiendo. — su voz era firme, helada, dándole fuerza a sus palabras.

Y algo en lo más profundo me empujaba a contarle la verdad. Aunque me avergonzara.

Respiré y lo hice:

— Lo siento tanto... No era mi intención involuntarte en esto. Siento mucho que te vincularan así…

— ¿Sabes quién soy? — preguntó afilado.

Negué con lentitud.

— Bueno, ¡que te den! — gruñó, empujándose hacia atrás en su asiento. Una vena en su frente parecía prestes a estallar.

— ¡No lo soy! — defendí sin dudar, recogiendo mi fuerza. — ¡Nunca planeé nada!

Sus ojos regresaron a los míos con furia. Cerró los ojos y sacudió la cabeza antes de llamar al camarero con frialdad.

— Esto fue un error… creo que me voy. — intenté decir, las manos temblorosas al sacar mi celular para pedir un auto.

Él no se alivió. Tampoco parecía furioso. Solo… decepcionado.

Pude ver lo profundo del peso que comprimía su pecho. Hubiera preferido que me odiara. Que su mirada cambiara por rabia. Pero esa mirada… era acero.

— Lo siento. — musité, mi voz quebrada por la vergüenza.

El silencio se hincó dentro de mí como un agujero negro. Sentí una lagrima surcar mi mejilla, pero contuve las demás. Tomé mi bolso y, al abrir la cartera, su mano cubrió la mía.

— No te preocupes por la cuenta. — susurró con voz seca.

— Está bien. — respondí, recuperándome a duras penas. — Adiós, Leon.

Me levanté, caminando hacia la salida con la cabeza erguida, aunque temía mirar las mesas cercanas. Sentía que todos me juzgaban.

Aquellos idiotas seguramente murmuraban todo tipo de insultos. Seguramente ese hombre era demasiado bueno para mí... rico, impecable... Se suponía que yo era la estafadora… como la gente decía sobre mi madre.

Si pudiera retroceder el tiempo, habría hablado del lugar, habría evitado la confrontación… o simplemente habría rehusado la cita.

Si pudiera retroceder... quizás estaríamos en otra realidad, juntos…

Pero no se puede volver atrás. Aquello era lo que era.

— Adiós, Leon. — susurré sin mirar atrás.

Al entrar en el coche que pedí y cerrar la puerta, sentí la metáfora de lo que nos acababa de suceder. Y no pude contener las lágrimas. No era solo un adiós... Sentía que acababa de perder algo que nunca fue mío.

9



Había pasado la medianoche y, aunque me sentía exhausto, no había logrado dormir ni un solo minuto.
Desde que me acosté, di vueltas y vueltas en la cama antes de abandonar y comenzar a caminar de un lado a otro por la habitación. Era como si mi corazón estuviera siendo pinchado una y otra vez, una y otra vez, en esa herida que no cicatriza.

Contrario a lo que pensé al principio, ella no sabía quién era. María Flor, esa mujer llena de luz y belleza, representaba una contradicción tan grande como el futuro rey de Lancelloti.

Podría no tardar en descubrir la verdad. Aun así, parecía tan buena, tan auténtica… no habría segundas intenciones aunque lo supiera.
¿Y por qué la rechazaría?

Me sentía idiota. Un completo idiota.

Estaba tan cegado por su belleza, por su forma de mirarme, por el deseo de hundirme entre sus piernas y hacerla mía… que nunca consideré las consecuencias emocionales de involucrarme con ella.

¡Joder! ¿Por qué me sentía así de loco?

Tenía que haberlo previsto antes de invitarla a salir. Pero, por un instante, solo quería ser normal. Quería contarle sobre mí, sobre mi madre. Compartir lo que nunca cuento a nadie. Vaciar los rincones amargos y oscuros de mi alma.
Y ella parecía entenderlo porque, en cierto modo, era la verdad de ella también.

Durante un momento creí que podríamos ser algo el uno para el otro. Desde que la vi, supe que estaba atrapado. Hechizado.

Pero todo terminó. No podía continuar… por ella.

Ella no soportaría el peso que significaba estar con alguien como yo. Tampoco los juicios. No, ella vivió eso toda su vida, aunque no lo mereciera.

María Flor era una extraña. Pero se había convertido en algo más. Quizás por eso dolía tanto. La conocía apenas… y sin embargo significaba más para mí que cualquier otra persona. Como si nunca hubiera sido una extraña desde el principio.

Quizás fue verla así, tan vulnerable después de ese comentario odioso en el restaurante, lo que me trituró por dentro. Nunca la vi perder la luz tan rápido. Me sentí traidor, por no defenderla, por dejar que pensara que ella era el problema.
Y aún me sentía mal por ello.

Podría haber sido más caballero. Podría haberla acompañado hasta casa… debería haberlo manejado de otra forma… pero no pude.
No fui el príncipe que debía ser. Ni el rey que estaba destinado a ser. Pero quería haber sido un caballero para ella, aunque solo fuera por esa noche.

Suspiré. Me senté en la cama, con la cabeza entre las manos. Totalmente hundido. Necesitaba hablar con alguien. Pero, aparte de los sirvientes, no tenía nadie más… salvo George o mis hermanos. Mi padre no era una opción.

Llamé a Ares, mi hermano mediano, segundo en la línea de sucesión. Era jefe del ejército real.

En Brasil ya había pasado medianoche; en Europa era de día, así que su respuesta fue rápida.

— ¿Aló? — su voz sonaba distraída.

— ¿Ares? ¿Estás ocupado?

— No. Pero si quien llama es tu futuro rey, supongo que debo responder… aunque seas mi idiotísimo hermano mayor — bromeó, como siempre.

— ¿Estás solo?

— Nunca estoy solo, hermano. Pero estoy libre ahora.

— Me sorprende que no hayas muerto de una enfermedad de transmisión sexual — lo provoqué sabiendo lo mujeriego que era.

— Me cuido — contestó, medio aburrido. — Cuéntame: ¿cómo va tu viaje? ¿Cuándo vuelves?

— En unos días — respondí sin entusiasmo.

— ¿Y cómo estás…?

— Exhausto, pero… — dejé la frase en el aire.

— ¿Qué pasó?

— Ares... — lo llamé cuando ya mi voz estaba al límite.

— No es nada grave... solo… es complicado.

— Lo complicado no encaja en unas vacaciones… ni con alguien que acabas de conocer y con quien ni siquiera llegaste a dormir — resumió, tras un silbido largo.

— No digas...

— ¿Te piensas que podrías salir con ella unos días y luego olvidarlo todo?

— Eso pensaba.

No estaba seguro. De hecho, no tenía un plan.

— Pensaste que podrías… — admití.

— Pensaste... — repitió él. — No vas a olvidarla tan fácilmente.

— ¿Qué puedo hacer?

— Te estás mintiendo, hermano mayor.

— ¿Cómo?

— Te conozco. Has sido un playboy porque nadie te ha detenido para cambiar. Pero esto es diferente. Estás olvidando que eres noble... más noble de lo que jamás seré. — Se rió. — Dime… ¿crees que ella vale la pena?

— ¡Claro que vale la pena!

— Entonces no es cualquiera…

— ¿Cómo lo sabes? Ni siquiera la conozco.

— Lo sé. Pero tú tampoco eres del tipo que solo busca un polvo rápido. Si así fuera, ya lo habrías hecho. Y aunque tienes por seguro muchas mujeres deseándolo en Lancelloti… elegiste llevarla a cenar. No es tu costumbre.

— Porque soy discreto. A diferencia de ti, que estás en los tabloides por eso — le dije, picante, pero no lo ofendió.

— Puedo ser cabrón, pero también un caballero fuera de la cama — añadí.

— Lo sé. Pero ese comportamiento diferente con ella… olvida tu orgullo. Creo que sientes algo real. Si no reconoces eso, tendrás que cargar con las dudas el resto de tu vida.

— No… no lo sé.

— Entonces da una oportunidad. Pero antes dile quién eres de verdad — sugirió. — Luego decide si ella encaja con Leon Casanova, su Alteza Real, príncipe y futuro rey.

10



Había colgado con Ares y, de nuevo, el silencio y la soledad que me acompañaban cada noche se apoderaron de mí… pero esta vez de una manera más profunda y dolorosa.

Miré el teléfono entre mis manos, con ganas de escribirle a María Flor, pero no sabía qué decir para arreglar lo que había estropeado entre nosotros.
¿Decirle que sentía mucho haberla hecho pensar que me importaba la opinión de los demás? No.

¿Que lo sentía por no haberla defendido, por no haber dejado claro que no creía una sola palabra de lo que esa mujer había dicho? Tampoco.
Lo único que quería era que entendiera que jamás dudé de su honestidad o de sus intenciones. Solo dejé que mis propios miedos alteraran lo que pudo haber sido nuestra noche… o algo mucho más que una sola noche.

Sí: todavía tenía el rumbo de mi futuro —y del suyo— en mis manos… y podía cambiarlo. No me quedaría lamentándome o pensando toda la vida "qué habría pasado si…".

Imposible esperar más. Me levanté, me vestí con vaqueros, camisa y chaqueta, tomé las llaves del coche alquilado y el teléfono, y bajé las escaleras de la mansión que iba a ser mi refugio por unos días.

Conduje toda la distancia sin saber qué iba a decirle al verla. Cuando aparqué frente a su casa, todavía no lo sabía… pero ya estaba allí, y de alguna manera encontraría la forma de aclarar el malentendido y reparar lo entre nosotros.

La casa estaba oscura. Era muy tarde; no debería haber llamado a la puerta —no quería despertar a nadie—, y tampoco sabía cuál era la ventana de su habitación... pocas opciones me quedaban.

Saqué el móvil del bolsillo y lo miré con cautela, comprobando que nadie me viera. La calle estaba en silencio, adormecida… solo se oía el susurro del mar cercano.

Después de lo que me pareció una eternidad llamando a su número, María Flor por fin respondió.

—¿Sí? — su voz sonó vacilante, quebrada. Me partió el alma.

— Estoy aquí… frente a tu casa. ¿Podrías bajar un momento? Quiero hablar contigo.

Instantes después, una ventana del piso de arriba se entreabrió. Su rostro apareció; modesta, pálida, los ojos abiertos en incredulidad.

— ¿Podrías bajar un momento? — dije mientras la miraba, arropado por la madrugada.

Ella no respondió. Simplemente colgó y desapareció. Mi pecho se apretó… aun así esperé.

La puerta principal se abrió lentamente, y ella salió descalza, con una camisa blanca vieja que le llegaba a la mitad del muslo. Seguía siendo la mujer radiante que me atrajo desde el primer momento, aunque bajo la luz nocturna parecía más frágil.

Caminaba con timidez, el viento jugueteaba con algunos mechones dorados. Deseé acercarme más: extender una mano para tocarla… cada paso suyo me hacía desearlo aún más.

— Perdón por venir a esta hora — susurré.

Ella se abrazó a sí misma con fuerza.
— ¿Qué haces aquí, Leon? — murmuró, con el ceño fruncido.

— No pude esperar… quería disculparme.

Ella mordió el labio. Ese gesto puramente inocente hizo explotar mi mente… y despertó otras partes de mí que no debía.

No ahora.

— No tienes que disculparte — dijo, solemne. Su expresión era fría; algo me dijo que retrocedimos. Me pregunté si todo lo que compartimos fue solo fruto de mi imaginación.

— Lo sé. Fallé. Te dejé creer que pensé que eras una estafadora, y permití que otra mujer dijera esas barbaridades sin defenderte. No actué como un caballero debería. Lo siento. Fui y le hablé después de que te fuiste.

Ella se tensó, pero aflojó. Me miró con ternura.
— Todos somos humanos. No tenías que defenderme, ni creértelo… apenas me conoces. Y en todo caso, estoy acostumbrada.

Eso me hirió aún más. Era evidente que ella pensaba que era normal oír lo que dijo esa mujer, aunque no lo fuera.

Respiré hondo para contener el enojo y tragué saliva. Intenté no mirar sus piernas torneadas, ni babear. Podría decir que era la luz lunar, pero estaría mintiendo. Era ella. Toda ella. Y estar allí, en lo oscuro, con su atuendo modesto y desprovisto del glamour anterior, avivó mi deseo. Quería arrodillarme ante ella. Tocar cada centímetro, desvestirla… sería tan fácil y tan absurdo.

— ¿Qué pasa? — preguntó cuando callé.

Cerré los ojos; mi mente luchaba por recomponerse. No había llegado allí para eso. Vine a disculparme.

Ella inclinó la cabeza, mirándome con atención.

Tragué saliva, respiré.

— Lo siento de verdad, María Flor. Debí comportarme de otra forma. Por eso estoy aquí.

Ella solo asintió. No dijo nada, pero vi en sus ojos un destello de alivio… y algo más.

— ¿Me perdonas? — pregunté en voz baja.

— Sí — suspiró, y añadió rápido: — Nunca tuve otra intención que conocerte.

— ¿Y podría tener una segunda oportunidad de que eso suceda?

Su mirada se tensó.

— ¿Cómo?

— ¿Qué te parece empezar de nuevo?

Extendí la mano. Me miró como si estuviera loco. Puede que lo estuviera… pero por ella.

— Mucho gusto, mi nombre es Leon.

Una sonrisa tímida se dibujó en su rostro, y ella me ofreció su mano. Tan pequeña comparada con la mía.

— Mucho gusto, yo soy María Flor.

Yo llevé su mano a mis labios y la besé suave, pero ardientemente. Nuestros ojos no se separaban ni un segundo. Un millón de promesas se dijeron con ese beso.

— ¿Qué te parece si empezamos una nueva cita ahora mismo?

— ¿Ahora?

Asentí, sonriendo. Sabía exactamente lo que quería hacer: acercarla, deslizar mis manos por sus brazos, rodear su cuello con

fuerza… besarla íntegra. Descubrir su sabor. Luego llevarla a la cama y devorarla hasta que el mundo amaneciera.

Si fuera otra mujer, lo haría sin pestañear. Pero no lo era: ella era la mujer que quería. Nadie antes me había provocado algo así.

Me contuve. Respiré profundamente. Quería ser justo. Un caballero.

— ¿Por qué ahora?

— Porque no tenemos tiempo que perder.

— Y te vas en poco tiempo.

— Sí — admití, agarrando sus dos manos. No quería pensar en ello. — Creo que eres hermosa, y aunque no puedo prometer nada, quiero conocerte y ver adónde nos lleva esto.

Ella miró mis labios por un eterno segundo… luego me miró fijamente. Se la notaba insegura. ¿Qué le ofrezco yo sino incertidumbre?

— No sé… — apartó la mirada, como buscando excusas para no;

— Sé que quieres esto tanto como yo — insistí en voz baja. — Solo dime que sí.

Mordió sus labios, suspiró… cedió. Su sonrisa fue como una espada clavada en mi orgullo. Hasta un rey se derrumbaría ante algo así.

— Está bien. Hagámoslo.

11



Leon y yo tomamos el coche alquilado y, después de tumbarnos en las sillas del deck junto a la piscina de la casa donde él se alojaba, pasamos el resto de la madrugada conversando sobre todo… y sobre nada.

Nunca pensé volverlo a ver. Por eso, me quedé en shock cuando apareció a medianoche en la puerta de mi casa. No estaba durmiendo —no lograba conciliar el sueño después de haber llorado largo tiempo sobre mi almohada, sintiendo lástima de mí misma— cuando me llamó.

Creí estar soñando al verlo a través de la ventana de mi cuarto: su figura bañada por la luz de la luna, mirándome como en una escena de película romántica. Pero no era un sueño ni un mero juego de mi mente. Estaba ahí, en la realidad.

Leon era la antítesis de cualquiera que haya conocido, y se presentó en mi puerta queriendo una oportunidad para conocerme.

Claro, sabía que había algo profundamente carnal, una química imposible de ignorar; veía el deseo en sus ojos, igual que el mío correspondía al suyo. Pero además del deseo sexual evidente, había venido con la intención de disculparse y, por supuesto, proponer una nueva oportunidad para conocernos.

La María Flor sensata del pasado habría dicho que no, pues su orgullo y dignidad habían sido heridos tras aquella cena. Pero, al parecer, me convertía en otra persona cuando se trataba de Leon… y finalmente acepté.

Acepté porque, pese a querer negarlo, sentía algo por él. Quería estar con él, aunque lo que viviéramos fuera solo pasajero. Así que dejé a un lado la racionalidad y solo acepté que quería seguir cerca de él el tiempo que pudiera, antes de que se fuera de mi vida definitivamente.

Quería conocerlo. Quería vivir esa sensación. Quería sentirme viva. Romper con la soledad. ¿Qué mal podía haber?

Muchos motivos. Aun así decidí no pensar en ellos.

No pude. Y sé que Leon sentía lo mismo, en conflicto. Una prueba irrefutable es que durante todo lo que estuvimos juntos quiso besarme pero no lo hizo.

Cuando me llevó a casa por la mañana, me acosté feliz. Nadie me vio entrar; yo me sentí como una adolescente escapando de sus padres para estar con su novio… excepto que no era una adolescente, y él no era mi novio.

No pude dormir, así que desistí de intentarlo. Tomé una ducha, vital, luego bajé a la cocina.

Aunque me habían visto aquella noche después del desastre de cena, no conté a nadie qué pasó. Mentí diciendo que tenía dolor de cabeza, ocultando la verdad por completo.

Conozco bien a mis hermanas y mi madre: si fuera sincera, ellas no lo permitirían. Irían a buscar a esa mujer. Toda mi vida he ocultado estas cosas porque sé lo que vendría.

Además, la escena habría sido humillante y poco apropiada si mi madre la hubiese armado frente a todo el mundo. No, no quería eso.

— Buenos días, hija. ¿Te sentó mal algo? Si es que te acostaste... — dijo mi madre con ironía mientras colaba el café.

— Buenos días para usted también, doña María do Rosário — respondí, dándole un beso ruidoso en la mejilla antes de abrir el armario para ayudar a poner la mesa—. No, mi cama está bien. Aunque, ya sabe que pasé la noche en ella — añadí en voz baja, sintiéndome súbitamente cohibida.

— Quizá en otra cama... la de un gringo buenísimo, y hablando de buen**!** — silbó, refiriéndose al miembro de Leon. Me quedé boquiabierta y mi cara ardía de vergüenza.

— ¡Mamá, qué absurdo! ¡Cómo puedes decir eso tan a la ligera?

— Lo es, sin duda. Pero como profesional en administración y siendo tu madre, sé que puedes manejar algo así sin ayuda — replicó con una sonrisa burlona, y yo bufé, mortificada. Además, era demasiado temprano para esto.

— No voy ni a responder. Y por favor, ¡no digas "coño" otra vez en mi presencia! — le pedí, espantada.

— ¿Coño? Parece que llegué al mejor momento de la conversación. — entró María Clara con tono burlón.

— ¡Jesús! ¿Cómo lidiar con ustedes dos sin ni siquiera haber tomado café? — exclamé, mientras ellas se reían de mi desastre.

Por suerte cambiamos de tema a tiempo. Luego se acercaron María Alice y María Vitória para desayunar. Pensé que la tensión había pasado, pero mi madre pidió hablar conmigo antes de ir al trabajo.

Me despedí de mis hermanas y mi sobrina, prometiéndole al pequeño que luego la llevaría al parque.

— ¿Otra vez saliste? ¿Qué pasó? — me preguntó mi madre. Encogí de hombros.

— Nada del otro mundo — respondí con indiferencia, aunque esa "nada" escondía todo.

— ¿De verdad nada, María Flor? — insistió ella, con cara de no creerme.

Solo asentí, con la boca seca.

— Flor, no te pido explicaciones por llegar de madrugada, eres adulta. Pero tu mirada me dice que hay más que "nada del otro mundo". — Su tono, incrédulo, me hizo tragar saliva.

— No, está todo bien, mamá. De verdad, no te preocupes.

— ¿Seguro? ¿Si no estuvieras bien me lo dirías?

La pregunta me tomó desprevenida, dejándome con la boca abierta y el corazón acelerado, parpadeando demasiado. Sorprendida no describía ni la mitad de cómo me sentía. Tanto que ni siquiera podía articular palabra. Sin embargo, mi madre parecía tener más cosas que decir:

— Me entristece que creas que debes esconder algo de mí, pero lo respeto. — Suspira—. Quiero que te abras conmigo.

— ¿Qué… quién te dijo eso? — pregunté, aturdida.

— Ese chico… Leon… está presente en todo lo que leo sobre ti. — Encogió de hombros. No tuve tiempo para digerirlo, cuando añadió: — Además es delicioso. En tu lugar, no me levantaría ni con grúa.

— ¡Dios mío, mamá! — gimo, ya roja.

— Vamos, que exageran con perfección. Pero ya sabes… somos humanos. — se ríe. — Diviértete, pero con cuidado. No sé si es momento de ser abuela otra vez. — Y seguí roja de nuevo. Era un día horrible, maldito.

Más tarde, cumplí mi promesa de llevar a María Vitória al parque:

— Tía, ¿puedo comer un hot dog? — preguntó.

— Claro. Aquí tienes, ve tranquilo. Me quedo con Zeus vigilando, porque mezclar perros calientes con comida no es buena idea — le dije, dándole un beso en su cabello rubio, mientras la veía caminar hacia la caseta de comida.

La Ilha do Sol era tranquila y segura, aunque siempre vigilante. Mientras acariciaba a Zeus, sentí alguien sentarse a mi lado.

Su presencia me fue familiar, casi como si mi cuerpo lo reconociera. Le había dicho que iría al parque; intuía su llegada aunque no lo invité.

— Hola, Leon — lo saludé, devolviéndole una sonrisa impecable.

— Hola, María Flor.

Vestía bermudas de tela, camisa blanca de lino y sandalias de cuero. Su atuendo casual no lograba ocultar su elegancia innata.

Era atractivo incluso envuelto en una bolsa de basura. Aunque la charla anterior fue incómoda, era imposible ignorar mis pensamientos impuros, como me hacía sentir… cómo su perfume inundaba el aire. Cada mirada suya hacía que las mariposas en mi estómago volvieran locas.

Giré la vista hacia María Vitória, que conversaba con una amiga mientras comía.

— ¿Es tu sobrina? — preguntó Leon.

— Sí, esa misma.

— Pues parece que encontró una amiguita. ¿Te importaría si te robo un momento? — dijo sonriendo, mirándome.

— Tal vez.

Él ladeó la cabeza, sus ojos recorriendo mis labios antes de conectarse nuevamente con los míos.

— ¿Y si eso también significa que puedo besarte? — preguntó en voz baja. Tragué saliva, sin saber qué decir.

12



Las palabras de Leon dieron vueltas ardiendo en mi interior. Todo lo que quería era eso. En ese preciso instante, para ser exacta.

¡Jesus! ¿Realmente me estaba preguntando si podía besarme… o estaba soñando?
Sentí una descarga. Jamás nadie me había hecho una pregunta así. Sabía que era un caballero, pero no tenía idea de hasta qué punto—hasta ese momento.

No era mi primer beso, claro… pero se sintió como tal. Y si el torbellino que me recorría servía como prueba, cualquier beso anterior palidecía en comparación con el que me prometía, sin palabras.

Casi sin respirar, engullí el nudo en mi garganta. Fuegos artificiales irrumpieron dentro de mí. Mi corazón retumbaba en mis oídos con la misma intensidad que la pasión más profunda. Porque aunque era virgen, no era tan ingenua como para negar lo que me hacía sentir… y lo quería. No podía negarlo. Jamás.

Lo deseaba tanto que me aterraba la sensación.

— Sí. — Respondí sin dudar, ansiosa, con la mirada fija en sus ojos. El calor entre nosotros creció con mi respuesta.

No podía esperar más. Había llegado el momento que anticipé desde que lo vi. Cerré los ojos, y mis labios se entreabrieron por instinto.

Lo esperé…

Nervios en llamas…

Piel de Gallina…

Cuerpo consumido…

Corazón desbocado…

Labios ardiendo por probarlo…

Pero ninguno se acercó. No hubo beso, ningún momento mágico.
Cuando finalmente abrí los ojos para enfrentarlo, él seguía ahí, inmóvil. Me miraba con esa hambre evidente en sus ojos azulados y esa sonrisita arrogante.

— Aunque eso fue lo que más deseaba —susurró en lugar de besarme—, no pregunté si podría ser ahora.

Mis mejillas ardieron y escondí la cabeza entre mis manos, completamente mortificada.

— Lo decía como una referencia futura.

Fruncí el ceño, volviendo a mirarlo. El calor en mi cuerpo seguía intacto, aunque mucho más frustrada sexualmente que antes. Él, con sus labios sensuales curvados en una sonrisa aún más sexy…

— ¡Eres un idiota! — exclamé, y él soltó una risa baja, esa risa masculina y profunda que hace estremecer.

— Sí, soy un idiota —confesó—, pero un idiota que está loco por hacer contigo cosas que no pueden contarse en público… Y aquí va una referencia futura: No creo que podría contenerme si te

besara ahora mismo. Porque, cuando lo haga, quiero estar seguro de que seremos solo tú y yo, y nadie más.

Sus palabras se colaron en cada célula de mi cuerpo. Fue una advertencia seductora y aterradora a la vez. Nunca me sentí tan viva…

Necesitaba distraerme, así que desvié la mirada hacia mi sobrina, que seguía feliz hablando con su amiga como si nada pasara.

Y era demasiado…

— No sabía que te gustaban los parques —cambié de tema de forma torpe, deseando ocultar mis emociones y vulnerabilidad.

Leon lo notó. Aunque no lo miré, sentí su sonrisa cerca.

— ¿La vida? Es como un parque de diversiones —respondió enigmático—. La canción dice que lo importante es la subida.

No tuve tiempo de indagar más, porque María Vitória se acercó decidida a conocer a ese "hombre raro" que estaba aquí con su tía. Resultó que, dominando idiomas desde niña, empezó a enseñarle portugués con entusiasmo… y para mi sorpresa, él se sumó al juego con entusiasmo. Ya no estaba hipnotizada por él, estaba maravillada.

Leon lo estaba haciendo todo bien… No era un "encontro formal", pero resultó perfecto de muchas maneras… y todo era cada vez más intenso.

Horas después, ya de vuelta para la cena, María Vitória aceptó irse sin protestar; él afirmó que repetirían el paseo en otra ocasión. Igual lograba enamorar.

Al llegar a casa, la noche volvía a oscurecerse. Mientras mi sobrina entraba, nuestros ojos se cruzaron con complicidad.

Ese "casi beso" me dejó aún más ansiosa… Intuí que él esperaba a estar realmente solos para dejar que el deseo nos consumiera.

No paré de mirarlo. Mi respiración se cortaba, el calor subía… y justo cuando parecía que algo iba a suceder, miró hacia mi casa.

Giré la vista… y ahí estaban: mi familia observándonos desde las ventanas, con sonrisas tontas. Intentaron ocultarse, pero fue demasiado tarde.

¡Jesús! No podía creerlo.

Suspiré. Él sonrió con ironía. Yo me sentía frustrada, exasperada.

¿No podríamos, por Dios, besarnos ya?

— Perdón por el espectáculo —musité, secamente.

— Estoy acostumbrado —replicó, guiñándome un ojo—. ¿Te gustaría caminar más tarde?

— "Para una referencia futura"… Me encanta caminar — respondí, sonriendo y retrocediendo hacia la puerta.

— Me alegra saberlo. Entonces te veo más tarde.

Asentí, observándolo marcharse en el coche. Y enseguida supe: ya no podía esperar a verlo de nuevo. Y no tenía claro si eso era bueno… o peligroso.

13



Había pasado de los treinta. Lógicamente, tuve muchos encuentros con otras mujeres. Especialmente primeras citas, la mayoría de ellas únicas —porque rara vez las veía una segunda vez. De la mayoría ni recuerdo el nombre ni el rostro. Eran solo una más en mi larga lista. Y jamás recuerdo haber querido repetirlo o que esas citas fueran perfectas, ni haber contado cada segundo a la espera de algo más.

Con María Flor todo era distinto. Ella desató en mí emociones que desconocía. No solo me conmovió: esa hermosa brasileña me abrió a un nuevo mundo emocional que me hizo sentir vivo otra vez… y desear aún más.

Sabía que todo entre nosotros era peligroso. Que historias como la nuestra han sido tabú desde siempre: plebeyos involucrándose con la realeza era un tema prohibido. Vivir algo juntos podría ser único, irrepetible. Y eso no solo me aterraba… también me hacía querer retenerla todo el tiempo que pudiera.

Si pudiera, lo haría eterno.

Horas después, sin pensar en el paso del tiempo, la recogí en su casa y, tras conducir algunos kilómetros, nos sentamos en la arena desierta de la Playa de la Soledad, un sitio turístico famoso, aunque apartado, al sur de la Isla.

Llevábamos una manta de cuadros, cojines, un balde con hielo y dos botellas de vino con copas, aceitunas, quesos, paté, Doritos… todo lo necesario para disfrutar juntos bajo la luna.

El sol se había puesto hacía horas y la única compañía era la luna, bañándonos en su luz. El escenario era idílico, romántico, pero con ella todo era perfecto. Me sentía como si solo existiéramos los dos en el universo.

María Flor se recostó y suspiró, sosteniendo una copa con una mano, apoyándose con la otra. Sus piernas torneadas estaban estiradas, piernas flexionadas levemente; su cabello dorado recogido en una coleta, con mechones moviéndose con la brisa. Deseé envolver mi puño en su nuca y besar su cuello.

Mi mente perversa imaginó cómo la agarraba del cabello mientras la poseía por detrás…

¡Maldita sea, Leon! No… no ahora. Este no era momento para dejarme dominar por impulsos; quería borrar el último encuentro de su mente… y, desde luego, convertirme en su recuerdo perfecto. No quería apresurar nada, ni asustarla con mi propio descontrol.

Pero ella era hipnotizante. Sus ojos… sus labios… esa piel de seda…

Cuanto más la admiraba, más ardía con deseos: quería besarla, quisiera que–si pudiera–ella supiera cuánto la deseaba; si lo sintiera como yo, lo difícil sería contenerme y seguir siendo noble.

— ¿Quieres más vino? — logré preguntar, intentando mantener la compostura.

Asintió, mordiendo su labio inferior, esos labios llenos, rosados, que me encendieron por dentro. Quise devorarlos con un beso, sentir su suavidad… aún no lo hice, luché con ese deseo.

— Entonces… ¿de qué hablamos esta noche? — susurró, y la calidez de su mirada me envolvió.

— De todo, María Flor. Considera este lugar una zona neutral, como Las Vegas: lo que se diga aquí... se queda aquí.

— ¿Todo? — alzó una ceja con picardía.

— Sí, todo. Y esta noche mandas tú — le dije, mordiendo una aceituna.

Ella frunció el ceño antes de sonreír con descaro.

— ¿Y eso incluye qué? — desafió.

— No sé... quizá hacernos preguntas íntimas, conocernos más... O preguntar si quieres tener hijos o casarte — dije sin filtro.

Se quedó boquiabierta.

— ¿Casarme? ¿Tener hijos? ¿Tan pronto?

— Curiosidad, quizá — respondí—. Me interesa lo que piensas, cómo te sientes… quisiera que me contaras lo que guardas en tu corazón.

— ¿Por qué?

— Porque—aunque quizá no deba—quisiera ser alguien en quien confíes. Alguien con quien involucrarte de verdad, no solo algo pasajero.

Ella bajó la mirada, con dolor oculto. Noté su resistencia.

Entonces, inesperadamente, me miró con una intensidad diferente. Como si me descubriera.

— Puede que eso te convierta en alguien así como yo… que huye.

— ¿Qué quieres decir?

— Me dijiste que viniste aquí para huir de tu realidad.

— Sí.

— ¿Cómo cree un hombre como tú, con el mundo a sus pies, que puede necesitar escapar?

Contuve la respiración. Era lo que menos esperaba esa noche. Pero era ella, la única persona a quien podría contarlo.

Respiré, y le dije, con la voz rota:

— Huí porque... porque mi madre se suicidó.

14



¡Joder!
Me quedé boquiabierta, completamente inmóvil, cuando la realidad de lo que Leon acababa de decir finalmente me golpeó.
La copa de vino casi se me escurre de la mano del susto, aunque por suerte conseguí sujetarla a tiempo, aferrándome con fuerza al tallo para no dejarla caer.

No tenía ni idea de qué decir al comprender el verdadero motivo por el cual había huido. Y me sentí avergonzada por haber tocado el tema.
Me sentía estúpida, mezquina, por haber intentado compararnos cuando, claramente, su dolor era mucho más profundo de lo que jamás me atreví a imaginar.

Busqué palabras de consuelo, pero ninguna parecía suficiente. Y cuando él continuó hablando, con la voz aún más baja, noté que no solo intentaba ocultar el temblor en ella, sino que también necesitaba desahogarse con alguien.

— Fui yo quien la encontró. No debería haber estado allí, era tarde, tal vez debería haber esperado hasta la mañana para ir a

verla, pero cuando me acosté esa noche, sentí que tenía que comprobar cómo estaba. La encontré sin vida en su habitación —confesó, mirando hacia el horizonte, el tono cada vez más sombrío al recordar—. Estaba tan ocupado con mis propios asuntos que descuidé a mi madre, aun sabiendo de su problema. Debería haber estado ahí cuando me necesitó. Y no lo estuve.

Mientras hablaba, contenía el aliento, y yo también.
Quería llorar, aunque traté de ser fuerte para él.
No quería que reviviera ese dolor o culpa que claramente lo consumía.

Inspiró profundamente, como si lo necesitara para continuar.

— Mamá siempre fue fuerte, pero había pasado por tanto en la vida que, hace unos años, enfermó mentalmente. Hay tantas reglas y obligaciones en nuestra familia, que ni siquiera tuvo la libertad ni la privacidad para tratarse como debía.

Sin darse cuenta, volvió a llenar nuestras copas y se bebió la suya de un trago.

— Mi madre —continuó, soltando un suspiro que dolía— era preciosa. Bondadosa. Lo opuesto a mi padre. Y aún así lo amaba, aunque él jamás mereció tanta devoción. Lo amó desde que tiene memoria. Tal vez ahí estuvo su error… porque debería haberse amado más a sí misma primero.
Tenía toda una vida por delante. Ni siquiera vivió lo suficiente para ver a sus hijos casarse o conocer a sus nietos. Y cuanto más pasaba el tiempo, más frágil y distante se volvía. Intenté ayudarla, mis otros dos hermanos también, pero no fue suficiente. La presión la aplastó, y un día… ya no pudo más. Estaba sola, y yo llegué demasiado tarde.

Apretó los ojos, y era imposible no notar el esfuerzo que hacía por seguir respirando.
Un peso demasiado grande para cargar en silencio.

Quise consolarlo. Quise ser ese aliento que lo hiciera sentir vivo otra vez. Pero lo único que pude hacer fue estirar la mano y

tomar la suya.
Decirle, con un simple gesto, que no estaba solo.

Porque eso era lo que él sentía…
Soledad. Y, si dependiera de mí, eso sería solo parte del pasado.

— Estoy aquí —murmuré, con una voz tan suave que casi se la llevó el viento.

Me acerqué un poco más y sentí cómo apretaba mis dedos, como si fuesen algo valioso.

— María Flor… —susurró mi nombre, con la voz rota.

— Estoy aquí —repetí, acercándome aún más, dejándome abrazar por él.
Le devolví el abrazo con fuerza, como quien quiere decir: no me voy a ir. No si tú no quieres…

Me aferré a él como si pudiera absorber todo su dolor.
Quizá tenía razón cuando decía que yo era fuerte.
Pero lo único que quería era tener fuerza suficiente… para él.

— Si supieras lo que me haces sentir… —susurró otra vez, ahogado por la emoción.

— Leon, no… —balbuceé, cerrando los ojos.

— Lo sé… Solo quisiera que las cosas fueran diferentes.

— Pero no lo serán —me obligué a recordarnos, aunque decirlo me dejara un nudo en la garganta.

Él levantó la cabeza, lo justo para mirarme.
Sus ojos buscaron en mi rostro… algo.
Y creo que lo encontró.
Estaba completamente consciente de lo peligroso que era ese momento.
Y aún así no quería alejarme.

No podía.

— María Flor —repitió mi nombre, y su leve acento encendió mi sangre como un incendio.

Su nariz rozó mi mejilla, y juraría que lo escuché contener el aliento… igual que yo.

Su pulgar recorrió lentamente mi labio inferior.

— Para que lo sepas: voy a besarte ahora.

Sus palabras encendieron todo lo que antes dolía.
Sus ojos azules eran pura llama, quemándome por dentro.
Mi estómago se retorció.
Cada parte de mí gritaba por ese beso.

No tuve tiempo de responder.
Me tomó en brazos, acomodándome sobre él.
Sentí toda su dureza bajo mí, arrancándome un gemido.
Su mano tocó mi rostro con ternura antes de presionar sus labios sobre los míos.

No me resistí.

No podía.

Era justo lo que quería.

Y entonces… desaparecí.
Todo desapareció.

El mundo se redujo a eso: nuestro beso.

Y luego vino el hambre.
Una hambre intensa que se combinó con la mía.

Nuestras bocas se encontraron en una danza desesperada y perfecta.
Era un salto al vacío.
Mi salto.
Mi abismo.

Leon me besaba con pericia y deseo.
Como si supiera exactamente qué hacer.
Como si ya lo hubiese hecho mil veces.

Estaba tan presente, tan consciente de cada segundo, que solo quería que me consumiera.

Éramos un nudo de labios, fuego y deseo.

Lo necesitaba.
Me necesitaba.
Y por fin lo entendía.

Ese hombre hermoso me tenía…
Y yo lo quería todo de él.

Su boca bajó por mi rostro, mi cuello.
Su barba rascando suave mi piel.
Sus dientes dejando marcas.

— Leon… —susurré al notar su lucha interna, pero no quería que se contuviera.

Un gemido grave se escapó de él, haciéndome arder aún más.

Respiraba con dificultad, intentando controlarse.
Pero yo no quería control.
Quería al Leon real.
El crudo. El salvaje. El mío.

Y justo cuando su mano se deslizó entre mis muslos, sonó un teléfono.
Una llamada.

Quise ignorarla.
Nada podía ser más importante que lo que estaba a punto de pasar.

Y creo que él pensaba lo mismo…
Hasta que la música volvió a sonar.

Respirando con dificultad, se apartó, los ojos ardiendo con hambre.
Soltó un gruñido frustrado.

— Lo siento… Pero… es de casa. Tengo que contestar.

15



—¿Estás bien? —pregunté al acercarme de nuevo, después de colgar una llamada de George.
María Flor estaba sentada sobre la manta en la arena, mirándome con preocupación. La actitud relajada y entregada que tenía antes de ser interrumpidos se había desvanecido, convertida en un recuerdo lejano. Lo cual, francamente, era una mierda.
Suspiré, sintiéndome no solo frustrado, sino jodidamente cabreado.

—El asistente de la familia llamó para decirme que mi padre exige una videollamada.

No necesitaba decir más. Ella asintió, entendiendo perfectamente lo que eso significaba.

—Hora de volver a casa.

Pero no quería. Algo dentro de mí se hundió, el corazón pesaba más.
La idea de marcharme justo después de haberla besado, de haber probado lo que podríamos ser… lo bien que podríamos funcionar… se sentía terriblemente equivocada.
Alejarme de ella, incluso por unas horas, simplemente no me parecía

lo correcto.
Y en ese momento, menos aún.
Pero tenía que recordarme constantemente que mi partida era inminente. Y cada segundo juntos contaba. Cada instante podía cambiarlo todo.

Solo pensar en el tiempo que habíamos desperdiciado me jodía.
Yo quería haberla tenido en cada uno de esos momentos.
Pero no fue así.
Y entonces nos besamos… y supe que así era como siempre debió haber sido.

—Ey, está bien —dijo con suavidad, acercándose a mí, como si notara el caos interno que me consumía—. Tendremos más tiempo juntos.

Le sonreí, aunque no pude evitar sentir la punzada amarga de la tristeza.
Porque, joder… intuía que se equivocaba.
Y una vez que me fuera, no sabía si podría volver a sonreír del mismo modo.
No sin ella.

♥

Con una botella de whisky en la mano, abrí la puerta del balcón y di un largo trago.
Suspiré, sintiéndome arder.
Y no era por el alcohol.

Después de dejar a María Flor, llegué justo a tiempo para la videollamada que mi padre exigía.
Y, como esperaba, la conversación no fue nada fácil.
Nunca tuvimos una buena relación.
Con los años, la distancia solo se hizo más grande, hasta el punto de apenas poder compartir un mismo espacio sin que fuera incómodo.
Las heridas se acumularon al crecer.
Pero, a pesar de todo, él no solo era mi padre… también era mi Rey.

Técnicamente, debería quedarle aún varios años en el trono.
Su salud era excelente.
Pero el Consejo lo presionaba cada vez más para abdicar.
Los escándalos se acumulaban.
Y desde la muerte de la Reina, mi madre, sus indiscreciones solo empeoraron.

Si la prensa empezaba a escarbar...
Si el pueblo lo hacía…
Descubrirían cosas que podrían destruirnos.
Había mucha mierda—y sangre—bajo la alfombra real.
Y el menor error… significaría el fin de nuestra dinastía.

Así que la realidad me golpeó antes de lo esperado:
Tenía que volver.

Me sentí ahogado, como si las paredes se cerraran a mi alrededor.
No estaba listo.
No quería dejarla.
Aunque llevaba pocos días en la Isla… por primera vez en la vida, me sentía en casa.
No como en Lancelloti, el lugar donde nací y del que sería Rey.
Sino aquí. Con ella.

La Isla del Sol me recordó que estaba vivo.
Que podía vivir.
Y sentir.
Y eso me cambió.

María Flor…

¿Qué diablos me habías hecho?

Nunca sentí algo así.
Ni siquiera la conocía bien.
Pero era todo. Todo lo que quería.

Nunca fui de contenerme con mujeres.
Y, sin embargo, con ella… no quería algo fugaz.

Quería que fuera mía.
Enteramente.

Una mujer como María Flor no aparece dos veces.
Y sabía que jamás tendría suficiente.

— María Flor… ¿Qué demonios hago contigo? — pregunté al aire, a la brisa salada del mar.
El frío no bastaba para aplacar la angustia.
El simple hecho de pensar en marcharme… me destrozaba.

Sí, yo era un cabrón mimado.
Y tener que alejarme por malditos protocolos reales…
me ponía de los nervios.

Cada minuto contaba.
Y no tenía idea de cómo cambiar lo inevitable.

Seguí bebiendo, con el alma desordenada, buscando una salida.
Todas llevaban al mismo sitio:
Deber. Obligación. Coroa.

Y aún así…

De todo lo que el mundo podía ofrecerme,
lo único que quería…
era a ella.

♥

Era tarde cuando desperté al día siguiente y, debido a eso, luché por unos momentos para recordar dónde estaba. Y cuando finalmente lo hice, noté que de alguna manera me sentía una persona diferente de la que había sido antes.
Fue entonces cuando recordé mi último pensamiento antes de dormir completamente ebrio: llevarme a María Flor conmigo.
¿Y qué era eso sino una fantasía delirante?
María Flor convertirse en mi esposa… mi princesa… y en el futuro, mi reina.
Era una locura solo con pensar en esa posibilidad. Apenas nos

conocíamos. No estábamos en una relación. Ella nunca dejaría la isla ni abandonaría a su familia y su vida por un tipo cualquiera.
Y ella ni siquiera sabía quién era yo realmente, ¡por el amor de Dios! Ni se imaginaba que se había involucrado con un príncipe maldito.
No debí haber tenido esa idea: era cruel conmigo mismo. Tal vez debería olvidarlo, pero era difícil hacerlo cuando me sentía, por primera vez, viviendo la vida que realmente quería. Una vida que deseaba.
Además, finalmente la había besado. Y la manera en que lo hizo, cómo me sostuvo, cómo me tocó, cómo me hizo sentir, me ayudó a entender lo que realmente necesitaba saber.
Toda mi vida se resumía en ese pequeño instante de fuego. Cada beso anterior a ella fue anulado. Incluso los que pudieran venir en el futuro. No estarían a la altura si no fuera con ella, de eso estaba seguro.
Esa certeza me deshizo de una manera inesperada—aunque debería haber esperado algo así, dado cómo me hizo sentir desde que la conocía. Y el hambre, el deseo que despertó, lo confirmaron: ella... siempre sería ella.
Salté de la cama, decidido a aprovechar el tiempo que nos restaba, intentar de algún modo hacer que esa fantasía se volviera real. Y no tardé en escribirle un mensaje.

María Flor estaba trabajando, pero me invitó a una cena. Su hermana paterna se comprometió y ella tenía que asistir al festejo con la familia que había llegado recientemente a la isla, aunque no era exactamente lo que quería hacer.
Aunque deseaba quedarme con ella todo el tiempo posible, consideré rechazar la invitación, pues el Country Club era un lugar frecuentado solo por la alta sociedad. Lo que, claro, significaba que alguien podría reconocerme. Afortunadamente, no fue así cuando estuvimos allí antes, y era lo último que quería.
Además, ese lugar me dejó una impresión negativa debido a nuestra primera cita. Aún me culpaba por lo ocurrido, y aunque la defendí de aquella mujer, aunque tarde, no quería que estuviera sola allí nuevamente.

Sabía que sería difícil para ella; no tenía buena relación con la familia por parte de su padre y se sentía, de alguna manera, inadecuada. Intimidada—pobre de ella—por la relación extramatrimonial de su padre con su madre, que seguramente no sabía en lo que se estaba metiendo al involucrarse con él.
Cuando estacioné frente a su puerta, la sonrisa que me salió no la había tenido desde que nos despedimos la noche anterior. Salté del auto ansioso, fui hacia ella y, sin una palabra... la atrapé entre mis brazos.
Mis manos acariciaron su rostro, obligándola a mirarme con esos ojos grandes y hermosos. No pude contenerme y me incliné en un beso, tocando sus labios carnosos y rojos como si fueran una caricia.
—Me volví loco de extrañarte desde que te dejé. No verte fue una tortura absoluta —susurré antes de dejar que nuestras bocas se fundieran con fuerza y pasión, robándonos el aliento.
Al separarme, tomé un momento para admirarla, para absorberla. Era tan bella. Tan perfecta. Llevaba un vestido de cóctel negro, con un maquillaje que realzaba sus rasgos y la hacía irresistible.
Mis ojos recorrieron cada curva maravillosa de su cuerpo, absorbiéndola por completo, y mi deseo creció al ver esa mujer que me volvía loco como ninguna otra.
La forma en que sonrió —casi inocente— con ese rubor en las mejillas, me enloqueció aún más.
—Creo que puedo entenderlo —dijo apartándose ligeramente mientras hablaba —. Pero tenemos que irnos —me recordó, moviendo la cabeza como intentando convencerse a sí misma.
—¿Estás segura?
—Sí. Sí... vámonos ya —susurró, y luego mordió el labio tímidamente, como si no lo dijera con total seguridad.
No quería irme. Pero cuanto antes partieramos, antes estaríamos libres... así que la tomé de la mano y en poco tiempo estábamos en marcha.
Al parecer, esa sería una larga noche.

♥

A diferencia de lo que imaginé al principio, el compromiso de la hermana de María Flor no fue tan malo. Claro que ella, evidentemente, no tenía la misma relación con ellos que con la familia materna, pero aún así fue… soportable.

No sabía cómo me presentaría y me sentí un poco incómodo cuando se limitó a decir que éramos amigos. Aunque no tardó en quedar desmentido, ya que todos notaron que nuestra relación distaba mucho de ser fraternal, por la forma en que permanecimos juntos el resto de la noche.

Durante un tiempo, mantuve cierta reserva con su padre, aunque, a pesar de que el hombre tenía muchos defectos —entre ellos el de ser un tramposo—, era obvio que adoraba a su hija. Y eso me quedó claro desde el primer momento en que nos conocimos.

Su madrastra tampoco fue desagradable. Refinada, muy educada, no dejaba lugar a dudas de que provenía de una familia adinerada. Y su hermana, Etienne, parecía realmente feliz de tenerla allí durante la celebración.

Claro, había muchas personas arrogantes presentes, que todavía la miraban con desprecio, juzgándola cuando creían no ser observadas y creyéndose con derecho a hacerlo. Pero, afortunadamente, no hubo ningún incidente que me hiciera perder la compostura.

Tampoco fui reconocido y me limité a decir las cosas justas cuando me hacían preguntas personales. La mayoría provenían del padre de María Flor, que estaba claramente en modo protector.

Por eso, cuando los invitados empezaron a marcharse, yo ya estaba deseando hacer lo mismo.

Ella pidió permiso para ir al baño y, al verla salir, la acorralé suavemente. Mi mano se deslizó por su cintura hasta la curva de su trasero, dejando un rastro de besos en su cuello mientras la presionaba contra mí.

—Creo que ya es hora de que nos vayamos también —murmuré contra su boca—. Tengo planes para nosotros.

—¿Planes? —preguntó en voz baja, aunque pude notar un leve matiz de emoción en ella.

—Sí —me limité a decir, haciendo que respirara hondo mientras su piel se erizaba.

Mordisqueando cada parte que podía alcanzar, volví hasta su oído, todo su cuerpo temblando bajo mis caricias.
—¿Vamos?
—S-sí... Vamos —susurró como respuesta. Entonces le lancé una mirada cargada de segundas intenciones que la hizo jadear.

16



Durante todo el camino hasta la mansión donde me hospedaba, traté de no pensar en lo que iba a pasar. Claro, no tenía dudas de lo que quería, solo intentaba no ponerme tan nerviosa.
También pensaba en él y en lo que me hacía sentir. En los sentimientos que despertaba en mí, aunque fuera lo último que deseaba, considerando que lo nuestro era algo temporal.

A mis veinticinco años ya había tenido algunos noviazgos. Aunque ya no era una mujercita, ninguno me preparó para algo más profundo como el sexo.
Pero con Leon… todo era distinto. Todo en él lo era. El extranjero no se parecía a ninguno de los chicos con los que salí o sentí atracción. Lo que teníamos, lo que fuera, no se parecía en nada a mis relaciones pasadas.

Y además, sería mi primera vez, así que estaba obviamente nerviosa. Quería que todo fuera perfecto, que fuera inolvidable para los dos. Desde que lo vi completamente desnudo por primera vez, supe que nunca sería alguien pasajero en mi vida. Y entonces nos besamos… y todo encajó.
Llegó el momento...

Cuando estacionó frente a la casa, sentí que me observaba; mis mejillas se encendieron bajo su mirada. Mi corazón latía desbocado. Mi cuerpo, ansioso, solo sabía quererlo desde el instante en que nos encontramos.
—Vamos —dijo antes de abrir la puerta y dar la vuelta para ayudarme a salir.

No dijimos nada mientras subíamos al tercer piso, y cuando nos detuvimos frente a la entrada de la suite principal, me percaté de que yo no era la única nerviosa.
Y me sorprendió —Leon no necesitaba decirlo para que supiera que no era la primera vez que iba a una cama con una mujer—, pero contrariando su experiencia, él parecía tan afectado como yo.
Con una mirada ansiosa, al fin abrió la puerta y tardé unos segundos en absorber lo que había preparado.
Mano a la boca, suspiré, sorprendida por el rastro de pétalos rojos que conducían a la cama —la blanca, totalmente cubierta por ellos —. Me giré a mirarlo, incrédula, confundida y maravillada por su cuidado y entrega.
—¿Te gusta? —preguntó, su voz teñida de ansiedad.
—Leon —susurré su nombre sin aliento, tratando de contener las emociones—. Me encanta… es perfecto.

Con un paso, se acercó, tomó mi rostro entre sus manos, y el intenso brillo de sus ojos me atravesó. Me cautivó aún más.
Él ya era hermoso, pero a la luz de la luna, era peligrosamente bello. Cautivador. Digno de ser pintado por un maestro, aunque ningún artista lograría capturar su simetría… y mucho menos el alma que brillaba en él.
Leon era perfección hecha hombre.

Su mirada bajó hacia mis labios, y un ansia nueva se despertó en mí.
—No esperaba que estuvieras en mi vida —murmuró, su voz tan suave y áspera que me erizó la piel—. Cada beso tuyo nunca parece suficiente. Ni un solo segundo a tu lado. Podría tocarte, saborearte,

sentirte fundida a mi piel, y aún así no sería suficiente. Ni siquiera un 'para siempre' contigo me parece suficiente, María Flor.

Las lágrimas me ardieron en los ojos. Tragué saliva, fingiendo que sus palabras no me habían afectado tanto.
No debería sentirme así. No debería ser tan difícil. No debería sentirme tan perdida… y tan locamente enamorada de alguien que apenas conocía.
Tal vez conocernos fue un error… un gran error… porque significaría que dolería menos cuando se fuera. Pero no podía ignorar lo que me hacía sentir. Esa sensación de estar viva. Aunque no supiera si lo volvería a ver.
Él tenía razón. Ni un para siempre parecía suficiente. Pero yo estaba decidida… a hacer que este momento durara lo que pudiera.

—No digas eso... por favor… —dije en un hilo de voz. Un hilo que apenas sostenía mis ganas de llorar.

—Está bien... —se inclinó hacia mí y rozó sus labios con los míos, recorriendo los míos con el suyo. —Solo quería que supieras que, después de irme, cada instante te recordaré. Tu sabor en mi boca. Y lo haré hasta que cierre los ojos por última vez.

Se separó lo suficiente para mirarme, y una de sus manos deslizó el cierre de mi vestido hacia abajo.
—Y esa maldición eterna que voy a vivir… comienza ahora.

Mi vestido cayó al suelo en un ligero montoncito y él sonrió satisfecho cuando me encontró solo con mi lencería. Podría haberme sentido avergonzada por estar casi desnuda frente a él, pero no sentí nada más que el deseo reflejado en su mirada.
Su mirada me quemaba. Con una confianza repentina, coloqué mis pulgares en los costados de mi braga y, al hacer el gesto de bajarla, me detuvo:

—¡No! —susurró con voz ronca—. Quiero tener el honor de hacerlo yo. Como quien abre un regalo.

¡Wow! Simplemente… wow.

Sin más, me levantó en brazos y me llevó a la cama cubierta de pétalos. Me acomodó sobre las suaves sábanas con delicadeza. Se apartó lo suficiente para quitarse el traje y desabotonar la camisa.

—¡Acuéstate!
—Sí, majestad.

La pequeña provocación hizo que sus ojos parpadearan, sorprendidos, y algo como temor se reflejó en ellos. Pero pronto lo disimuló y me ofreció una sonrisa rápida antes de desnudarse por completo.
Se acercó, tomó mis caderas y me impulsó hasta el borde del colchón.
Atónita, crucé mi mirada con la suya, y percibí ese fuego azul en su mirada, una salvaje intensidad que desbordaba su porte majestuoso.
Sonrió picaramente antes de besarme con una pasión casi punitiva. Sin aliento, respondí con ardor, mis manos enredadas en su cuello mientras las suyas recorrían mi piel hasta encontrar el centro de mis piernas.
Un dedo deslizó sobre mi braga y un gemido escapó de mí.
—Tan mojada —murmuró cerca de mi boca—. Y apenas te toqué.

No pude negarlo. Cuando su dedo aumentó la presión, un suspiro y un gemido tímido brotaron de mí.
Oh, Dios… aquello era tan bueno…

Aunque inexperta, cómo me hizo sentir despertó algo en mí, reveló cuán hambrienta estaba de ser suya. Y me sorprendió saber que estaba cerca de sentir mi primer orgasmo.

Sus labios bajaron por mi cuello, sus dientes rozando mi piel como tortura divina. Un dulce dolor que potenció la descarga eléctrica en mi centro.
Mordió el costado de mi cadera y alcanzó con la boca un lado de mi braga, bajándola con los dientes. Al morderme el labio, me retorcí para ayudarle a quitármela. Cuanto más corría hacia abajo, más salvaje y urgente se volvía. Finalmente, la rasgó en dos.
Ni tuve tiempo de acostumbrarme a la desnudez o a su rudeza

cuando enterró la cabeza entre mis muslos. Gemí, me tensé y grité al sentir su contacto con mi piel.
Su lengua diestrosa danzó sobre mi clítoris y me sentí derretir. Su ataque se hizo más intenso, más voraz... Solo quería más. Lo sujeté del pelo, reteniendo su cabeza contra mí. Su intensidad coincidía con la mía; nuestros cuerpos se necesitaban.
—Sabes delicioso… perfecto —gemía él, y yo lo excitaba más con un pequeño vaivén—. Dulce, hermosa… podría pasarme la vida devorándote.

Sus palabras se volvieron gruñidos y pequeños gemidos salvajes, claros testimonios de su sinceridad.
—Leon... Yo... —mi voz se quebró en un grito. Un segundo después, exhalé lo poco de aire que me quedaba cuando él avanzó aún más dentro de mí.
Busqué su boca para que fuera más profundo, y él obedeció sin parar. Bombeaba su lengua dentro y fuera sin control.
Cuando un dedo se unió a su lengua, algo imparable comenzó en mi interior... y supe que no había freno posible a esa explosión apocalíptica. Quería eyacular con desesperación, era todo lo que deseaba.
No quería que terminara nunca...

Me estaba consumiendo. Su pasión me devastaba, sin saber si sobreviviría a ello.
—¡Leon! —grité su nombre sin aliento. Entonces llegó el clímax.
El mundo explotó en cámara lenta, y me sentí catapultada hacia otra galaxia, como una estrella de fuego que cruza el universo. Tras un instante eterno, regresé a la Tierra temblando, convulsionando, gimiendo.
Aún jadeaba, mi cuerpo estremecido, mi corazón latiendo tan fuerte que apenas podía verlo, pero su mirada lo decía todo: orgullo orgulloso, con labios húmedos y una sonrisa que me lo decía todo.
—Creo que si aún estás consciente, todavía me queda trabajo por hacer —dijo con voz grave y ronca.
Y entonces volvía a empujarme al vacío, besándome, lamiéndome, explotando mi piel una vez más.

17



—Entonces, ¿cómo fue anoche con el "Penis Mágico"? —preguntó María Clara a la mañana siguiente.
Estábamos hablando de algunos asuntos de la empresa, y como me imaginé que pasaría tarde o temprano, ella aprovechó la primera oportunidad para hacer la pregunta.

Con pocos días juntos restantes, una parte de mí ni quería salir a trabajar. Quería quedarme con él, pero por ser temporada alta, no podía darme ese lujo. Mis hermanas me necesitaban, mi empresa me necesitaba. No podía vivir solo de orgasmos, por desgracia.

Aunque nos dormimos enseguida anoche, justo después de que yo gozara otra vez, básicamente me desmayé como prometí. Desperté con las primeras luces del día, sin saber si lograría pararme. Tras un nuevo orgasmo en la ducha, reuní valor para salir a trabajar.

—Fue... bueno —respondí, dándome la vuelta para que no viera lo roja que estaba. Además, me negaba a dar detalles tan íntimos a mi hermana menor.

—¿"Bueno"? ¿Solo "bueno"? —se rió con fuerza, antes de añadir con tono casi ofendido—. "Bueno" sería si salieras con uno de esos idiotas con los que estamos acostumbradas. Con los mortales insignificantes, ¿sabes? Pero tu chico no es cualquiera: es Mágico... ¡el Penis Mágico! ¡Y claro... las pelotas vienen en el paquete, así que también son mágicas! Así que sí, me permito sentirme resentida por el hecho de que te quedes con "solo eso".

Terminé riendo a carcajadas, porque aunque era ridículo, tenía razón. Leon no era alguien común; claramente estaba en otra liga.

Preferiría guardar esto solo para mí. De hecho, lo consideré seriamente. Si fuera otra persona, habría hecho justo eso. Pero María Clara es, además de mi hermana, mi mejor amiga. María Alice también lo es, claro, pero con nuestra hermana menor somos cómplices como nadie. Somos cómplices del crimen.

—Está bien... Fue increíble. Maravilloso. Aunque… ya sabes… no confirmo si realmente tiene el Penis Mágico. Otras partes sí puedo... Así que deberías agradecerme por estar aquí hablando contigo en este momento, en lugar de estar entre sus brazos en la cama.

María Clara se carcajeó y yo rodé los ojos. No quería admitir más, pero intuía que eso era exactamente lo que esperaba.

—¿Entonces qué haces todavía aquí? ¡Vete y disfruta el Penis Mágico mientras puedas, antes de que se vaya de verdad!

¡Joder!

Eso fue justo lo que necesitaba oír para mantener los pies en la tierra. Lejos de su encanto, sin los espasmos de orgasmo anestesiándome, me vi enfrentando la dura realidad: solo nos quedaban unos días juntos.

Y nada más...

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, y suspiré, sintiéndome no solo confusa, sino también perdida.

—Tal vez debería alejarme de una vez... No sé... Siento que voy a salir herida —confesé, consciente de que no me dejaría tranquila hasta contarlo todo.

—Hermana... No hay garantías, no sabes.

—Solo lo sé —respondí simplemente, antes de añadir—. Leon nunca ha hecho promesas. Tampoco ha insinuado que vayamos a intentar algo más. Al contrario: de alguna forma, siempre me recuerda que lo nuestro es temporal.

—Pero, ¿tú lo quieres? ¿Eso es lo que quieres? ¿Intentarlo? —preguntó, sentándose al borde de mi mesa mientras esperaba mi respuesta.

—¿Y eso importa?

—Claro que sí. Porque de nada sirve que quieras cambiar su opinión si no es precisamente lo que tú deseas.

Nunca había roto un corazón antes, y aunque sabía que Leon era completamente diferente a mis relaciones anteriores, la perspectiva era aterradora. Porque no sería un simple corazón roto. Se implosionaría; se destruiría por completo.

—Creo que no —mentí, frunciendo los ojos, incapaz de mirarla o decidir qué excusa inventar para escapar de esa conversación que no quería tener.

—Hermana, vamos, finjamos que no estás mintiendo, ¿ok? Lo único que te pido es que no escuches ni a mí ni a nadie más... sino a tu corazón.

Tragué saliva cuando se alejó, pero no respondí. No pude. A veces sabes que no debes hacer algo; el resultado es más seguro que cualquier cálculo. Entonces simplemente debes ser fuerte y decir "no".

Pero... ¿y si no puedes?

♥

—¿Estás bien, hija? — La voz de mi madre me tomó por sorpresa justo cuando me preparaba para salir por la puerta principal de nuestra casa.
Aunque no tenía razones para esconder lo que iba a hacer —al fin y al cabo, yo era adulta y todas ya sabían de mi enredo con Leon—, por algún motivo, esperaba salir sin ser vista. Tal vez para no tener que dar explicaciones, o simplemente para que no notaran lo confundida que estaba.

Obviamente, mi plan no funcionó.

—Sí. Voy a ver a Leon.
—Qué raro… Normalmente es él quien viene a recogerte. ¿Estás segura de que no pasó nada? —preguntó, analizándome con atención, y bajé la cabeza, temiendo que descubriera la pequeña mentira que estaba a punto de decir.

—No, está todo bien. Tuvo un problema con el coche y le dije que no se preocupara, que podía ir a su encuentro con mi cuatriciclo.

—Hm... Ya veo. Está bien entonces. Disfruten la noche.
—Gracias.

Aunque aliviada, moría por salir de allí y ni siquiera podía mirarla a los ojos, temiendo que hiciera una de sus muchas premoniciones. Pero no tuve tanta suerte, ya que cuando tenía la mano en la manija, lista para salir, mi madre volvió a llamarme.

—¿Maria Flor?
—¿Sí?

—Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras. Pero no te molestes en mentirme a mí. Eres una pésima mentirosa...

—¿Yo? —Negó con la cabeza, mirándome, y como la cobarde que soy, desvié la mirada hacia otro lado, huyendo de su escrutinio incómodo.

—Solo... ten cuidado, ¿sí? Te advertí antes lo que debías hacer y creo que estás cometiendo un error —dijo con ese tono

enigmático suyo de siempre, obligándome a tragar saliva.

—¿Y eso qué significa?

—La trama de la historia la escribe uno cada día, pero el destino depende del sujeto principal de la oración. Y ese sujeto eres tú.

Y como si no hubiera dicho nada extraordinario, simplemente me dio la espalda y se alejó, sin darme la oportunidad de replicar, aunque hubiese querido.

Y no podía.

18



Cuando me detuve frente a la puerta de Leon, mi corazón latía tan fuerte que no me habría sorprendido que me dijeran que estaba teniendo un ataque. Forzándome a actuar, toqué el timbre fingiendo para mí misma que tenía el control… aunque mi dedo temblaba tanto que delataba lo contrario. Respiré hondo esperando que alguien viniera y, mientras esperaba, me repetía mentalmente que no debía comportarme como una loca deslumbrada. No tardó en llegar y contuve la respiración cuando abrió.

—Hola —me saludó con una enorme sonrisa y me atrajo hacia adentro sin previo aviso.

La puerta se cerró detrás de nosotros y apartó un mechón de mi cabello, colocándolo tras mi oreja.

—He estado como loco todo el día. Te extrañé.

Luego tomó mi rostro y me besó con fuerza. Sus labios se fusionaron con los míos, me conquistaron y me robaron el aliento.

Su lengua se deslizó en la mía, profunda, erótica, delicada… joder, tan perfecta que no sabía cómo manejar tanto.

Cuando soltó su poder sobre mí, tardé unos segundos en recobrarme y tomé el momento para absorberlo todo: esa noche llevaba una bermuda blanca y camisa del mismo color. Su look monocromático realzaba sus rasgos aristocráticos, destacando aún más su musculatura imponente.

—Voy a prepararnos la cena.

Sonreí, pensando que estaba bromeando.

—¿Tú?

—Claro que sí.

Él me tomó suavemente del codo y me llevó por la elegante casa hacia la parte trasera. Al llegar a la cocina, me indicó un asiento mientras abría una botella de vino y servía dos copas.

—¿Por qué tanta sorpresa? —preguntó, al alzar las cejas mientras me entregaba una copa.

—Porque… mírate… No pareces el tipo de hombre que hace algo más que preparar café.

Con una sonrisa provocativa, llevó la copa a sus labios, saboreó un poco y prolongó mi sufrimiento. Hice lo mismo, imitando su gesto.

—¿Es un desafío? —su dedo capturó una gota de vino en mis labios y la llevó a su boca mientras me miraba fijamente. Aquello me electrificó.

—No —respondí con voz queda, y él sonrió con malicia.

—Te sorprenderás con muchas cosas de mí… Y estoy ansioso por que las descubras.

Sus ojos se intensificaron y sus miradas volvieron a posarse sobre mi boca. Instintivamente, pasé mi lengua por mi labio inferior, el sabor del vino opacado por el recuerdo suyo.

—Ven a ayudarme a terminar la cena. Necesito una sous-chef —dijo con encanto.

—Claro, chef.

Estaba tan intoxicada por la tensión que solo entonces noté cómo el aroma de las especias se mezclaba con el del vino. Coloqué mi copa en la encimera y mi boca se llenó de saliva.

—Hmmm… huele increíble. ¿Qué estás preparando?

Leon sacó de la nevera una bandeja que parecía ensalada y la colocó en la encimera:

—Nada muy elaborado esta noche… solo ensalada y pasta con camarones.

Vertió aceite de oliva en una olla grande y encendió el fuego:

—Ya dejé todo preparado. Solo falta cocinar la pasta. Asegúrate de que nuestras copas estén llenas y quédate cerca… para robarte uno o dos besos.

—Será un honor cumplir, chef.

Leon se echó a reír, añadió la pasta y luego se volteó hacia mí, con los ojos buscando los míos.

—Muy provocadora.

Sus manos se entrelazaron con mi cintura y me atrajo hacia él. Antes de darme cuenta, estaba atrapada entre él y la encimera. Leon era enorme, musculoso… y olía increíble.

Sus labios tocaron los míos y me derritÍ en su abrazo. Su lengua envolvía la mía mientras yo recorría su abdomen y espalda con mis manos. Su erección presionaba contra mí y gemí.

—Leon…

—María Flor —exhaló, moviendo sus caderas contra las mías.

Cada parte de mí gritaba que siguiera… Creí que pasaría… pero él se apartó lentamente, como si dudara.

—¿Algo pasó? —levanté una ceja. Sabía que quería decirme algo y cuando apagó el hornillo, contuvo la respiración. Confirmó mis suspicacias:

—Quería decírtelo durante la cena, pero no pude... debo hacerlo ahora. No puedo contenerlo más —resolló—. Me voy mañana, María Flor.

Mis rodillas cedieron. El corazón me latió de manera tan dolorosa que apenas pude parpadear.

Lo sabía, pero no tan pronto. No sabía cómo reaccionar.

Se terminó… solo se terminó.

Entrecerré los ojos y luché contra las lágrimas. El nudo ardiente en mi pecho creció y tuve que respirar.

A pesar de saber que sería difícil decir adiós, no estaba segura de que Leon sintiera lo mismo que yo… lo cual me sorprendía, porque yo era la racional; lógica y cínica respecto al amor… hasta conocerte.

Nunca creí en el amor a primera vista, ni en almas gemelas, ni en felices por siempre… hasta conocerte a ti.

En teoría apenas lo conocía, así que no debería amarlo… pero no era así. Aunque me negaba a admitirlo… mi corazón lo sabía.

Pero no importaba. Nada lo cambiaría. Se iba. Esa noche era un "adiós".

—Te quiero —murmuró, apoyando su frente contra la mía—. No quería tener que irme… no tan pronto.

—Está bien.

—No, no lo está.

Leon me alzó y me sentó sobre la encimera. Me sostuvo casi encima suyo; su erección presionaba contra mí. Tomé aire sintiendo su calor.

—Créeme cuando digo que me encantaría quedarme.

Sus palabras atravesaron cada célula de mi cuerpo. Intenté contener la opresión en mi garganta. Estaba demasiado sensible.

—Pero no puedes. Te esperan… No te disculpes por tener una vida.

Se apartó, pero sus manos regresaron a mi rostro con ternura:

—Quiero disculparme… No quería hacer esto con nosotros —hizo una pausa y suspiró—. Vamos a comer. Luego hablamos.

Negué enseguida. No quería que eso pasara… porque lo previsto sería difícil. Y además, había perdido completamente el apetito.

—Te quiero aquí.

—Te quiero aquí —repetí, y una sonrisa traviesa cruzó sus labios—. Pero quería que esta noche fuera especial. Quiero ir despacio —respiró, y sentí cómo todo mi interior se estremecía con una nueva emoción—. Prometo hacer de esta noche algo inolvidable. Confía en mí.

19



Lancelloti – Cinco meses Depois...

Justo antes de dejar la Isla, traté de contactar a Maria Flor — ella se había ido de mi cama sin siquiera despedirse. Quise ir hasta su casa, pero estaba apurado por partir, así que decidí escribirle en el camino. Ese fue quizás mi primer gran error.

No pude hablar con ella en el avión. Imaginé que incluso me había bloqueado y, aunque no entendía por qué, decidí arreglarlo cuando llegara a casa. Pero ese mensaje diciendo que el número no existía me trajo de golpe a la realidad: me bloqueó y cambió de número para no hablar conmigo. Y sentí como si, para ella, nuestra relación ya no existiera, igual que su contacto.

De regreso a Lancelloti, me vi tan sumergido en mi nueva vida que no tuve tiempo para pensar en esa situación. Obviamente también estaba herido, con el orgullo dañado, pero sabía que

eventualmente iba a solucionarlo —aunque tuviera que hacerlo en persona.

Sin embargo, estaba completamente absorbido por mi rol de heredero. Eso significaba innumerables reuniones, entrevistas y apariciones públicas: el país y el mundo debían acostumbrarse a mí como el futuro monarca. Era todo formalidad, un movimiento de relaciones públicas para afianzar el legado real y demostrar que yo era digno de gobernar.

Para mi padre, aún no bastaba lo que hacía, aunque sabíamos que él nunca hizo ni la mitad. Hubo insultos cruzados entre nosotros, principalmente por su frialdad y soberbia, y mucho más por su comportamiento con las personas a quienes más debería respetar.

Ares tuvo que intervenir varias veces, y George, con toda su diplomacia, trató de mantenernos controlados.

Nada de eso fue fácil, especialmente con el corazón roto, pero traté de cumplir al pie de la letra con mis nuevas responsabilidades. Tuve que aprender a compartimentar mis sentimientos.

Pasé toda mi vida protegiendo mi privacidad, pero la obsesión de los paparazzi por mi vida personal creció vertiginosamente desde que los rumores de mi inminente ascenso al trono comenzaron. La mayoría de los periodistas y fotógrafos solían ser respetuosos, incluso los tabloides, a excepción de los que cubrían los escándalos de mi hermano.

Los medios internacionales, en cambio, eran distintos: me seguían como perros hambrientos en busca de una foto perfecta o alguna declaración incómoda—especialmente de errores.

Pero la prensa no era mi mayor problema. Era el Consejo y el Parlamento. No solo me presionaban para subir al trono antes de tiempo, sino también para que encontrara esposa.

—No. No lo haré —dije en voz alta, sin pensar, sorprendiéndome incluso a mí, mientras hablaba con George sobre otros temas no menos importantes.

— ¿No harás qué? —preguntó él, apartando la agenda impecable que siempre llevaba.

—Todavía no estoy listo para comprometerme.

Él asintió, pensativo, y encogió los hombros.

—Sabes que llegará el momento.

Gruñí, irritado:

—Estoy harto de oír lo mismo. Mi padre ya me lo dejó claro: que estoy perdiendo el tiempo para encontrar una "candidata". Como si fuera algo tan natural como elegir por catálogo.

—Yo pensé que estabas considerando a la hija del Lord Edmund.

George se sorprendió genuinamente. Evidentemente mi padre había sugerido esa opción.

—No. Solo es una conocida. Aunque la prensa nos ponga como pareja por herencia familiar… nada más lejos. Sé que quizás siente algo por mí desde la adolescencia, pero no tengo intención de hacerla sentar a mi lado… o que reciba el título de esposa.

—Es noble... adecuada para el cargo.

Ni siquiera le importaba si era noble o no: solo quería una persona. Solo una. Solo Ares conocía toda la historia, y prefería que siguiera así.

—Y no puede sonreír, parece una muñeca de plástico —comenté, serio.

Él soltó una leve risa, pero no estaba de humor.

—¿Esperarás hasta ser rey?

—Mi trono no depende de un matrimonio, George. Mis derechos vienen antes incluso de mi nacimiento. Nadie puede arrebatarme eso, aunque lo intenten.

Mi rudeza no le ofendió —había aprendido a soportarme desde que regresé de Brasil— siempre malhumorado.

—Pensé que...

—Que habría 'algo' con una brasileña —lo completé antes que él hablara, citando los rumores de tabloides.

Lo fulminé con la mirada—él no tenía idea.

—Con que no haya pasado nada con Emma… —dijo, aludiendo a la hija del Lord.

Bufé con sarcasmo.

—Lo diré una vez más, para que quede claro y no volvamos a esto: no tengo, ni tendré nada con Emma. Aunque mis padres conspiren para que suceda, y alimenten mentiras a la prensa… ese acuerdo será solo entre ellos, porque no cambiaré de opinión. Espero que lo entiendan.

—¿Eso fue una indirecta?

—No. Una advertencia. Puedes repetirlo si quieres.

—No te preocupes, no me involucro en acuerdos así. Solo quiero ayudarte. Recuerda que después de la muerte de tu madre y los escándalos con tu padre, deberás pensarlo todo mil veces. Y en cuanto a relaciones... será prudente.

Suspiré, pensando en cómo el desgraciado de mi padre, cuyo único rol en la vida era gobernar, casi destruye nuestro legado por sus infidelidades. Él provocó indirectamente la enfermedad y muerte de mi madre.

—No te preocupes —respondí, fatigado por la conversación. Él me sonrió, casi entristecido.

—Es mi deber preocuparme por ti. Te vi crecer, alteza. Tengo a ti y a tus hermanos como hijos también. Y pronto serás mi Rey.

Me levanté de la mesa del despacho, sintiéndome ahogado. Me quité la corbata, pero nada ayudó: las paredes parecían cerrarse sobre mí.

Necesitaba salir...

Necesitaba distanciarme unas horas antes de volver a reunirme con el Parlamento y mi padre.

El único lugar donde tendría algo de privacidad era mi ala del palacio. Pero eso solo me hacía sentir más solo que antes de ir a Brasil y conocer a Maria Flor.

Soy masoquista... llamé a su antiguo número, ese que pagué para restablecer y enviarle mensajes que nunca leería o respondería.

¿Volverme loco? Quizá. Pero era lo que había estado haciendo meses.

Todo era cada vez más difícil. Más de lo que imaginé. No solo extrañaba su cuerpo o su compañía... necesitaba a quien hice sentirme vivo.

Tomé un vaso y serví una copa de coñac, antes de volver a mi escritorio. Justo cuando iba a hablar con George, su teléfono sonó.

—Un segundo —pidió. Asentí y bebí largo.

—George hablando.

Me distraje removiendo mi bebida… hasta que su tono cambió.

—¿Cómo dices? —Me giré y lo vi pálido.

—Está aquí conmigo —dijo, sin dejar de mirarme.

—¿Quién es?

Sus labios temblaron antes de responder:

—Es Ed… de La Tribuna —explicó. El editor jefe del periódico más importante del país, quien solo me llamaba por "cortesía profesional". —Créeme, alteza... querrás hablar con él.

Y me pasó el teléfono.

20



Ilha do Sol - Brasil

—Tía Flor, ¿cuántos meses faltan para que nazca mi prima? —pregunta María Vitória, por enésima vez esta semana. Me río.

—Cuatro meses, cariño. Aún faltan cuatro meses.

Ella frunce el ceño, impaciente.

—¡Tarda tanto! Parece que llevás embarazada años —dice, y solto una carcajada.

Mi sobrina no va mal encaminada; esa sensación de que mi embarazo se alargaba sin fin era justamente la que yo tenía. No es que me queje, al contrario: mi bebé crece sana cada día. Pero han pasado tantas cosas desde que descubrí que estaba embarazada... que desearía que el tiempo volara para tenerla en mis brazos.

Aunque intento negarlo, hay un vacío que crece en mi corazón desde que Leon se fue, como si se hubiera llevado casi

todo. Aparte de ese amor desaforado que siento por nuestra hija, siento que algo mío quedó vacío, resonando con su pérdida.

Al principio fingí que no me importaba y no estaba con el corazón roto. Mi familia apenas me creyó cinco minutos, pero al menos tuvieron la cortesía de no presionarme cuando obviamente no estaba lista para hablar. Con el tiempo, soportaron mis llantos y mis quejidos. Mis hermanas, especialmente, fueron mi consuelo, me dejaron desahogarme. Solo una vez me preguntaron si no creía que fue un error dejarlo ir.

Esa es una pregunta cuya respuesta nunca sabré. Claro que él habría partido tarde o temprano, pero aun así... deseé que las cosas hubieran sido distintas. Que hubiéramos tenido una oportunidad real.

Antes lo habría llamado una locura: me enamoré de él demasiado rápido. Pero después de conocerlo, todo cambió. No fue química ni deseo: fue algo más, siempre fue más. Mucho más que una pasión desenfrenada o un deseo desmedido. Sentí con Leon algo de alma... algo que me hace pensar: "En otra vida, fue mi alma gemela".

No es posible que alguien, incluso alguien de un mundo completamente ajeno al tuyo, te conozca tanto. Que te sientas tan comprendida desde siempre... Como si él te leyera al revés, desde el verso inicial, desde tu primera letra, en tu totalidad.

Eso de que a veces las palabras sobran, porque todo se siente correcto y familiar. Como si supieras, en el fondo, que ese encuentro estaba destinado... y que ese vínculo habría existido siempre, sin importar el cómo ni el cuándo.

Y mi hija será el recuerdo diario de eso. María Helena será todo lo que me reste de ese sentimiento. Una que guardaré para siempre en corazón y alma.

Por eso es inevitable preguntarme a veces si nuestra separación quitó la posibilidad de un desenlace diferente. Si ya es demasiado tarde...

—¿Vamos, María Vitória? —la madre de la niña irrumpió en mi despacho, lista para salir. La nena asintió emocionada, abandonando el dibujo que hacía en el piso.

No recuerdo haber estado tan feliz por ir al curso de inglés como ella... aun cuando lo hacía obligada por mamá.

—Sí, mami. ¡Todo listo!

—¿Y vos? ¿Estás segura de que aceptar el contrato es buena idea? —preguntó mi hermana, dirigiéndose a mí, y encogí los hombros, queriendo restarle importancia.

—Claro que sí. Será un contrato mensual, sin fin definido. La remuneración bastará para sostener la empresa todo el año, incluso con temporada baja o en crisis.

María Alice levantó una ceja, dudosa, pero dejó pasar el comentario. Se lo agradecí. La verdad es que yo tampoco estaba totalmente segura —aunque en lo financiero era una gran oportunidad—. La mansión donde se hospedó Leon fue vendida, y los nuevos propietarios nos contactaron.

Menos mal que solo manejo la parte contractual; no tendría que volver allí si conseguimos el trato. Obviamente no estoy lista para eso: ese lugar me trae demasiadas memorias.

—Bueno... vos sabés, ¿no? Solo quiero que recuerdes: te apoyemos en lo que decidas.

La sutileza de esas palabras no pasó inadvertida. Mis hermanas y yo somos las únicas que sabemos que Leon es un príncipe. El resto cree que fue solo un hombre guapo y rico de paso por la Isla, como tantos. Mami incluso piensa que me dejó embarazada antes de marcharse.

Seguramente algunos murmuren que buscan el oro de la barriga. No me importa.

Aunque finja que todo está bien, que no llevo en mi vientre a la heredera secreta de un príncipe... se hace cada vez más difícil

ignorar el dolor que tengo por él. O la intensidad de lo que siento. Por eso decidí no seguir hiriéndome.

Quienes más me aman: mamá y mi hermana mayor, pasaron por eso. Se quedaron embarazadas, solos, se enfrentaron al mundo y criaron sin un hombre. Yo también puedo hacerlo... ¿verdad?

No.

Mientras más pasa el tiempo, más pienso en él, lo extraño, lo necesito. Y siento que puedo fallar como madre. Si él se casa con otra, no lo soportaría. Ni puedo seguir leyendo noticias sobre él...

Cuando descubrí quién era realmente —al enterarme de que estaba embarazada— seguí toda noticia sobre él, como una stalker. Pero con los rumores de su coronación y matrimonio, mi deseo de proteger a mi hija creció. No sé si sería justo exponerla al escándalo... y temo que él quiera arrebatarla de mí. No lo soportaría. Nunca.

Él era un príncipe, ¡por Dios! Vestido del uniforme real o en ternos elegantes... parecía intocable, casi irreal. Como un personaje de película. Y no es el hombre de mi historia de amor. Pero...

He retrasado cualquier decisión respecto al padre de mi bebé. Hay un océano que nos separa, más grande que el que separa Brasil de Lancelloti. Solo aprendo a remar con la marea.

¿Habrá vida después de Leon Casanova, su Alteza Real?

Quizá sí. Una lección tan dolorosa debería hacerme descubrir que soy una especie de Mujer Maravilla. Lo que no mata fortalece... ¿no?

¡Dios! Eso espero.

Suspiré, volviendo al presente. Le sonreí con fuerza a María Alice.

—Todo... está bien. Sé que me apoyarían.

Mi hermana y mi sobrina se despidieron y volví al trabajo, empujando hacia atrás ese tema que intentaba ignorar a toda costa.

Más tarde, manejaba el VW escarabajo naranja de mamá. No es mi auto favorito, pero desde que supe de mi embarazo me confiscaron el cuatriciclo.

Estaba llegando a casa después del trabajo, cuando noté varias señales al mismo tiempo.

Primero: algo inusual movía a la gente. Segundo: muchos coches estuvieron estacionándose. Y tercero: cada célula de mi cuerpo se estremeció, mi corazón se aceleró.

Nada era coincidencia...

Muchísimo cuando estacioné frente a mi casa y en la acera de enfrente escuché una puerta de auto abrirse...

Ni siquiera tuve que ver quién bajaba. Lo supe. Mamá apareció a mi lado como presente, supo que lo necesitaba. Me apoyé en ella apenas se acercó.

—¿Qué pasa? —inquirió mi madre, frunciendo el ceño por el murmullo que nos rodeaba—. Dios mío… ¿Qué está pasando?

Solo pude tragar, mirándola con ojos desorbitados, temblando como si fuera a desfallecer.

—Es él —susurré.

Recobré fuerzas y miré hacia allá.

Era él. No estaba soñando. Era Leon.

Mis piernas flaquearon y un mareo me superó. Antes de caer, él me alcanzó y me sostuvo para que no me desplomara.

—Te sostuve —dijo, mientras yo con él sostenida—. Estoy aquí.

Luego de un suspiro... lo perdí todo.

22



Abrí los ojos unos instantes después y no estaba más junto a la puerta de mi casa, sino tendida en la sala. Lo primero que vi fue a Leon.
¡Leon! Y él estaba allí. ¡En mi casa!
¿Cómo podía ser él? ¿Cómo? Debía estar soñando... o atravesando una especie de pesadilla, porque mis cinco meses de embarazo eran imposibles de ocultar y no me sentía en absoluto preparada para enfrentar esa realidad.

—¡Gracias a Dios despertaste! —dijo con esa voz rica y ese acento intenso, directo a mi corazón—. ¿Cómo te sientes?
Solo pude menear la cabeza, mirando hacia él con total incredulidad. Mi madre se acercó y me alcanzó un vaso de agua que bebí de un solo trago. La garganta seca, el estómago revuelto, me sentía totalmente vulnerable.
—¿Te sientes mejor? ¿Sientes algo raro? —preguntó con más preocupación de la necesaria.
Negué otra vez, desbordada por lo ansioso que estaba él.

—Sí... yo...
—Tal vez deberíamos llevarte al médico, por el bebé y todo lo demás... —intervino, dirigiéndose esta vez a mi madre.
—No, está bien. Ella se ve bien. María Flor tiene la presión naturalmente baja y con el embarazo a veces se siente débil. Solo necesita descanso —respondió mi madre, dándose cuenta de lo que sucedía.
—¿Estás segura? —preguntó Leon, frunciendo el ceño, los brazos cruzados.
Observé ese diálogo como un fuera de mí, un trance tan fuerte me invadía.

—¿Preferirías ir al médico? —reiteró, volviéndose otra vez hacia mí.
—Sí... pero... ¿Cómo es posible? ¿Es acaso... ¿es de verdad vos? —traté de hablar, el nombre me salió extrañado, pero él sonrió.

—¿De verdad pensaste que no volvería? —respondió con ironía, dejándome sin palabras.
Era real. Él había regresado. A la Isla del Sol, ¡no a Lancelloti!

—¿Cómo...? ¿Cómo estás aquí?

Mientras mi mente giraba tratando de entenderlo, mi madre intervino:

—Sé que el Príncipe vino por alguna razón, pero seguramente esté cansado... y María Flor también necesita un poco de aire. Tal vez deberían hablar más tarde.
—No vine a pelear. También estoy preocupado por ella... y por mi hijo. Son mi responsabilidad. Nunca pondría en peligro su bienestar —respondió él con voz firme.

Tragué saliva, a punto de contestarle con rudeza—según los tabloides tenía otro asunto, otro compromiso, sin derecho a dirigirse a mí así. Pero algo más me sorprendió: que mi madre se refiriera a él como "príncipe". Solo mis hermanas y yo sabíamos quién era. Me estremecí.

—Podés dejarnos a solas, mamá. Estoy bien. Hablaremos más tarde —dije, tratando de cerrar la puerta a la incomodidad.

Ella me ofreció un beso en la frente antes de irse:

—Estoy en la cocina, si necesitan —susurró antes de marcharse. Mi pánico creció un poco al darme cuenta de que quedaba sola con Leon. Él debió notarlo, pero fingió no hacerlo. Sentí su mirada clavada en mí.

Cerré los ojos, relajé mi frente. También presioné mi barriga. Aun parecía un sueño. Que Leon hubiera regresado… pero no había manera de huir; debía enfrentarlo. No había por qué sentirme avergonzada.

Cuando los volví a abrir, él seguía allí, mirándome con la misma intensidad de siempre…

Secando mi garganta, finalmente lo encaré:

—¿Por qué viniste, Leon? ¿O debería decir: Su Alteza Real, Príncipe Leon? —lo reté con ironía, y él bufó exasperado.

—Sin provocaciones, María Flor. Sabés muy bien por qué vine... Supe que estabas embarazada. ¿Qué esperaba, que fingiera que no sería padre?

—Tal vez… —susurré, mientras mi mirada se alejaba. Mi rubor se intensificaba, todo me parecía irreal.

—¿Estás bromeando? —su tono era casi furioso.

—No lo sé... Estoy confundida por tu presencia —le respondí.

—Yo también estoy confundido. ¿Pensás que fue fácil que desaparecieras antes de que despertara tras una noche perfecta juntos? O que saliera del avión, con jet-lag y el corazón hecho trizas, y descubriera que cambiaste de número para evitar hablar conmigo? ¿O que, meses después, me entere de que estás embarazada... de mi?

—¡Hijo! —lo corregí de inmediato.
—¿Qué?

—Dice: “Hija... estoy esperando una niña”.

Leon permaneció en silencio, vi lo que provocó esa noticia.

—¿Cómo lo supiste? —rompí el silencio, con voz temblorosa.

—El Editor Jefe del diario más importante del país. Lo llaman Ed de la Tribuna. Desde hace tiempo recibe rumores de un supuesto romance mío durante mi “viaje secreto”. Es una cortesía profesional; pero ayer le llegaron fotos que probaban tu embarazo.

Lo miré, atónita. Sabía que algo así podía pasar... pero quién lo descubriría exactamente me asustaba.

—¿Cómo lo supieron?

—No lo sé. La fuente asegura que lo hace por una persona en particular —su voz se tornó grave. Lo noté esforzarse por mantener la calma, pero su ceño le delató que el asunto le tocaba de lleno.

—¿Quién? —pregunté con voz temblorosa.

—Vos.

22



—¿Yo? —repetí en voz apenas audible, tras lo que me pareció una eternidad de incredulidad total.
Leon asintió, su rostro impenetrable, su cuerpo tenso. Entonces respondió:
—Sí. La persona dijo estar actuando en tu nombre.

Me quedé paralizada, deseando que todo fuera una broma, pero su mirada me reveló lo contrario.

—Y tú también lo piensas —exclamé con voz temblorosa, lo que sabía era exactamente lo que él estaba pensando—. ¡Yo no hice eso! ¡Jamás haría algo así! —lo dije rápido, desesperada, mirándolo a los ojos, esperando que me creyera.

Porque lo necesitaba. Más que nada.

—María Flor...

No le dejé continuar. No me importaba que fuera príncipe: no permitiría que dudara de mí. Nunca.

—¡No soy una oportunista! ¡Jamás aprovecharía mi embarazo para obtener algo económico! —le dije con furia contenida—. Y si creés eso... ¡podés olvidarte de tener una hija también! ¡Me alegraría no volver a verte nunca! —gruñí, perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

Sin darme cuenta ya estaba de pie, con las piernas temblando y una ola de vértigo regresando. Él me sostuvo del brazo para que no me cayera y luego deslizó su otra mano por mi cintura, atrayéndome hacia él.

—Ey... Tranquila. Estoy aquí... Te sostuve, ¿sí? —susurró, acariciándome el rostro—. Estoy aquí.

El calor de su piel contra la mía me abrumó. A pesar de estar enfurecida, no pude negar lo que sentía. Traté de disimular cómo me estremecía.

—Yo… yo… estoy bien —logré decir, reuniendo fuerzas para alejarme un poco de él.

Necesitaba distancia. El impacto físico era demasiado; di un paso atrás, estremecida por la tensión que aún generaba.

—¿Estás segura? —su preocupada mirada se fijó en mí.

—Sí, estoy segura —respondí con firmeza.

—Antes de que pierda la cabeza, o peor, que te suceda algo otra vez… quiero que lo sepas bien: nunca pensé que fuiste tú detrás de esto. Te conozco, María Flor. Sé cómo sos. No harías algo así jamás. Sabés que podrías localizarme y obtener mucho más que cualquier tabloide pagaría.

Asentí lentamente. Él tomó mi mano y volvió a acariciar mi rostro, con esa misma ternura cautelosa.

—¿De verdad no pensaste que fui yo? —pregunté por fin, con voz trémula, conteniendo un llanto de alivio.

¡Malditas hormonas!

—No.

—¿Por qué lo sabés tan seguro? —inquirí, aún sin poder apartar la mirada.

—Porque lo nuestro fue más que una pasión. Fue especial. No haría algo tan ruin.

Lo miré, sintiendo cómo las palabras calaban profundo. Mejor cambiar de tema.

—¿Y todo esto qué significa? ¿Quién está detrás de esas difamaciones? —pregunté en voz baja.

—Aún no lo sé, pero lo sabremos pronto. En todo caso, tu identidad será revelada y otros medios lo sabrán. Tenemos que protegerte.

Me sentía asustada y confusa, pero una duda me dolía más:

—¿Y tu prometida qué pensará de todo esto? —mi voz sonó mordaz, recordando todas aquellas fotos que los mostraban juntos.

—¿Prometida?

—Sí, prometida.

—Me parece que deberías ser más explícita, María Flor.

—¡No te hagas el bobo! Saliste con esa mujer en muchas fotos, Lady Emma —dije, arqueando una ceja.

—Primero que nada, no estoy comprometido con nadie —respondió sin dudar.

Leon dio un paso hacia mí y respiré hondo. Su sonrisa se intensificó y me atrajo por la cintura.

—Y segundo... me alegra que hayas estado al tanto de mi vida.

—Yo no…

—Y tercero: ella es solo alguien de la nobleza, nada más. Las fotos son antiguas, una campaña publicitaria o política para hacer creer que éramos pareja. Lo que, remarco: nunca fuimos. Y me

duele que pensaras que yo haría algo así luego de lo que compartimos —su incredulidad me desarmó.

—¡No me importa! —exploté, mirándolo fija.

Él se acercó aún más, su respiración rozando mi boca:

—Sí importa. Lo sé.

Antes de que reaccionara, sus labios cerraron los míos, con un beso que consumió todo.

Cada centímetro de mi cuerpo vibró con electricidad. Retornaba el aire perdido desde que se fue. No resistí. Ese beso derribó mis defensas, derritió mi alma e incendió todo en mí.

Su lengua y labios desataron un fuego interno. El mundo desapareció. Solo lo necesitaba. Tenía sed... sed de él.

Olvidé cualquier motivo para distanciarme: mentir sobre mi identidad, su ausencia... todo eso importó menos. Su sabor… fue como volver a casa.

Me rendí.

23



En un instante estábamos a dos puntas: casi peleando; al siguiente, nos vencía un beso urgente. Y al siguiente, yo le preguntaba dónde estaba su cuarto y la cargaba hasta allá con desesperación; ya no podía esperar para tenerla conmigo. ¡Y menos mal que ella parecía tan desesperada como yo!

Mi hogar ya no estaba en Lancelloti, en ese suntuoso palacio: ahora era donde estaba ella. Estaba completamente perdido sin ella a mi lado. Intentaba librarme del sentimiento, pero cada día que pasaba lejos de ella me hacía sentir que mi cordura se desvanecía. Por fin, aquella tormenta había acabado...

Contraviniendo mi necesidad, la acosté con cuidado en la cama. Pero la forma en que me miraba casi me desquició —las ganas de hacerla gemir de placer por horas me vencían—. Pero no era el momento. Estábamos en su casa y yo debía contenerme… aunque me costara.

Desde el día que supe de su embarazo había planeado hacer todo con calma. Creí que lo lograría… al menos hasta verla de nuevo. La extrañaba como nadie y necesitaba al menos besarla, reclamarla, hacerla mía.

Pero no se trataba solo de sexo. María Flor era todo para mí. Ella y nuestra hija eran mi mundo, y solo necesitaba reafirmarlo en ese momento. El sol poniente atravesó la ventana y pintó su rostro con su luz. Hipnotizado por su belleza, intenté recuperar el control, permaneciendo quieto mientras me desvestía. Desde la distancia, aún podía verla arder por mí. Mi autocontrol fue una hazaña.

Subí a la cama. Sus manos bajaron por mi pecho, y una se enredó en mi virilidad. Gemí.

—¿Cómo puedes ser tan guapo… y tener además un Pene Mágico? —preguntó, masajeándome suavemente.

—¿Es una queja? —pregunté con un silbido—. —Lejos de eso, preciosa.

Volví a devorar sus labios y me acomodé entre sus piernas. Agarré sus caderas, con extremo cuidado por su embarazo, mientras deslizarse me sobre su humedad aún oculta por la tela.

Ella se movió sobre mí... me provocaba. Ese roce hizo que mi visión titilara.

—Joder... —exhalé, mi voz áspera reflejando mi deseo.

—Sí —murmuró ella, casi fuera de sí. Se frotó más… lo que me incitó.

La besé de nuevo. Gemió y casi terminé ahí mismo, como un adolescente con su primer orgasmo.

—¿Cómo pude estar lejos de vos todo este tiempo? —gruñí. Tiré su vestido.

—¡Tengo que follarte ya! Luego, te recompenso.

—Yo también te necesito… y no me importa que no seas tierno. Estoy tan desesperada como vos —susurró. Se desabrochó el

sujetador, revelando sus pechos. Me incliné a besarlos.

—¿Qué príncipe sería si no accediera a tus deseos?

Ella sonrió con picardía y esas pupilas encendidas por deseo… me volví loco por causar eso en ella.

Sus dedos arañaron mi espalda; sus piernas se enredaron alrededor de mi cintura. Nos movimos al unísono cuando nuestras bocas chocaron otra vez.

Ya no podía esperar… tomé el control, explorando sus labios, derramando todo lo que sentía. Cada choque íntimo afirmaba a quién pertenecía mi corazón. O mi alma. O mi cuerpo...

Todo en mí era irremediablemente suyo.

Nuestras manos no paraban de buscar piel. Amaba esa sensación: la suavidad de su piel, cómo mi toque la volvía loca y la empujaba a entregarse.

—Desde que te vi, supe que serías mía.

Empujé dentro de ella con un gruñido. Ella arqueó la espalda, gemía, abriéndose para mí, pidiendo más.

Ella era perfecta en cada sentido. Cuanto más la tenía… más la quería. Deseaba que esa hambre nunca se extinguiera.

Le besé el cuello, rodeándola con ganas, preparándola. Mi impulso era lento, reverente, pero intenso.

—¿Cuándo despertaste en la bañera? —preguntó, con voz grave.

—Sí. Te deseé desde ese instante.

Ella gimió con intensidad, no sabía si fue por lo que le dije o por mi… no importaba: yo era el único responsable.

—¡Joder, princesa! —gemí y la enterré por completo—. ¡Estás tan húmeda!

Ella sonrió, pícara:

—Eres príncipe y tenés un Pene Mágico. ¿Qué querías que hiciera?

Se estremeció y movió su pelvis en ritmo perfecto mientras yo la penetraba más profundo.

Joder, era tan deliciosa.

—Leon —susurró. Sabía que estaba cerca.

Aceleré, nuestros cuerpos se buscaban. Ella me veía con lágrimas, pero no eran de dolor; eran pura emoción.

Golpe tras golpe, su placer me impulsaba. Quería cada gemido, cada gota de su éxtasis. La saudade exigía consumar todo. Oficializar lo que siempre fue nuestro.

Fue más perfecto que nuestra primera vez juntos. Una experiencia celestial.

Enterré mi cara en su cuello, mordí y chupé mientras jadeaba. Ella estaba cerca. Y yo también. Aunque no quería que esto terminara, aceleré, deseando que me tomara entera como yo haría con ella. Así como yo la necesitaba.

La verdad: María Flor podría pedirme lo que fuera… lo tendría.
Una joya de la corona. Un castillo. Un unicornio. ¡Cualquier cosa!

—¡No te detengas! —gritó, como si temiera que la dejara sola.

—Oh, amor mío… ni si mi reino colapsara lograría alejarme de vos.

Sus uñas me rasgaron la espalda. Sus piernas me envolvieron, mis caderas exigían su centro. Ya no podía esperar:

—Vení, gozá para mí, María Flor.

Mi clímax venía como avalancha. Cuando pronunció mi nombre, martillé dentro en un impulso feroz. Ella cerró los ojos y se retorció cuando la penetré más hondo, tirando de su éxtasis… y se fue.

La escena era un cuadro. Quería ser pintor para capturarla. Pero no paré. Antes de que sus convulsiones desaparecieran, abrió los ojos y me miró. Mi fuerza para esperar se quebró. Sabía que estaba ahí, conmigo, y que no sabría resistirlo por mucho.

Éramos una sinfonía de gemidos; mi virilidad encajaba perfecta en ella, me acercaba al abismo. O su mirada lo hacía; nuestros suspiros entrelazados, las respiraciones sincrónicas...

Desesperado. Necesitado. Loco de amor por esa mujer que me rompió el mundo.

Los temblores seguían y me dejé caer también. Mi ritmo se volvió animal. Grité mi primer orgasmo con fuerza. Mi cuerpo temblando. Sintiendo cada parte de ella dentro...

Cuando volví, deslicé un brazo entre su pelo, mirándola. Mil emociones encendidas entre nosotros.

La amaba. Necesitaba que fuera eterna en mi vida. Deseaba que fuese para siempre. Y aun así, sentía que no bastaría. Temí pedir demasiado por un instante.

Le escaparon lágrimas y me sonrió, adormecida.

—Te extrañaba tanto —confesé sin apartar la mirada.

—Leon... —respiró. Puso su mano en mi rostro, con devoción —. Yo también te extrañaba.

Sus palabras sonaron como música en mi cabeza. Todo lo que pensaba era cuánto de verdad había en eso… y cuánto lo sentía exactamente igual.

—Pensé que nunca volverías —susurró, dolorosa, cuando nos quedamos tumbados juntos.

—Estoy aquí. Y siempre volveré con ustedes —susurré, besándole la frente. Luego posé mis labios sobre los suyos con fuerza, acariciando su barriga—. Siempre... No sirve intentar huir o impedirlo. Siempre regresaré por ustedes. Siempre seré suyo.

Ella no dijo nada. Solo se aferró a mí. Y la abracé como si fuese lo más valioso que tengo. Lo que me hacía sentir... tan vivo. Porque ella era la vida para mí.

La quería más que al aire que respiraba. En serio: la quería más que nada… incluso más que ser rey.

24



Estaba reacio a separarme siquiera por cinco minutos, así que, tras entregarnos a la pasión, la invité a ir hasta la mansión donde me había hospedado meses atrás. La había adquirido recientemente. Aún no le había contado la novedad, aunque sabía que ella lo descubriría apenas llegáramos, porque María Flor es muy perspicaz.

Gracias a Dios, cuando salimos del cuarto no había nadie cerca. Ella llamó a su madre, pero en lugar de esperarnos en la cocina como dijo, pareció cambiar de idea y nos dejó a solas. Necesitábamos privacidad, espacio solo para nosotros, para saciar el deseo y sacarnos las ganas de tanto tiempo separados... aunque sabíamos que tendríamos que hablar más tarde.

Yo sabía que ella necesitaba respuestas—sobre por qué no revelé mi identidad cuando nos conocimos—entre otras muchas explicaciones que le debía. Pero en ese momento, solo deseaba estar con ella. Toda la noche… en mi cama. Quería hacerla mía. Despertar juntos, contemplar esas mismas paredes donde

compartimos nuestra primera noche de amor. Quería hacer eso todas las mañanas. Mi deseo era que estuviera siempre en mis brazos, que se sintiera segura. Quería que fuera parte de mi vida, no una fracción, ¡yo quería todo! Y no me conformaría con nada menos.

Esto no era solo amor; era algo infinitamente mayor. Más de lo que alguna vez imaginé capaz de sentir. Como un accidente o un capricho del destino, sin avisar, simplemente me sobrevino.

Pasé meses luchando con lo que sentía por ella, aunque sabía desde el primer momento que la conocí. No creí que sería posible sentir algo así hasta que lo acepté. Y ahí estaba, después de tantos meses solitarios—escondido en una sala en lo alto de un palacio, enfrentando mis demonios—y ahora, con ella. Y no iba a renunciar jamás a eso.

Cuando el chofer detuvo el auto frente a la mansión, ella se volteó y observó cómo los demás autos también estacionaban.

—Sé que es una pregunta tonta, pero... ¿siempre vienes con tantos guardias? —preguntó, y casi sonreí.

—En realidad, tenemos un equipo muy reducido. No es el protocolo ideal, especialmente fuera de mi país. Pero no quería llamar más atención de la necesaria —respondí. Sus ojos se abrieron sorprendidos.

—¿Te vigilan 24 horas?

Asentí. Ya sabía qué vendría después.

—Debe ser algo sofocante...

Ni te imaginas.

—No hay forma de evitarlo, así tiene que ser. Uno se acostumbra —dije, y ella asintió, pensativa.

—¿Aquí fue la primera vez que no tuviste seguridad? —preguntó refiriéndose a cuando nos conocimos.

—Sí.

Uno de los guardias abrió mi puerta, y antes de bajarme del auto, le dije:

—Esperá a que otro guardia abra la de ella; es parte del protocolo —le guiñé el ojo y salí.

Esa breve introducción marcó cómo serían las cosas de ahora en adelante.

Cuando me acerqué a María Flor, había dos guardias a cada lado. Ella respiró hondo al verse envuelta de ese modo.

—Por aquí, Su Alteza —indicó el jefe, conduciéndonos hacia la puerta. Los guardias nos acompañaban.

La puerta se abrió sin aviso... y mi hermano nos estaba esperando.

¡Mierda! Me había olvidado por completo de él.

Los pasos de María Flor vacilaron. Lo reconoció, y la timidez la invadió al instante.

—María Flor, este es mi hermano, Ares —presenté.

—María Flor, es un placer conocerte —dijo él rápidísimo—. ¡Sos como una presencia divina para nosotros! —bromeó. Yo puse los ojos en blanco y ella mordió sus labios para contener la risa mientras sus mejillas se rosaban.

—Su alteza... —ella parecía a punto de inclinarse, pero él interrumpió rápido:

—¡Basta con eso! Ya sos de la familia. Además, me da alivio verte... Desde que te fuiste... —señaló hacia mí— digamos que mi querido hermano o está llorando o descargando su frustración sexual en quien se cruza —rió.

—¡Ey! No estuve llorando —me defendí y luego me volví hacia María Flor—, no lloré… aunque sí tuve un humor de mierda.

—Por favor, que vas a ser Rey pronto, no la engañes. Parecías un chico malcriado —imitó mi cara de enojado como si no fuera nada. Dios... ¿por qué lo traje?

María Flor rió fuerte y él se unió, burlándose sin discreción.

—Terminaste, idiota? —le pregunté, y se sonrió con malicia.

—Creo que recién estamos empezando —respondió, haciendo un gesto para que entráramos—. Me alegra verte. De verdad. Por fin va a acabar la lloradera. Estuve a punto de venir a buscarla personalmente. ¿Te imaginás? Cada vez que intentaba venir pasaba algo y tenía que volver—dijo. Negué con incredulidad.

Ella me preguntó bajito mientras subíamos:

—¿Viniste antes de saber que estaba embarazada?

—¡Parecería! Al menos una vez por semana. Casi desbaraté toda la aviación nacional en mis impulsos de venir a verte —una vez más me dejó mal parado y me ruboricé.

—Quizá deba exiliarte —bufé. Noté que ella procesaba—.

—Si ese exilio incluye otras mujeres, no me opongo. Al contrario —dijo Ares, llevándose una mano al pecho y sonriendo con dramatismo. Yo lo fulminé.

—No provoques, hermano —le respondí, guiando a María Flor por la escalera—. Avisale a los guardias que, a menos que estemos bajo ataque, no quiero que nos molesten.

—Sí, su Majestad. Buenas noches. Diviértanse, niños...

26



Nuestra conversación quedó en segundo plano apenas entramos al cuarto y María Flor me atacó. No es que yo me opusiera; al contrario, me encantó satisfacer sus deseos… que, gracias a Dios, eran también míos.

No mucho tiempo después de que María Flor se durmiera en mis brazos, mi teléfono anunció un mensaje. Felizmente ella ya estaba profundamente dormida y no se despertó con el sonido. Cuidado de no sacudirla, me separé con delicadeza, me vestí y salí del cuarto.

No me sorprendió encontrar a mi hermano esperándome en el nuevo despacho del piso inferior. Seguro él también fue contactado. Estaba sentado en el sofá, con una botella de whisky a un lado y un vaso a medio terminar, del que tomó un largo trago. Se le veía aburrido.

— ¿George? —pregunté, y él solo asintió. — ¿Está todo bien con papá?

— Sí… pero parece que se enteró de que va a ser abuelo, y no está muy contento con la noticia.

Estaba a punto de soltar un "me importa un carajo", cuando de pronto una llamada interrumpió el silencio. Me acomodé en la silla, y Ares se quedó detrás, parado, con una postura fría e impecable. Aunque es bromista por naturaleza, cuando se trata de asuntos formales asume perfectamente su rol de príncipe y jefe del ejército real de Lancelloti.

Coloqué el celular en el soporte y al atenderlo apareció en pantalla la figura del rey.

— Leon, Ares... —saludémos al unísono, en un tono tan formal como si se tratara de un extraño, no nuestro padre.

— He sido informado de los últimos acontecimientos, y les adelanto que no estoy nada contento con lo que sé.

— Padre... —intenté responder, pero me interrumpió:

— ¡No terminé, Leon! Los príncipes de Lancelloti, jefe del ejército real... mis dos hijos... se van sin avisar y esperan que no me moleste?

Noté que se refirió a nosotros primero por nuestros títulos, luego como sus hijos. Intercambié una mirada con Ares; me indicaba que me calmara.

Tradicionalmente, la realeza no abandona el reino sin un motivo oficial. Y aún así fuimos nosotros quienes decidimos hacerlo.

— Fue una situación atípica. Tuve que venir de urgencia — contesté, evitando la confrontación.

El hombre tiene una habilidad prodigiosa para retar mi autocontrol cada vez que hablamos. Aun separados por continentes, nos evitamos, hablamos lo mínimo, y cuando coincidíamos era para temas oficiales o mi inminente ascenso al trono.

Comprometimos que él actuaría como regente durante los próximos meses.

— Sí… muy atípica. Un hijo, Leon... ¿en serio? —insistió, visiblemente enfadado. Yo bufé, irritado por la insinuación.

— En realidad—respondí firme—es una hija. Seré padre de una niña.

— ¿Estás seguro de que es tuya? Tenemos que confirmar la paternidad antes de tomar decisiones impulsivas.

— Sí, tengo absoluta certeza. No hay duda y no haré pruebas de ADN —respondí con los dientes apretados, consciente del sarcasmo que guardaba interiormente.

— Te pido que reconsideres. No sería la primera vez que se usa este tipo de subterfugio contra la realeza. Y seguro no será la última.

Tenía razón.

— Como dije: estoy seguro. Ese tema está cerrado para mí — mi tono era casi colérico.

— No te enojes... solo me preocupo por el bienestar de mi primogénito.

Casi me río. Porque en realidad él nunca se preocupó por mí, solo por su heredero favorito.

— Esta situación es delicada, aún más considerando que no estás en pareja con ella. Si lo estuvieras, no sería tan perjudicial tener un hijo fuera del matrimonio.

Bienvenido al mundo real de la realeza de Lancelloti: donde se oculta la mugre bajo la alfombra y la imagen lo es todo.

— Me alegra que eso no sea un problema, Majestad. Porque pienso hacerla mi esposa.

— ¿Cómo?

— ¿Estás seguro de querer hacer eso... con una plebeya? ¿Y Emma?

Apreté la mandíbula para no explotar, concentrándome en que María Flor no escuchara nada de esto.

— Ya te lo dije: aunque sos mi padre, no toleraré que interfieras en mi vida privada. Nunca tuve ni tendré nada con Emma. La "plebeya" de la que hablás es mi amada: la mujer que elegí como mi esposa y madre de mi hija. Su futura reina.

— No es tan sencillo... Vas a ser rey. La línea entre lo personal y lo gobernante es muy delgada.

— Lo sé. Pero no permitiré que invaliden mis decisiones. Si ocurre, con gusto abdicaré —mi paciencia se agotaba.

— ¡No! —exclamaron Ares y nuestro padre al mismo tiempo.

Estoy seguro de que a mi hermano no le agradaría la idea de que abdique, pues significaría que él asumiría mi lugar.

— No quiero entrometerme en tus elecciones, Leon. Pero soy tu padre —su tono serio y su sarcasmo habitual mostraban cuánto me irritaba.

— Qué bueno que te acordaste —respondí.

— ¿Cómo decís?

— No quiero discutir. Pero te advierto: si no querés que abdique, respetá mi vida personal... y respetáme como tu futuro rey. No esperes que sea un sirviente o una marioneta. Exijo el respeto correspondiente al cargo.

— ¿Qué querés decir? —su voz se tornó introspectiva.

— Que no me costaría nada enviar al exilio a vos y a tus amantes.

Ambos quedamos en shock. Nunca imaginé llevarlo tan lejos... pero era lo que me venía a la mente al escuchar su tono altivo hacia mi mujer e hija.

Sorprendentemente, en lugar de enfadarse, mi padre sonrió levemente.

— Está bien, está bien. Solo... recordá dónde estás metiendo a esa brasileña. La corte querrá devorarla; los tabloides escarbarán en su vida y en la de su familia. Pero, del otro lado, los súbditos la adorarán. La gente ama un cuento de hadas.

Aunque lo sabía, escucharlo así me afectó. No quería que se dañara, ni que su vida se volviera un circo. Porque yo nací en esto... ella no.

— ¿Eso era todo, padre?

— Sí... Según tengo entendido, ya tiene avanzado el embarazo y esta información está siendo negociada con tabloides. Tendrán poco tiempo para anunciar la relación y oficializarla.

Asentí y cortamos la llamada pronto.

— ¿Cuándo le proponés matrimonio? —preguntó Ares, entregándome un vaso, como si supiera que lo necesitaba.

Desde que dije que volvería por mi mujer, lo dije en todo sentido, y él lo entendió. Pero necesitaba resolverlo ya... y no tuvimos oportunidad de conversar o planear nada.

Desde que dejé la Isla del Sol, quería proponerle ahí, en esa isla, en esa casa, con el anillo de mi madre que traje conmigo.

No tenía dudas: ella sería mi esposa. Mi reina. La madre de mis hijos. Pero antes de tomar esa decisión... teníamos asuntos pendientes. Hoy más que nunca.

— Pronto —respondí, con la cabeza girando y nervioso.

— Entiendo... pero no podemos tardar. No solo por la distancia de Lancelloti, sino por lo que dijo papá: pronto saldrá a la luz. Si me permitís un consejo: lo más sensato es que nosotros mismos lo hagamos.

— Sí. Apenas se despierte hablaré con ella —acepté—. Pero primero, necesito pedirle la bendición a tu madre. Mientras tanto, prepará todo. Partiremos juntos. María Flor vendrá con nosotros. Tenemos que oficializarlo.

Solo me quedaba tratar eso ahora… y algo me decía que ella sería menos permisiva que mi papá. Cuando su voz se escuchó segundos después, supe que era verdad:

—¿Quién dijo que me voy con vos, Leon? —volví a mirar hacia la puerta, y allí estaba ella con la mirada furiosa.

¡Maldita sea!

26



Desperté de repente, tal vez extrañando el calor y la firmeza del cuerpo de Leon alrededor mío. Es curioso: había pasado cinco meses lejos de él, durmiendo sola, pero bastaron unas pocas horas para que su ausencia —aunque temporal— fuera tan intensa que despertara.

Todavía era de madrugada y todo estaba oscuro. Lo busqué en la suite principal, pero no lo encontré. Salí a buscarlo. Aunque conocía bien la mansión por el tiempo que él vivió allí, me sorprendí al notar algunos cambios. Y el hecho de que estuviéramos allí, además de que el "nuevo dueño" quisiera contratar nuestra agencia, me confirmó aún más a quién pertenecía esa casa.

Caminaba por el pasillo del piso inferior cuando vi entreabierta una puerta. Reduje el paso y, al escuchar voces, me detuve afuera, con temor de interrumpir algo.

— Solo recordá dónde estás metiendo a esa brasileña. La Corte la devorará. Los tabloides destruirán su vida y la de su familia.

Pero, por otro lado, los súbditos la adorarán. El pueblo ama un cuento de hadas —dijo una voz desconocida. Tragué saliva.

— ¿Eso era todo, papá? —respondió Leon con calma.

— Sí, hijo… Por lo que sé, su embarazo ya está avanzado, y se está negociando la noticia con algunos tabloides. Solo tendrán poco tiempo para anunciar la relación y oficializarla.

Aunque no podía verlo, su voz sonaba poderosa. Después de una breve despedida, escuché una voz más: la de Ares.

— ¿Entonces cuándo harás la propuesta?

¿Propuesta? ¿Eso estaba pensando?

— Pronto.

— Entiendo… —respondió Ares tras una pausa—. Pero sabés que no podemos tardar. No solo porque estamos lejos de Lancelloti, sino que, como dijo nuestro padre, esta noticia va a salir. Si querés un consejo: lo más sensato es que lo hagamos nosotros mismos.

— Sí. Tan pronto ella despierte, hablaré con ella. Pero primero necesito pedir la bendición de tu madre. Mientras tanto, prepará todo. María Flor va con nosotros. Tenemos que oficializar todo.

¿Dijo eso en serio?

El corazón me dolió. Las piernas me fallaron. Me apoyé contra la pared, respirando con dificultad, asustada de perder el control.

No podía creer que Leon estuviera planeando todo así, con frialdad, sin consultarme, pensando solo en salvar el nombre real con una heredera fuera del matrimonio. ¿Me usaba a mí, a mi hija, solo porque éramos plebeya y fruto de un escándalo?

Todo cobró sentido. ¿Era entonces que siempre me quiso solo por eso? ¿Sería yo un daño colateral que debía soportar toda su vida en nombre del trono?

Me sentía herida. Apreté mi vientre y supe que jamás permitiría que fuésemos un peón en su historia. No permitiría que, príncipe o rey, él comandara mi vida.

Una parte de mí, la que creyó en sus sentimientos, dijo que debía ser un error. Un malentendido, que yo estaba viendo fantasmas. Pero no sabía si mi corazón daría otra vez ese riesgo... y ahora había una vida involucrada: mi hija.

Respiré hondo. Finalmente reuní valor y abrí la puerta para aclarar mi postura. Si era necesario, lo confrontaría.

— ¿Quién dijo que iría con vos, Leon?

— María Flor.

Fue Ares quien habló. Me giré y lo vi acercarse con cuidado. Aunque se parecía a Leon, su porte militar y su mirada firme lo hacían aún más intimidante.

— No sé cuánto escuchaste, pero por cómo entraste, puede que hayas entendido mal.

— ¿Mal qué? ¿Que planea proponerme para evitar un escándalo? ¿O que quiere vendernos como el cuento de hadas perfecto?

— María Flor… —intervino Ares.

— Entonces es verdad —respondí, secando las lágrimas que comenzaron a brotar—. ¿Me estaba usando, no es así, Leon? —giré mi mirada hacia él, que guardaba silencio.

— No… —respondió Ares por él—. Él te ama.

— No sé si lo veo así, no parece capaz ni de hablar desde que entré —bromeé con ironía, limpiándome una lágrima.

— No...

— ¿Ese fue el plan desde el principio?

— No hubo un plan, María Flor.

— Claro que no —me burlé—. Dios, me siento estúpida.

— Para, lo entendiste mal —insistió Ares.

Me aparté de él y miré a Leon. Su expresión era implacable, como la de un rey juzgando a su reina.

Hubo silencio. Yo lo soporté, dándole tiempo a mis emociones para organizarse.

— Me voy —anunció Ares antes de irse.

— ¿¿Pensaste que me prestaría para esta farsa y para usar a nuestra hija? —lo encaré, y su incomodidad me lo confirmó.

— No hay farsa —dijo Leon—. Quiero que estés conmigo porque lo deseás. Quiero casarme con vos porque vos querés. Sé que no es la vida que elegiste. Lo entiendo si querés alejarte. Pero no voy a dejar de luchar por lo que es mío.

— No sé si esto es lo que quiero, Leon. No quiero ser un daño colateral para tu corona.

Sus ojos brillaron. Su boca se abrió, atónito.

— No decías eso... sabés que no somos esa mierda. Que somos más que eso.

— ¿Qué significa?

— Todo. Somos todo. No hago nada a medias, Maria Flor. Tampoco siento a medias.

— ¿Eso qué significa? —susurré. Él se acercó, delgado, tomó mi rostro entre sus manos.

— Significa que mi mujer es mi mundo —Su voz era suave, quebrada por el deseo.

Lo miré. Tuve que controlar el aliento. Sus ojos eran de ese azul potente —pero su poder me destruyó.

— Es... es mucho para mí... necesito tiempo, Leon. Necesito espacio. Me voy a casa. Hablamos mañana. Buenas noches, vuestra Alteza —logré articular, siendo un hilo de voz, conteniendo las lágrimas.

Di un paso atrás y me di la vuelta.

♥

Leon no me siguió, aunque había dispuesto un coche que encontré esperándome afuera en cuanto crucé la puerta. Dentro, un guardia me esperaba. Simplemente me senté en el asiento trasero y comencé a llorar durante todo el camino de regreso a casa.

A pesar de la hora, me topé con mi madre en cuanto entré. Por la expresión de preocupación en su rostro, supe que había tenido una de sus corazonadas y por eso estaba despierta.

—Mamá, lo siento, pero no quiero hablar ahora. Solo quiero dormir —pedí con un hilo de voz, y ella asintió suavemente.

—Está bien, hija mía. Creo que realmente necesitas descansar. Solo recuerda lo que te dije cuando lo conociste —finalizó la conversación con ese tono suyo tan irritante, medio gurú, medio profeta del Apocalipsis. Luego, tras besarme la frente, se dirigió a su cuarto.

27



Me desperté por la mañana y la casa estaba extrañamente silenciosa, algo inusual, ya que a esa hora siempre era un caos por los preparativos del día especial de las Marias.

Me arrastré fuera de la cama, sintiendo que necesitaba una ducha y un café para despertarme después de una noche casi sin dormir. Pensé que después respiraría hondo, reuniría valor y hablaría con Leon, porque sabía que su tiempo allí era limitado, y no había razón para no solucionar lo nuestro.

Solo necesitaba mantener la racionalidad, sin que la excitación alterada entorpeciera mis neuronas... algo difícil cuando se trataba de él. Y mis hormonas de embarazo no ayudaban para nada.

Justo al salir del baño, capté un susurro bajo, casi una reprimenda. Fruncí el ceño; mi instinto —ya desconfiado por ese silencio tan fuera de lo común— se agudizó aún más.

Con paso cauteloso, me dirigí a la sala. Al llegar, encontré el espacio cubierto por una extraordinaria cantidad de flores. En la

puerta hacia la terraza estaban mi madre, Ares… y Leon, todos sonriendo como si guardaran un secreto.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con voz débil.
Leon dio un paso adelante. Con el corazón desbocado, encontré su mirada.

—Me di cuenta de que no dejé todo lo suficientemente claro para vos —confesó— por eso decidí que debía corregir ese error.

—Leon..., murmuré.
Su exhalación fue tan suave que me hizo cosquillas. Estaba tan cerca... podría haberlo besado con solo inclinarme, pero aún no lo haría.

—La primera noche que te conocí, no sabías quién era. Vos viste más allá de lo que el mundo veía. Me mostraste que era más que un título, la cáscara vacía de un hombre adornado con joyas. Me miraste, me sentiste, me ayudaste a conocerme. Créeme cuando te digo: te habría buscado, te quisiera cuando estuvieras esperando mi bebé o no. Y lo intenté... incluso lo sabés. Pero enterarme de tu embarazo fue lo mejor que me pasó desde que nos conocimos... era fruto de nuestro amor, la confirmación de ese sentimiento enraizado en mí.

—Leon... —mi voz tembló, como un disco rayado repitiendo su nombre.
—No pude evitarlo. Intenté detenerme, pero no pude. Creo que te amé desde el primer día. Admito que luché contra eso, pero igualmente no pude olvidarte.

Nuestros ojos se anclaron, y él deslizó un dedo para secar mis lágrimas y besó mis labios. El beso fue tierno, pero su mirada me volteó.

—Si voy a ser rey, sabés qué… al final de mi reinado seguiré creyendo que la mejor conquista de mi vida fuiste vos. Vos sos mi vida. Mi todo. Todo mi amor. No quiero vivir en un mundo donde no estés. Quiero que seas mía. Con o sin prensa. Con o sin título. Con o

sin trono. Quiero que vos, María Flor de Almeida Prado, seas mi reina.

Lo que me dijo me aturdió: tragué saliva, el estómago revuelto, la boca reseca. Algo en él despertó un lado mío que no sabía que existía. Él podría conquistar cualquier mujer, y sin embargo... en ese instante supe que era conmigo. Nadie más. Nuestra química era cruda, visceral... de alma.

—¿Sin el trono? —pregunté al fin, mi voz ronca mientras otras lágrimas corrieron.

—Sí. La verdad es que no me importa —encogió los hombros como si fuera lo más natural—. Si querés quedarte en Isla del Sol, nos quedamos y formamos nuestra familia ahí. Abdicaré… ¡Que se joda el trono! Porque no hay nada en el mundo más importante que vos, y quiero que nunca dudes de eso. Te amo, María Flor. No hay nadie después de vos.

Sentí mi corazón detenerse... y luego volver a latir con un vigor casi eléctrico.

—Me amás —balbuceé débilmente.

—Sí. Después de todo lo que te dije... ¿en serio pensás que arriesgaría un trono por alguien por la que no estoy profundamente enamorado?

Quise llorar otra vez: la emoción me estrujaba el pecho. Sentí que mi corazón se convertía en polvo estelar.

—Tuve miedo... pensé que tal vez lo hacías solo para salvar tu imagen —confesé, apenada.

Él respiró profundamente y negó con firmeza:

—Nunca. Perdón si alguna vez dejé que pensases eso, aunque fuera por un segundo. Tu corazón hace latir más fuerte el mío. Mejor dicho, tu corazón es el que hace que mi corazón lata. Si voy a ser rey, quiero que gobiernes conmigo, a mi lado. Y si tengo que abdicar, no me cambiará nada... Vos me hacés sentir como un rey.

—¡Vos sos un rey! —repliqué, y se me escapó una risita.

—Todavía no. Pero lo seré, desde el instante en que aceptes mi propuesta.

Sin aviso, se arrodilló y sacó una cajita roja del bolsillo. La abrió, revelando el anillo de compromiso más hermoso que vi en mi vida. El corazón me palpitó con fuerza. Puse la mano en la boca, emocionada.

—Esta joya ha estado en mi familia por siglos. Contiene fragmentos de la piedra original de cada corona de los reyes de Lancelloti. Y fue de mi madre. Sé que aprueba esta decisión, y pensé que era hora de que estuviera con una nueva reina —sonrió entrecortadamente—. Frente a nuestra familia, quisiera preguntarte: María Flor de Almeida Prado, ¿aceptás ser mi reina y casarte conmigo?

Lloré sin parar y mi voz tembló. Intenté decir "sí", pero no pude... asentí una, dos veces... hasta que lo hice con todo mi ser.

—¿Sí? —preguntó él riendo, poniéndose de pie. Lo abracé y él me levantó en brazos, girándome.

—¡Sí! ¡Sí! Mil veces sí.

Cuando me posó en el suelo, me limpié el rostro y lo besé. Él tomó mi mano, deslizó el anillo. Me quedé extasiada: la piedra era azul marino—igual a sus ojos—rodeada de pequeños diamantes.

—Es tan hermoso. Y parece encajar perfecto —murmuré.

—Tal como debería ser. Tal como nosotros somos. Te amo, princesa. Mi futura reina —dijo, besándome la frente.

—Yo también te amo —respondí, aún emocionada—. No pude evitarlo. Pensé que desaparecería, que podría olvidarte... que no te conocía lo suficiente para amarte. Pero vos sos Leon. Su Alteza Real, Príncipe Leon. Conocerte es amarte. ¡Y... nos vamos a casar!

—Nos vamos a casar ahora —me corrigió con una sonrisa—. Te dije que no hago nada a medias. Hice que Ares hiciera un curso

rápido para ministro esta madrugada. Vamos a hacerlo oficial ahora mismo.

A pesar de no sorprenderme completamente—Leon siempre hace todo a su manera—, me deslumbró esa perfección suya.

Recibimos a nuestra familia y celebramos nuestro matrimonio improvisado. Durante toda la ceremonia improvisada, sonreí tanto como lloré.

Fue así que me convertí en Su Alteza Real, Princesa Maria Flor Casanova.

Epílogo



"— Hoy es un gran día para Lancelloti. En poco más de una hora, luego de un reinado de más de 40 años, tendremos rey nuevo. Su Alteza Real, el príncipe Leon Montaleone Casanova será el próximo monarca reinante. Esto es historia en construcción. Tendremos a la primera reina extranjera que, además, cursó estudios universitarios. La primera reina sin sangre aristocrática. Hoy, vislumbraremos una nueva época. Todo el país parece acampado a lo largo de la ruta del desfile, esperando una mirada del nuevo rey. Toda la nación anhela este momento: cuando el heredero

finalmente asume el trono. Confiamos en grandes cosas de nuestro soberano" — relataba el periodista con el micrófono del periódico local más grande, y yo respiré hondo antes de desconectar.

Finalmente llegó el gran día. Yo esperaba a Leon para ir al Parlamento.

A diferencia de nuestro matrimonio —el segundo, por supuesto, que siguió todas las reglas y la pompa real—, la coronación sería discreta, evitando llamar la atención sobre la abdicación de su padre y sus escándalos. El Parlamento y la familia real acordaron que ese era el mejor camino dadas las circunstancias.

Yo me sentía más tranquila así, porque ya tenía nueve meses de embarazo y la llegada de María Helena no tardaría. En ese estado, no tenía energía para festejos ni para cumplir con todos los protocolos de una ceremonia de tal envergadura.

Habían pasado menos de cuatro meses desde que me mudé a Lancelloti. Claro, aún me estaba adaptando a mi nueva vida —al lujo exagerado, la riqueza desbordante—, cosas que me habían impactado al principio y aún me sorprendían la mayor parte del tiempo.

Me costaba comprender que ese mundo era el de mi marido, no solo por sus joyas, palacios o fortuna, sino por un reino entero y una influencia global inherente a la corona.

A veces me sentía tan fuera de lugar. Crecí pensando que ese tipo de vida estaba fuera de mi alcance. Pero luego recordaba que lo importante no era eso, sino con quién estaba. Y ser amada por Leon convertía todo lo que parecía opresivo en algo más llevadero.

Hoy estaría en el Parlamento junto a él, su padre, sus hermanos y más de doscientas personas como testigos del acto. Y no puedo negar que tenía nervios sobre convertirme en reina en tan poco tiempo.

— Su Alteza —dijo el jefe de mi equipo de seguridad, entrando en la habitación—. El coche y el príncipe la esperan.

— Está bien —respondí con una sonrisa nerviosa. Eché una última mirada al espejo y salí a reunirme con mi esposo.

♥

Mientras avanzábamos hacia nuestro destino, unas leves contracciones y los movimientos de María Helena me alertaron, pero pensé que eran nervios.

Estábamos sentados en la parte trasera de uno de los autos oficiales, escoltados por un convoy impresionante.

Desde que atravesamos las puertas del palacio, los gritos y aplausos aumentaron de intensidad. A nuestro alrededor, un mar de banderas—algunas del país, otras con el rostro de Leon—ondulaban entusiasmadas. Era una explosión de azul y oro, gente sonriente, canales televisivos de todo el mundo, helipuertos y drones sobrevolando.

Mi corazón latía a mil por hora. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, y un orgullo inmenso me invadió al saber que era por él.

El pueblo lo amaba. Estaban entusiasmados con su ascenso. Incluso los anti-monárquicos parecían recibirlo con esperanza.

La gente nos saludaba efusivamente. Aunque me habían dado instrucciones sobre cómo comportarme, mis manos sudaban sin parar.

—Amor —me llamó Leon—. Deberías saludar al público. Tenés un club de fans, mi reina.

Me sonrojé, aunque sonreí y saludé tímidamente a las chicas que gritaban y saltaban.

El auto avanzaba lentamente por calles abarrotadas. La policía estaba por todas partes, mientras nos acercábamos al Parlamento. Finalmente nos detuvimos frente a una alfombra roja que conducía a las escaleras.

Los guardias abrieron las puertas, y entre aplausos, caminamos por la alfombra flanqueados por soldados de todas las

fuerzas armadas.

Al llegar arriba, entramos al salón donde tendría lugar la ceremonia. Estaba lleno de oficiales y parlamentarios de traje.

—¿Lista? —preguntó Leon con una sonrisa—. Yo asentí.

Las puertas se abrieron y los flashes estallaron mientras éramos fotografiados. Respiré hondo. Él lucía impresionante en su uniforme naval, con una banda roja en la cintura.

Caminamos hacia el frente del salón, donde nos esperaba el primer ministro junto al padre de Leon. Apretamos manos y continuamos hacia el centro.

Leon ocupó su lugar frente a mí y comenzó la ceremonia. Recibió medallas y posó para fotos junto a oficiales y miembros del gobierno.

Esta fue la primera coronación transmitida por televisión. Al igual que nuestra boda. Pero esta continuación al reinado se realizaría en privado, solo con el clero y los miembros de la realeza presentes.

Luego de un breve discurso, Leon prestó juramento sobre la Biblia que habían usado generaciones de reyes.

—Yo, Leon Montaleone Casanova, juro cumplir fielmente mis deberes, preservar y defender la Constitución del Reino de Lancelloti y obedecer sus leyes. Juro respetar los derechos de los ciudadanos, los territorios y las regiones autónomas.

El primer ministro habló después, y finalmente, el rey depuesto proclamó:

—Declaro que Leon Montaleone Casanova, mi hijo, es oficialmente el rey de Lancelloti. ¡Lancelloti por siempre! ¡Que su reinado sea largo! —fue respondido con vítores.



Al salir del Parlamento, saludamos a los miles de simpatizantes. Un mar de gente aplaudía, agitaba banderas solo para mí. Gritos estridentes, coros del himno nacional y un aura de júbilo impregnaban el aire. Miles de cámaras captaban cada instante de nosotros.

María Flor, mi esposa y ahora reina oficialmente, estaba a mi lado como una monarca auténtica, deslumbrante con un vestido azul del mismo tono que nuestra bandera y su vientre cada día más prominente, albergando a nuestra princesita.

¿En qué mundo tuve tanta suerte?

—¿Todavía estás nerviosa? —le pregunté, aunque para mí lucía cada vez más natural.

—Un poco —respondió con una sonrisa nerviosa.

Cuando anunciamos nuestro compromiso y el embarazo, la prensa se volvió loca, como esperábamos. Y como mi padre previó, al pueblo le encantó que el futuro rey y reina vivieran un cuento de hadas moderno.

Hicimos el anuncio incluso antes de salir de Brasil, frustrando así a varios medios que intentaban vender la primicia. Descubrimos que la fuente era una ex empleada despedida de la empresa "las Marias", que me reconoció y vio en nosotros la oportunidad de lucrar con una historia. Aunque quise llevar el asunto a la justicia, ella era

brasileña y una persona vulnerable, así que, por pedido de mi esposa, decidimos dejarlo en el pasado y dedicar nuestro amor y atención a quién de verdad lo merecía.

La multitud continuó aplaudiendo mientras caminábamos hacia el auto, pero yo solo tenía ojos para una persona: mi reina, que parecía sufrir. Apreté su mano para asegurarme de que estuviera bien —sus ojos estaban muy abiertos, la frente perlada de sudor—, y supe que no lo estaba.

—Creo que llegó el momento —susurró.

—¡Sacá a todos de nuestro camino! La reina no se siente bien —le grité al jefe de seguridad. Pero antes de poder movernos, María Flor se aferró a mi brazo y su bolsa se rompió en un instante.

En ese momento, la noticia se propagó como pólvora. La multitud se apresuró a rodearnos, queriendo verlo todo de cerca.

Entró el pánico: María Flor se puso pálida. Entonces dejé de lado cualquier protocolo o etiqueta. Solo importaban ella y nuestra hija.

Sin dudarlo, la levanté en brazos y abrí paso hacia la carroza más cercana, el único medio que nos permitiría avanzar entre la multitud. No importaba quien se atravesara en nuestro camino... yo haría lo que tuviera que hacer.

♥

En el hospital, mi cuñada María Clara comentó, emocionada:

—Está tan hermosa... María Helena es un nombre precioso.

—Sí, la princesa más linda del mundo. ¿Sorprendente? Bueno... ¡Soy "Pau Mágico"! —bromeé y las hice reír—. Y mi esposa eligió un gran nombre.

—No lo discuto, Majestad. Pero no estoy segura si te gustará en unos años —bromeó María Alice, provocándome con gracia, y provocando carcajadas.

Nada que un ejército de guardaespaldas no pudiera resolver.

María Flor se rió con ganas. Verla así fue un alivio después de la angustia del trayecto al hospital y el parto. Nunca estuve tan nervioso. Y si alguna vez puse en duda que mi corazón latía con fuerza... ahora ese corazón se sostenía solo con ella. Fue el momento más hermoso y aterrador de mi vida.

—Creo que es mejor dejarlos solos un momento, porque ya viene el resto de la familia —dijo María Clara, empujando a su hermana rebelde—. Luego nos vemos. —Me reí, aliviado y conmovido.

El lado paterno de María Flor estaba llegando a Lancelloti, y sabía que su abuelo había cambiado levemente con la noticia de que sería abuelo. El rencor no desaparecía, pero había esperanzas. Lo mismo sucedía con la familia de ella, que se estaba acercando con más apertura. Su madre había llegado un mes antes para estar presente, y sus hermanas habían venido el día anterior, para celebrar conmigo la coronación y quedarse un tiempo tras el nacimiento. Nuestro palacio era como una convención de Marias, y darme cuenta de que hacía feliz a mi esposa me llenaba el corazón.

Cuando la puerta se cerró, me senté junto a mi reina y la besé en el cabello. Fue tan fuerte, tan magnífica...

—¿Te dijo ya lo fuerte que fuiste? Una gladiadora. Gracias. No bastan las palabras. Nuestra hija es el mayor regalo que me dio la vida.

—Es nuestro regalo. Nuestra princesa —ella apoyó la cabeza en mi pecho—.

Sostuve su barbilla, la besé con ternura y esbocé una sonrisa soñadora.

—Como anticipando el futuro —comencé evocando mis palabras de aquel primer beso—... pese al terror y la incertidumbre, no quiero esperar tanto para tener otro.

—Yo tampoco —susurró ella con una sonrisa traviesa.

—Ojalá el próximo sea un varón. Me necesita para cuidar nuestra joya.

—No sé—rió ella—. Mi familia solo tiene mujeres. Creo que estamos condenados a poblar el mundo con Marias.

Hice una mueca divertida. Ella se rió...

Tal vez debería repensar lo de tener más hijos.

—Mi madre tuvo otra de sus premoniciones: dijo que el próximo será un varón —dije, aliviado y divertido—.

Al inclinarme para besarla de nuevo, nuestra princesita protestó hambrienta.

—Ella vino al mundo haciendo valer que manda. Ni siguió los protocolos de la coronación del papá —le comenté con una sonrisa llena de orgullo.

—Claro... fue hecha para ser heredera real —bromeó ella con ternura.

— Así se asegura estar primera en la línea de sucesión.

—Ojalá sepa controlar tantos títulos —le dije divertido.

—¿Cuál de todos es tu favorito? —preguntó con curiosidad.

—Ser tu esposo —respondí con una sonrisa y otro beso.

Fin.

Sobre la Autora



MÍDDIAN MEIRELES

Con millones de lecturas en sus obras en plataformas digitales, la bahiana Míddian Meireles pasó de los 30 y ya perdió la cuenta de la cantidad de libros publicados, con casi todos los títulos entre los más vendidos, según el ranking de Amazon y la Revista Veja.

Es esposa, madre y también hija única nada consentida, de esas que siempre cambió el cuarto de juguetes por una pluma, ya que su pasión siempre fue escribir y desde pequeña decidió usar su creatividad para inventar sus propias historias.

Ya empezó la carrera de Derecho, Arquitectura, Diseño de Interiores, Administración, Enfermería e incluso Letras, pero fue en el mundo de la literatura donde realmente se encontró, redescubriéndose cada día a través de las palabras y los personajes.

También es adicta a las compritas, lectora compulsiva declarada y un éxito garantizado entre los lectores de romances contemporáneos, que van desde los chick-lits, pasando por lo erótico, hasta divertidas comedias románticas.

Contato: contato@mimeireles.com

Site | Instagram

Mensaje de la Autora

¿Te gustó? Déjame tu opinión,
haz tu valoración, ¡es muy importante para nosotros...!
Conoce mis otros libros haciendo clic aquí.

Contáctame por Instagram,

¡Me encantará charlar contigo! <3